

BORDES, AGOSTO-OCTUBRE DE 2025
AÑO 10 NÚMERO 38, ISSN 2524-9290

bordes

Revista de Política, Derecho y Sociedad



| HISTORIA POPULAR | LIBERTAD | DERECHO AL AGUA |
| FEMINISMOS | REPRESIÓN |

© 2025, Universidad Nacional de José C. Paz. Leandro N. Alem 4731

José C. Paz, Pcia. de Buenos Aires

© 2025, EDUNPAZ, Editorial Universitaria



Rector: **Darío Exequiel Kusinsky**

Vicerrectora: **Silvia Storino**

Secretaria General: **María Soledad Cadierno**

Directora General de Gestión de la Información

y Sistema de Bibliotecas: **Bárbara Poey Sowerby**

Jefa de Departamento Editorial: **Blanca Soledad Fernández**

División Diseño Gráfico Editorial: **Jorge Otermin**

Arte y maquetación integral: **Florencia Jatib y Mariana Aurora Zárate**

Coordinación editorial: **Paula Belén D'Amico**

Corrección de estilo: **María Laura Romero, Nora Ricaud, Mariangeles Carbonetti y Laura González**

Imagen de tapa: **María Julia Thea**

staff

Revista Bordes

Agosto-Octubre de 2025, Año 10, Número 38, ISSN 2524-9290

<http://revistabordes.com.ar>

Directores: **Mauro Benente y Diego Conno**

Consejo Editorial: **Romina Smiraglia, Dolores Amat,**

Bárbara Ohanian y Mariana Percovich

Publicación electrónica - distribución gratuita

Portal EDUNPAZ <https://edunpaz.unpaz.edu.ar/>



Licencia Creative Commons - Atribución - No Comercial (by-nc)

Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga con fines comerciales. Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales. Esta licencia no es una licencia libre. Algunos derechos reservados: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Las opiniones expresadas en los artículos firmados son de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de esta publicación ni de la Universidad Nacional de José C. Paz.

¿QUIÉNES SOMOS?

Bordes es una revista digital de la **Universidad Nacional de José C. Paz**, que pretende generar un espacio de reflexión crítica sobre temas de derecho, política y sociedad. Estos temas no se encuentran separados o aislados los unos de los otros, cuanto mucho los divide un borde, que les da forma, pero que a su vez puede ser forzado a establecer otras.

Llamamos a esta revista bordes, porque buscamos un pensamiento experimental en ese terreno intermedio que se ubica entre espacios nunca consolidados y en disputa. Buscamos formas intersticiales del lenguaje, que habiliten a explorar los bordes entre las disciplinas y los oficios, entre las miradas coyunturales y las reflexiones académicas.

Los bordes son figuras espaciales, que permiten pensar las líneas o umbrales que separan, pero que también unen aquello que se encuentra en los márgenes o desplazado del centro, y que al mismo tiempo reclama un lugar propio de constitución. Bordes entre pensamiento y acción o entre teoría y praxis, entre individual y colectivo, entre lo propio y lo común; bordes que conectan con otros bordes, bordes que constituyen identidades y dislocan otras. Los bordes son siempre figuras móviles y contingentes, cambiantes e inestables, reversibles.

Así, los bordes son los contornos que trazan una imagen, un perfil, un objeto. Y asumir la idea del borde como forma de la reflexión crítica es un modo de empujar al pensamiento so-

bre sí mismo, para expandir los límites de lo decible y lo pensable, para diseñar los contornos de una nueva figura.

Sabemos que el borde expone también un abismo, un límite que no puede pasarse sin caer ciegamente en lo desconocido: todo pensamiento, toda práctica y todo acto se encuentra con esa frontera, que invita a la osadía, pero también a la prudencia y a la responsabilidad.

No queremos decir con esto que escribimos en o desde los bordes. En todo caso, nuestra apuesta ético-política consiste en abrir un lugar de enunciación otro, que circule en torno a las diversas configuraciones de lo social, que se mueva entre las tramas por donde transitan los hilos del poder. Nos proponemos así, imaginar nuevas formaciones político-sociales, formas más justas, libres e igualitarias de componer la vida en común.

Finalmente, postulamos cierta afinidad electiva entre pensamiento y democracia. Una afinidad entre un pensar colectivo y común, que excede los modos habituales, los estilos, los usos, los lenguajes más transitados y una práctica política que se anima a imaginar otras formas de vida posible.

ÍNDICE

El historiador del pueblo. Nota colectiva en homenaje a Alberto Julio Fernández

Mauro Benente y Sebastián Russo Bautista (compiladores), Silvia Storino, Federico Thea, Ernesto Mattos, Sofía Del C. Airala, Jorge Cortez, Victoria Pirrotta, Victoria Gurrieri, Ricardo Esquivel, Victoria Pirrotta, Gabriel Lerman, Paula Arcuri y Juan Manuel Ciucci, Pablo Gullino, Celeste Falón,, César Bellati, Aldana Vanina Rago, Fernando Fiorenzo y Darío Kusinsky (UNPAZ)

4 de agosto de 2025

9

Ciudadanías injustas

Macarena Marey (UBA/CONICET)

6 de agosto de 2025

35

(Re)mercantilizar el agua en medio de la tormenta perfecta

Javier I. Echaide (UBA/CONICET)

11 de agosto de 2025

41

La libertad se dice de muchas maneras. A propósito de *Libertad y cuerpo. Escapes de la libertad autoritaria presente* de Cecilia Abdo Ferez (Miño y Dávila editores, 2025)

Esteban Domínguez Di Vincenzo (UNR/CONICET)

21 de agosto de 2025

51

La narración como ensayo

Roberto Retamoso (UNR)

26 de agosto de 2025

59

Feminismos y ciencias sociales. Batatita y las feministas de derecha

Carolina Justo von Lurzer (UBA/CONICET)

2 de septiembre de 2025

65

Belén, una historia de resistencia

Romina Rekers (Universidad de Graz, Austria)

12 de septiembre de 2025

71

El conflicto de las facultades. Sublevaciones

Diego Conno (UNPAZ/UNAJ/UBA)

17 de septiembre de 2025

75

Para una nueva imaginación política.

Trabajadorxs territoriales, fronteras y estado

Matías Cambiaggi (UBA)

26 de septiembre de 2025

79

Los nuevos piratas. IA: inteligencia apropiada

Pablo Vannini (UBA/UNGS/UNPAZ)

28 de septiembre de 2025

87

Brenda, Morena y Lara. Todas las vidas importan

María Laura Bagnato (UNAJ/UNPAZ/UBA)

29 de septiembre de 2025

97

Roma se dice de muchas maneras

Cecilia Abdo Ferez (CONICET/UBA/UNA)

7 de octubre de 2025

105

Imaginarios de futuro frente al tánatos epocal

Jazmín Steuer (UNCAUS)

13 de octubre de 2025

115

Jujuy: el laboratorio de la represión.

Entrevista a Eli Gómez Alcorta y Valeria Vegh Weis

Mauro Benente (UBA/UNPAZ)

15 de octubre de 2025

119

Treinta años de Buenos Aires salvaje

Agustín Molina y Vedia (UBA)

24 de octubre de 2025

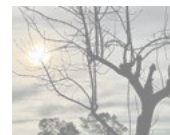
125

José Ingenieros. Acepcciones y usos del concepto de raza

Sergio Díaz (UBA/UNPAZ)

31 de octubre de 2025

135



El historiador del pueblo

Nota colectiva en homenaje
a Alberto Julio Fernández

MAURO BENENTE Y SEBASTIÁN RUSSO BAUTISTA (COMPILADORES) (UNPAZ)
4 DE AGOSTO DE 2025

El domingo 27 de julio nos enteramos de que ya no veríamos más a Alberto Julio Fernández en persona ni en sus lugares de pertenencia y querencia: el Museo Histórico de José C. Paz José Altube —que dirigía—, y la Universidad Nacional de José C. Paz —que había contribuido a fundar, y de la que había sido su Secretario de Vinculación con la Comunidad y Extensión Universitaria.

Con el texto de textos que sigue no pretendemos suplir su ausencia (ausencia circunstancial, porque seguirá presente en todxs nosotrxs), sino más bien reivindicar cada acto, cada gesto, cada reto de su querida presencia por la Universidad, el Museo, y el pueblo de José C. Paz. La vida, obra, gestión y perspectiva popular de Alberto puede/

debe ser puesta en relevancia junto a su calidez, solidaridad y militancia. Y en zonas de su incumbencia como la cultura popular, la territorialidad, la educación primaria y universitaria, la historiografía popular, la vinculación con instituciones intermedias y un largo etcétera.

Los textos que siguen fueron escritos de modo separado, y con el desorden que una noticia intempestiva como esta genera, pero componen una melodía marcada por notas y cadencias singulares. La melodía de una vida rítmica (ATR se diría hoy día, abrevando en las formas y claves culturales contemporáneas a las que era receptivo y divulgador), vida a todo ritmo la de Alberto, que todo el tiempo intentó darle voz a quienes no la tenían; que pretendía que un pueblo narrara su propio derrotero, que no dejara narrarse por voces tan ajenas como prejuiciosas.

Los textos aquí reunidos destacan acciones, intervenciones y miradas que, si bien surgen de la emoción del recuerdo de una persona querida, buscan trascenderla en pos de abreviar en un legado, una herencia a mantener viva. Y si bien retoman las notas sincopadas o armoniosas, características de una persona que ya no está, lo hacen para que tales melodías sigan sonando. Para que nunca dejen de resonar esas notas de amor y compromiso que no queremos olvidar, que te queremos seguir entonando cada vez.

Forman parte de este homenaje (por orden de envío) Silvia Storino, Federico Thea, Mauro Benente, Ernesto Mattos, Sofía Airala, Jorge Cortez. Sebastián Russo Bautista, Victoria Pirrota, Vicky Gurrieri, Ricardo Esquivel, Gabriel Lerman, Paula Arcuri, Juan Ciucci, Pablo Gullino, Celeste Falón, César Bellatti, Aldana Rago, Darío Kusinsky, Fernando Fiorenzo, y muchxs más que aun sin haber llegado a delinear un texto, por distintas razones que incluyen la conmoción, acompañan de algún modo en la estela y constelación que Alberto generó. Lo que hace que una convocatoria de este tipo no puede menos que seguir abierta y encontrar las formas de expresión que el amor, el compromiso y el deseo de mantener viva la memoria de Alberto así lo decida.

El mejor de los baqueanos

SILVIA STORINO (UNPAZ)

El baqueano es aquel que conoce profundamente el territorio que pisa. Su comprensión del terruño es parte de una experiencia intensa, forjada durante muchos años y heredera de generaciones. El baqueano es parte misma de la tierra que recorre, vive y siente permanentemente.

Encontrar un baqueano no es fácil porque no alcanza con poseer estas habilidades. Es necesario estar dispuesto a compartir con generosidad lo que se tiene. Por eso, quien tiene la fortuna de dar con él, puede adentrarse iniciáticamente en el lugar desconocido con confianza, sin desorientarse. Con un baqueano se aprende a amar el lugar a pura caminata.

Para muchas y muchos de nosotros, Alberto fue el más grande de todos los baqueanos. Supo compartir, sin reparos ni mezquindades, el conocimiento y el afecto por José C Paz, sabiendo que lo local, eso que es singular, idiosincrático, crecido a la luz de un torbellino de personas, lugares y situaciones, venturas y fracasos, no es una escala menor de lo provincial o lo nacional. Es la dimensión geográfica y política de la mismísima vida relacional, que expresa, en sí misma, todas las escalas, que encarna todos los proyectos, que pone nombre a gran parte de nuestra vida cotidiana. Alberto se ocupó de formarnos en la localía, para que nadie quedara fuera de juego, para hacernos parte y con ello, enriquecer el territorio.

Aquel baqueano que montado en un banquito mítico, guio a una plebeyada esperanzada por las huellas de la vida universitaria, hoy es leyenda y nos señala la dirección a seguir. Porque aunque te arrancaron injustamente de nuestras vidas (como si el pueblo no tuviera ya demasiados martirios), no nos olvidaremos de las lecciones aprendidas. Porque el buen baqueano, en definitiva, no solo orienta, sino que enseña a no equivocarse jamás el camino de los justos. ¡Hasta la victoria siempre, compañero!

El fuego revolucionario de la cultura en UNPAZ

FEDERICO THEA (UNPAZ)

Hoy despedimos con un profundo dolor y una gratitud inmensa a Alberto J. Fernández, una figura que fue mucho más que un colega: fue un verdadero pilar, un amigo y un guía fundamental en la gesta de la Universidad Nacional de José C. Paz (UNPAZ).

Tuve el honor de ser el primer rector electo de nuestra querida UNPAZ, y Alberto estuvo a mi lado desde el primer día. Su rol como secretario de integración con la comunidad y extensión universitaria fue clave en la construcción de ese vínculo entre universidad y territorio, pero su aporte trascendió ampliamente cualquier cargo. En un distrito históricamente postergado como José C. Paz, donde la oportunidad de estudiar en la universidad era un sueño inalcanzable para muchos y muchas, Alberto se convirtió en un faro de esperanza. Fue él quien acompañó, guio y aconsejó a cada estudiante, desde los jóvenes hasta los adultos, e incluso a las y los adultos mayores, con quienes trabajaba incansablemente. Animó y estimuló a cada persona que se acercaba con la ilusión de aprender. Su calidez humana, su compromiso inquebrantable y su visión transformadora fueron esenciales para que esa universidad recién nacida abriera sus puertas y sus brazos a toda la comunidad.

La profunda pasión de Alberto por la historia de José C. Paz no solo se manifestó en su rol como director del Museo Histórico José Altube, sino que fue clave para integrar el museo con la UNPAZ, enriqueciendo nuestra oferta cultural y educativa. Él entendía profundamente que conocer la historia de un pueblo es sentar las bases de su identidad y forjar su futuro. Su incansable labor como docente y su profunda visión sobre el poder transformador del saber fueron inspiración constante.

La cultura es el camino más revolucionario: prende su fueguito lentamente, tarda en arder pero su calor y su luz cambian la vida de muchos y muchas. Y Alberto, en ese sentido, fue un verdadero revolucionario. No solo construyó conocimiento; construyó puentes, derribó barreras y sembró futuro. La UNPAZ lo reconoce entre sus fundadores, entre los que prendieron ese fueguito que hoy sigue iluminando las vidas de miles, expandiendo horizontes y generando oportunidades. Su legado, palpable en cada pasillo

de nuestra universidad y en la vida de cada egresado y cada egresada, es un testimonio eterno de su generosidad y su visión.

Que su memoria nos inspire a seguir construyendo la universidad inclusiva y transformadora que él tanto ayudó a forjar. Gracias por todo, querido Alberto. Tu espíritu vive en cada rincón de nuestra UNPAZ y en el corazón de José C. Paz. Descansa en paz.

“Es súper necesario ir a las escuelas. Los pibes necesitan tomar conciencia de la importancia del voto”

MAURO BENENTE (UNPAZ)

Imagino que con el preámbulo de alguna anécdota coyuntural, pero conectada con otra dimensión estructural de largo aliento, hacia mediados de 2015 Alberto me dijo –no me preguntó– que tenía que armar unas charlas para pibes y pibas de 16 y 17 años. El 31 de octubre de 2012 se había sancionado la Ley 26.774, que habilitaba a las y los jóvenes de 16 y 17 años a votar en las elecciones nacionales, y el 13 de diciembre de ese año la Provincia de Buenos Aires había legislado en igual sentido para los cargos nacionales y provinciales. Unos meses antes de las elecciones presidenciales, Alberto tenía un doble interés: instar a los pibes y pibas a ir a votar, y entusiasmarles para inscribirse en la UNPAZ una vez terminados sus estudios secundarios.

Armamos las charlas unas semanas antes de las PASO del 9 de agosto de 2015, que giraron alrededor de los sistemas electorales y de las competencias de los poderes ejecutivos y legislativos nacional, provincial y municipal. Recuerdo que la mañana de la primera charla hacía un frío de cagarse, de esos que tiñen con escarcha los pastos que se ven desde la ventanilla del San Martín. Mientras yo imaginaba que no armaríamos ni un equipo de fútbol 5 con las y los asistentes, el Salón de Próceres Latinoamericanos –no me gusta el actual nombre de Auditorio, e imagino que al viejo Alberto tampoco le gustaba– estaba lleno. Pero esa no fue mi mayor sorpresa, sino que a Alberto lo conocían y saludaban no solo las y los profes del secundario, sino también las y los pibes de cuarto y quinto año.

En ese mismo año 2015 Eduardo Rinesi publicaba *Filosofía y política de la universidad* libro en el que, retomando la Segunda Conferencia Regional de Educación Superior realizada en Cartagena de Indias en junio de 2008, teorizaba sobre el derecho a la educación superior. Un derecho con una faz individual –ingresar, permanecer, egresar–, pero también con una dimensión colectiva: el derecho del pueblo de servirse de los conocimientos generados en la Universidad. En esa misma línea Eduardo se explayó en una entrevista que publicamos por EDUNPAZ en un librito que titulamos *La universidad se pinta de pueblo*.

En aquel 2015 Alberto nos instaba a pintar de pueblo la universidad. Le daba carnadura a aquella dimensión colectiva del derecho a la educación superior. Ni nos preguntaba qué nos parecía vincularnos con quienes no estaban en la universidad –en este caso pibas y pibes del secundario–. Creo que porque ni siquiera se imaginaba una universidad que no estuviera vinculada con ese pueblo. No concebía una universidad pintada de otro color que no fuera el de pueblo.

Alberto del barrio paceño

ERNESTO MATTOS (UNPAZ)

La primera vez que me encontré con Alberto fue en una visita al museo histórico José C. Altube, sábado por la tarde, era una reunión del equipo de investigación que dirigía el docente Russo. Era el año 2022, recién había ingresado a la UNPAZ, como tantos proyectos con los que venía reuniéndome, esta reunión tenía la particularidad que fue en el museo: mucho verde, colonial y una biblioteca. Espacio que a veces funcionaba como parte de las actividades del museo. Ahí estaba en esa biblioteca la clásica colección de historia del “Pepe Rosa”.

En esa reunión conversamos y me dio una grata bienvenida. Se notaba su felicidad en compartir con los estudiantes y docentes para brindarles lo necesario en su formación. Creo que sabía que su acción era formar a otros. Noté esa cualidad. La de ayudar al prójimo en su crecimiento era su carta de presentación. Esa fue mi primera

impresión. De esa primera vez que nos vimos me (nos) explicó la historia de José C. Paz. Aunque crecí en el oeste, José C. Paz era lejos para mí, pero cercano cuando te lo narraba Alberto. Como si fuera una clase de historia me ubicó en tiempo y lugar. Pero también se notaba que estaba en una cruzada, poner en lo más alto a su barrio, sus pasillos, sus arroyos, sus personas. Por eso entiendo el afecto que sentía por nuestra querida UNPAZ.

En ese primer momento, luego de la exposición de los avances del equipo de investigación, tuvo la amabilidad de repasar las fotos, diarios y contarnos la importancia que tenía el museo en la recuperación de la memoria del “barrio”. Se notaba en su relato que no había que perder de vista al sujeto histórico que habitó y pobló José C. Paz, las familias de trabajadores. El guardaba esos recuerdos y te los transmitía, nos contó cómo se organizaron las mujeres para tener un jardín de infantes: “no pidieron permiso” era una necesidad de las familias. En otro momento estuvimos en un homenaje al boletero del tren San Martín. Obrero ferroviario. Esa era su forma de enseñarnos el sentido de comunidad, comunidad organizada.

Alberto tenía entre sus ideas la identidad. Reforzar qué es ser paceño y llevarlo con orgullo. Un día mientras le contábamos sobre la posibilidad de articular dos proyectos de investigación en el territorio –uno estaba coordinado por Sebastián Russo sobre “Imágenes e imaginarios en/del territorio. Retóricas visuales para/como una investigación situada en/del NorOeste Conurbano”, y el otro por Rivero/Saux vinculado a “Evaluación de pruebas rápidas para la detección de Chagas en personas gestantes, barreras en el diagnóstico y la atención”– nos comentó un detalle en José C. Paz y sus barrios: “nadie sabe dónde termina uno y otro barrio” y que eso contribuyó a que nadie supiera con exactitud de qué barrio es. Los dos proyectos que se realizaron en la cuasi parroquia Medalla Milagrosa le dieron sentido al barrio. Chagas y comunidad. Creemos que ese era el camino que venía transitando Alberto: comunidad paceña y universidad. Trataremos de continuar, en su memoria, con esas premisas que nos enseñó.

Alberto vive en cada rincón de la UNPAZ

SOFIA DEL C. AIRALA (UNPAZ)

Alberto fue mucho más que un gestor o un profesional: fue el latido mismo de José C. Paz encarnado en la Universidad Nacional de José C. Paz (UNPAZ). Su figura resuena con fuerza en cada rincón de nuestra comunidad, entrelazando la calidez humana con una militancia inquebrantable por lo nuestro. Su amor por la historia, no la de los libros, sino la viva, la del pueblo que se forjó junto al ferrocarril y sus luchas comunitarias, fue el motor que impulsó su visión.

Desde el Museo Histórico, donde sembró semillas de identidad, hasta su crucial labor en la universidad, Alberto defendió con orgullo la territorialidad paceña. No concebía una universidad si no estaba profundamente arraigada a su suelo, a su gente. En 2014, tuve el privilegio de ser una de las tantas personas que vio cumplido un sueño gracias a él. Mi anhelo de trabajar en una universidad pública se materializó ante la mirada atenta y el apoyo incondicional de Alberto. Vio más allá del estigma que algunos aún intentan imponer a nuestra ciudad. Vio el potencial de un José C. Paz pujante, capaz de forjar su propio destino.

La UNPAZ, ese proyecto que abrazó con la pasión de un verdadero militante, es un testimonio vivo de su compromiso. Una universidad nacional, popular, pensada para dignificar y mejorar la vida de nuestra comunidad. Discutíamos, sí, con la energía de quienes buscan lo mejor, pero en los momentos de dificultad, Alberto era el apoyo indispensable. Su rol de “cura” del espíritu, como cariñosamente lo recordaba, se manifestaba en cada gesto solidario, en cada palabra justa de consuelo, como aquella que me brindó ante la enfermedad de mi padre.

La vida y obra de Alberto trascienden lo personal. Son un legado activo que nos convoca a defender su memoria. Defender nuestra identidad paceña, nuestras instituciones, y, por sobre todo, la UNPAZ. Una universidad que es, y debe seguir siendo, un faro de oportunidades, un espacio de crecimiento y un orgullo para todos los que amamos profundamente a José C. Paz.

Nacido y criado en José C. Paz

JORGE CORTEZ (UNPAZ)

Es curioso pensar cómo los roles que desarrollamos a lo largo de nuestras vidas moldean la forma de vincularnos. Alberto Julio Fernández en sus 75 años desempeñó varios: fue vecino, amigo, párroco, maestro, funcionario público... fue todo eso y muchas cosas más pero para mí, por algún motivo, creo que el que mejor lo describe fue el de guía.

Quienes lo conocieron bien sabrán que caminar por las calles de José C. Paz con Alberto era transitar un Museo a cielo abierto, donde las veredas, las fachadas, los árboles, los nombres de las calles o cualquier detalle cobraba sentido a la luz de sus relatos y su fuente inagotable de anécdotas y referencias que hablaban de Pueblo.

Pueblo era la idea que Alberto solía contraponer a la de otras formas de nominar arbitrariamente lo que algunos considerarían un mero espacio geográfico o división jurisdiccional. Fundamentalmente, creo que lo hacía porque para que haya Pueblo hace falta una historia en común y a esta última sin dudas se dedicó con esmero y pasión.

“José C. Paz es un Pueblo orgulloso”, lo escuché decir un montón de veces mientras relataba con épica las innumerables gestas de los vecinos en visitas guiadas, presentaciones y también al aire en *Sucedió en José C. Paz*, aquel ciclo de radio en el que tuve el honor de acompañarlo junto a Belén Cattaneo por la emisora del Centro Cultural de José C. Paz.

El buen Alberto supo transmitir como nadie el orgullo por su Pueblo y por cada una de las conquistas logradas al calor de la lucha y la organización popular, entre ellas, estoy seguro de que la que más le inflaba el pecho fue la creación de la UNPAZ y, como no podía ser de otra forma, en esa historia también tuvo un papel protagónico.

A la UNPAZ le debo haberlo conocido hace 11 años, ni más ni menos que la primera vez que crucé la puerta de la sede central. Aquel día Alberto hizo gala de su *expertise* como guía y me llevó a conocer las distintas áreas, me presentó a todos con lujo de detalles y de inmediato tuve la sensación de que estaba en mi casa.

Fue un compañero excepcional y un trabajador incansable que dejó atrás un invaluable aporte a su comunidad y un enorme ejemplo de dedicación y militancia. Nos mostró que José C. Paz tiene una gran historia que contar y ahora forma parte de ella.

Josepá o semblanza para una historiografía popular

SEBASTIÁN RUSSO BAUTISTA (UNPAZ)

Se fue un irremplazable. Si todxs lo son, lo somos, hay algunos que además de ser seres singulares son la suma de todos los otros. Alberto era uno de esos. Lo es. Lo sigue y seguirá siendo.

Espíritu incansable, caminador y conversador, el amor a su pueblo era un motor, una meta, un horizonte siempre esperanzado y contagiante. Es quien nos permitía situarnos de modo respetuoso, coherente y militante en lo relevante, es decir, en aquellas historias que parecen mínimas y son –incluso en tanto tal– el insumo fundamental de la historia de un pueblo, de las historias de los pueblos.

Era quien habiendo prácticamente fundado la Universidad Nacional de José C. Paz, la ponía siempre en la necesaria tensión entre los saberes académicos y los populares, entre el modo que debe hablar un universitario, nunca desligado del habla popular.

Era el que hace de una charla común, un momento recordable, ubicable en un archivo, el de una/la historia, el de un modo de hacer historia. Una que lo comprendía todo, a la que todo le es tema y tono a ser rememorado, re/memorable.

Alberto, su método historiográfico popular, no entendía de grandes o pequeñas cuestiones cuando de la construcción de la memoria de su pueblo se trataba. Desde un mapa de catastro hasta una anécdota, desde un periódico a una pieza de un poste de luz ferroviario.

Su exigencia se basaba en el infinito e ineludible respeto al pueblo. No podía enunciarse de cualquier modo ante él, es decir, ante la historia. Fiel preservador sobre todo del espíritu popular era (seguirá siendo) el que lo valoraba y hacía valorar hasta la emoción.

“Yo hablo como el pueblo”, se jactaba y empujaba a su interlocutor en no quedar (nunca) fuera de ese espectro. Fundamental alerta para cualquier orden de saber que pretenda no solo estar/estudiar sino habitar un territorio, históricamente mal-tratado y por ello, aún más necesario sensible y riguroso el modo de vincularse con él.

Nos deja un legado todavía incalculable. No solo por un archivo valioso tanto en su materialidad simbólica e historiográfica, sino y, sobre todo, en un modo de leerlo, pensarlo, un modo de entenderlo, siempre junto al pueblo. Tanto al que refiere a una localidad/pueblo en particular —su amado José C. Paz o Josepá como gustaba decir—, como en el que está inserto en tanto trama afectiva vivencial: popular.

Y nos lega también, como una fuerza y sustento desde donde pararse, avanzar y religar: la militancia. Incansable, atento, incisivo y sin concesiones para con quien hablara de más o incluso de menos, Alberto hizo de su religiosidad un arma popular, la forma de con-mover a propios y extraños. Hizo del re-ligare menos una conmiseración y anhelo abstracto, que una potencia entusiasta y comprometedora por y para los otros.

En términos personales, acercar a las nuevas generaciones estudiantiles a su escucha, sus palabras, su verlo en acción, fue uno de los gestos pedagógico-políticos más relevantes de mi vivencia unpacña. Así como el libro sobre tal trayecto, que le dediqué, el que escribí con y por su mirada, y con la necesidad de no condescender ni a mi perspectiva ni a la suya y que felizmente bendijo con sus palabras, recomendación y difusión.

De las decenas de charlas compartidas, de los muchos encuentros organizados en el Museo, de los proyectos compartidos, encontré una treintena de imágenes solo del último año. Que mal condensarían (ya que una imagen no vale las miles de palabras compartidas) este pequeño homenaje de los muchos que se harán (deberán hacer) de aquí en más.

Aunque seguro estoy que lo que más desearías, Albert, es que tu impronta, tu modo amoroso de inquirir a todo aquello que no sea por y para el pueblo, no sea meramente nombrado, que no decline, ya que de hacerlo, condenados quedaríamos a un saber, a un conocimiento, de nosotros y de los otros, desligado y desconectado del sitio donde se produce, deshilachado de las luchas populares que ayer y hoy deberemos seguir librando.

En una de las entrevistas que te hicimos dijiste que no es tiempo de tibiezas cuando de la defensa de nuestros derechos se trate. Haremos todo lo posible para estar a la altura de tus palabras, de tus acciones, de tu sonrisa, que era cómplice y a la vez comprometedora. En esa sutileza arraigaba la potencia y retórica popular que intentaremos salva-guardar, para salvaguardarnos.

Un caminante de la educación

VICTORIA PIRROTTA (UNPAZ)

Alberto era más que un educador, era un caminante de la educación. Permanentemente estaba buscando nuevas maneras de hacer accesible el conocimiento, de hacer perfectible su práctica cotidiana como director en el museo “José Altube” y más allá de los muros físicos también. En numerosas oportunidades hemos charlado con él sobre la tarea de ser guía y coordinar un espacio cultural en el conurbano, lo desgastante que es, la entrega que implica, porque es un permanente hacer y construir con el otrx. Es una tarea que no es similar a la docencia, es un instante significativo para ese grupo que participa de la visita, genera un impacto en la mirada del visitante, Alberto esa particularidad del momento en el museo la tenía siempre presente.

Va a ser bastante raro no encontrarlo por la plaza de José C. Paz, en camino a la universidad o por distintos puntos nodales de la zona porque era un caminante de la educación, era una persona que pisaba el territorio y con cada persona que conversaba generaba una instancia de diálogo y construcción de saber. Tenía visiones muy claras de lo que quería hacer, de la importancia de la divulgación de las microhistorias que conforman el recorrido del museo, el trabajo con la comunidad, hemos tenido varias charlas sobre esos temas y otros. Era un caminante de la educación y un maestro en la conversación, no pasaba desapercibido en los lugares, no se achicaba ni se guardaba ninguna opinión o gesto, era auténtico y fiel a sus convicciones. En algunas cosas tenía razón, en otras no tanto, pero el momento de conversar con Alberto siempre algún interrogante o pensamiento dando vueltas te dejaba. Era un maestro, un caminante de la educación, pateando las calles de José C. Paz, conversador incansable. Hoy el vacío se va a sentir muchísimo, porque nadie

más va a militar la docencia y la divulgación de la historia local como él. No pensamos la posibilidad de su partida, no así, lo vamos a extrañar.

El Albert bueno

VICTORIA GURRIERI (UNPAZ)

Alberto: un hombre inquieto, siempre en movimiento. Un hombre que nos abrió las puertas del museo y de su corazón. Que fue parte fundamental de nuestro proyecto de investigación y de cada conversación compartida, de cada actividad que implicara defender la historia y el patrimonio local.

Decía lo que pensaba, sin filtro, o lo decía con la cara. Un hombre con historia: la suya, la de su comunidad, la del barrio, la del territorio. Un hombre con memoria, que vivía para la memoria y que, sin dudas, vivirá en ella.

Lo llamábamos con cariño el “Albert bueno”, y creo que nunca se lo dijimos en voz alta. Sabía la historia de cada calle, cada árbol, de cada loteo de cada barrio. Quién había pasado, cuándo y por dónde. No por chusma, sino por un deseo profundo de preservar lo que ocurre en el territorio, de dar valor a lo cotidiano, de disputar sentidos para imaginar un futuro distinto, utópico.

Un hombre celoso, territorial en sus vínculos, en sus proyectos y en sus deseos. Pero también generoso: no tenía problema en prestarte un brazo o una pieza del museo para un rodaje. Le encantaba vernos trabajar. Se sentaba a mirar lo que hacíamos, a veces opinaba, otras veces solo observaba. Y si no le gustaba algo, te lo decía sin vueltas.

Una vez, después de mostrarle un video en proceso, me dijo: “Vicky, casi me duermo, no entendí nada, esto no es representativo del lugar sobre el que estás trabajando”. Yo traté de explicarle, y él, con esa mezcla de humor y certeza, me respondió: “No. Así no. Búscale otra vuelta”. Esa honestidad, que a veces incomodaba, era también una forma de cuidado.

Publicaba efemérides todos los días a la medianoche. “Si un día no subo nada, vengan a ver si estoy bien”, decía en broma. Pero también lo decía en serio. Temía morir solo, sin que nadie lo notara. Temía abrir las puertas cuando le pedían agua. Aun así, lo hacía, seguía: con pasión, entrega y humor.

Me/nos honra haber sido parte de su ronda. De su vida. De su insistencia por cuidar lo común. Un hombre cálido. Un poco mañoso. Inolvidable. Fundamental.

Su legado nos queda como una tarea. Y es nuestra responsabilidad continuarla. Así como seguir vinculando universidad, identidad y territorio.

La otra historia. En contra del reloj y el olvido

RICARDO ESQUIVEL (UNPAZ)

Dice la IA que un historiador, desde el punto de vista de la ciencia, es un profesional que se dedica al estudio sistemático y crítico del pasado humano, utilizando métodos y técnicas científicas para analizar y comprender los eventos, procesos y patrones que han ocurrido a lo largo del tiempo.

Un historiador es un experto en la recopilación, análisis e interpretación de evidencias históricas, como documentos, artefactos y otros registros.

La IA no conoce ni conocerá al imprescindible (en tono brechtiano) de Alberto Fernández, este Quijote paceño, que nos contó la otra historia, la escribió, la compartió, e incentivó a amar nuestro barrio, amar el sentido contrario a las agujas del reloj.

“Si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia”. La otra historia es la que se construye en los territorios donde habitamos, y compartimos con otros, en colectivo, en ranchadas, en organizaciones comunitarias, en el ámbito educativo, entre otras. La historia que escriben los que ganan, nos arbitra a despegar de nuestra tierra, nuestro barrio, en busca de algo mejor: Nos corroe, nos impregna, nos contamina con el olvido y el despegue de nuestra identidad, esa la de amar tu barrio, tu comunidad,

tus amigos, y los proyectos colectivos y grupales, donde se piensa, se vive, y se siente el “para todes...”.

Alberto Fernández era una de esas personas que contrariaba esa pregnancia y corrosión, individualista y personalista, un apasionado y enamorado de su territorio y de toda su significancia y derivas, el transitar por esta vida, ha sido historia viva compartida, poesía colectiva, construcción política sin mezquindades, podría decir cine, cuando te encontrás con personas así, en proyectos en guías colectivos, te ves en esos ojos en las sonrisas en la complicidad, donde la juntada no es una asociación ilícita.

Todes los que soñamos con un barrio, un territorio, un país, un mundo mejor, nos hemos encontrado en los ojos y la sonrisa de Alberto Fernández.

Sos infinito y universal.

Las mil y una historias de José C. Paz

VICTORIA PIRROTTA, GABRIEL LERMAN,
PAULA ARCURI Y JUAN MANUEL CIUCCI (UNPAZ)

Tristeza es el sentimiento por la pérdida de don Alberto Julio Fernández, director del Museo Histórico “José Altube” de José C. Paz. Tuvimos la alegría y la suerte de compartir su pasión por la historia paceña, por su comunidad, a la que ofrendó una vida de coherencia y simpatía en la generación de conocimiento y memoria. A las nuevas generaciones de escolares que conocían el Museo y su activa labor, se le fueron sumando jóvenes y estudiantes que encontraron en su testimonio y generosidad una cantera para recrear símbolos y narrar acontecimientos. Y a los docentes que tímidamente nos fuimos acercando a la vera del camino, en una universidad que nació popular porque fue fundada por el Estado Nacional y por la sociedad que la habita, en uno de los múltiples vértices del conurbano, el testimonio y las tareas de Alberto nos permitieron conocer y abrir los surcos de un tiempo y un lugar que no conocíamos y empezábamos a observar y construir. Un abrazo a su familia, a los equipos del Museo y a todos los estudiantes que admiran su obra y serán la mejor garantía para sostenerla. La historia de un pueblo

empieza cuando se funda pero también cuando vuelve a ser recordada por sus nietos y bisnietos. José C. Paz volvió a fundarse y ser habitado por Alberto y el Museo Histórico, y durante los últimos años, por la Universidad y sus estudiantes. Esas historias, esas mil y una historias, están en el Museo Histórico “José Altube”, y volverán a pensarse una y otra vez.

Estudiar el pasado, hacer en el presente

Un legado entre memorias paceñas

PABLO GULLINO (UNPAZ)

Alberto deja una profunda huella en la comunidad cultural, educativa y espiritual del distrito. Alberto es un intelectual comprometido, que supo transformar sus investigaciones en distintos textos y charlas en instituciones educativas y sociales. Fue también sacerdote, teólogo y docente, y tuvo un rol clave en la creación de la Universidad Nacional de José C. Paz (UNPAZ), a la que acompañó desde sus orígenes con ferviente convicción por la educación pública para nuestro municipio.

Durante su gestión, el museo se convirtió en mucho más que un espacio de exhibición: era una casa de puertas abiertas. Allí conviven la historia local, las expresiones artísticas, la música, los encuentros comunitarios y el pensamiento crítico. Supo tender puentes entre la comunidad y el ámbito académico, haciendo del museo un espacio vivo y plural. Con su gestión, el museo fue anfitrión generoso de ciclos como “Noches en el Museo” y los “Conciertos por la Memoria”. Miles de vecinos conocieron así la historia propia y colectiva. Impulsó activamente eventos que integraban a estudiantes y docentes de la UNPAZ, generando una sinergia única entre el saber universitario y el territorio.

Su forma de hacer cultura fue profundamente inclusiva y transformadora. Se podía visitar el museo y consultar sobre los orígenes de los barrios, las estaciones del ferrocarril, las primeras actividades comerciales de José C. Paz. Pero también escuchar una banda local o compartir un vino entre amigos. Todo tenía lugar, porque él entendía que la cultura florece cuando hay comunidad.

Hoy lo despedimos con un profundo agradecimiento. Su legado vive en cada proyecto que sembró, en cada memoria recuperada, en cada estudiante que pisa la universidad que ayudó a fundar. Y en el Museo histórico José Altube, que seguirá siendo un faro para José C. Paz, tal como él lo soñó.

Yo conocí a un historiador

CELESTE FALÓN (UNPAZ)

Conocí el museo una noche de verano, no recuerdo muy bien el motivo por el que fui con mi compañero a este lugar y allí fue la primera vez que vi a ese señor, al que saludé tímidamente. De él se podrán decir mil cosas, no está de más recordar lo amable, sociable, carismático, solidario, colectivo, pero sobre todo un gran enamorado de este territorio, el mismo que muchos critican, que cuestionan negativa y peyorativamente, él era un eterno apasionado por su José C. Paz.

Hace dos años me tocó concurrir, con mis niños de cuarto grado de una escuela privada a una visita guiada al “Museo de José C Paz”. Al llegar nos recibió un señor mayor, de lentes, cabello blanco, con una sonrisa y una voz muy suave pero segura, que podría ser el abuelito de cualquier cuento que alguna vez habremos leído en el cole, desde el minuto cero se mostró muy cordial, y nos invitó a pasar a su casa. Sí, dije su casa porque no tengo duda que ese lugar que dirigía cuidaba y conservaba era su casa, dialogó y contestó cada duda planteada por esos niños e interactuó con mis alumnos de forma tan espontánea, natural, como si se conocieran mutuamente desde antes. La visita fue muy amena, él la hizo tan cordial y transmitió parte de la pasión que sentía por ese lugar, por ese territorio.

Siento y recuerdo que lo veía ir y venir como una gacela, que se deslizaba por el museo, por su patio, por la biblioteca y que cada vez que hablaba tenía algo hipnótico, no podía dejar de escucharlo porque transmitía pasión en cada palabra que hacía referencia a un barrio, a una calle o a algún edificio de su amado José C. Paz.

Finalmente me quedo con esa sonrisa que me recibió y me despidió en aquella visita escolar, creo que será muy raro volver al museo sin verlo pasar de reojo, pero como

persona que cree que muere quien se olvida, a Alberto no lo vamos a olvidar, porque cada vez que se abra la puerta del museo, que un vecino traiga algo que permita que el museo siga creciendo, él estará ahí, con su sonrisa y agradeciendo la conservación de la memoria de José C. Paz.

Gracias Alberto.

Alberto. Un libro

CÉSAR BELLATI (UNPAZ)

“Alberto, tenés que escribir un libro”. Eso me comentaba en más de una ocasión en las agradables charlas y enseñanzas que teníamos en el Museo histórico José Altube. Que diversas personas, tales como vecinos, colegas, paceños y entidades, le solicitaban y sugerían en más de una ocasión. Al igual que él, sabían y se preocupaban por mostrar y enseñar algo diferente sobre el noroeste conurbano, específicamente de José Clemente Paz. Sí, Clemente, para aclarar que no es “cuchillo” como le suelen llamar al partido para desprestigiarlo y estigmatizarlo, algo que a Alberto le molestaba mucho.

Era algo que tenía que hacer, que debía hacer. Escribir un libro sobre la historia paceña, pero no en un estilo de historia tradicional, como con un orden cronológico de fechas. Ese no era su estilo.

Cada fotografía que él observaba e impartía, se llenaba de un relato sereno, con una voz que parecía leer algo similar a una crónica entrelazada con relato, en la que las fechas estaban presentes, pero aún más, las anécdotas que parecían haber sido experimentadas por él. Cada ejemplar de los diversos diarios conservaba las noticias de ayer, las cuales él conocía de manera exhaustiva, cual cronista dedicado.

Cada documentación, cada mobiliario, cada habitación, cada aparato que ocupaba un lugar en esa vivienda/museo que en algún momento fue propiedad de un sastre, poseía una historia que Alberto sabía.

Él poseía un estilo singular que utilizaba para fascinar a todos, desde los niños de jardín de infantes que visitaban el Museo hasta los adultos universitarios que se asociaban con el territorio a través de su impronta. No había nadie que no se viera fascinado por la historia local narrada por Alberto.

No estoy seguro si ese libro lo redactó plasmando palabras en hojas. ¡Pero lo que sí sé y estoy seguro de que lo plasmó en cada uno de quienes nos vinculamos con su arduo trabajo como historiador, docente, y gran persona que fue!

Cada día a la medianoche, con la misma puntualidad que lo caracterizaba, él compartía en sus estados de WhatsApp efemérides Paceñas y otros eventos históricos. La última que compartió recordó los 73 años de la muerte de Evita.

Creo firmemente que viviste una vida plena, porque quien pone tanto amor, tiempo, paciencia y pasión en lo que le gusta, tanto por el pasado como por el presente y el futuro, seguramente encuentra la felicidad y la satisfacción.

Alberto Fernández, nuestro querido Alberto, como solíamos llamarlo. Vas a estar presente en la historia, esa pasión que siempre te acompañó y que también acompañaste, vas a estar presente en efemérides, posiblemente en más de una.

Desde aquí, te digo adiós y gracias por lo que fuiste y lo que eres, porque quien se dedica a recordar, contar, difundir, enseñar y conectarse con el pasado, siempre continuará existiendo.

Parafraseando al Che Guevara, quien se vinculó en su vida con la victoria, te despido y digo: “Hasta la historia siempre, Alberto”.

Hay que hablar de las ausencias

ALDANA VANINA RAGO (UNPAZ)

Aunque suene imperativo, no tengo dudas, que hay que hablar de las ausencias. Y más cuando se trata de personas cuya presencia, su vida, su obra, su legado, nos hace replan-

tearnos la esencia de ese sentir, de ese dolor, de ese pesar; repensar la idea misma de lo que hemos perdido. Hay que hablar de las ausencias, mi querido Alberto, hay que hablar de la tuya porque estoy segura que resignificará el concepto.

Donde hubo ausencia de fe, hiciste de la religión una forma de amistad con el vecino. Donde hubo ausencia de orgullo, forjaste que la historia de cada paceño valga la pena de ser contada. Donde hubo ausencia de futuro, defendiste la educación pública y gratuita accesible para todos. Donde hubo ausencia de recuerdos, creaste cuentos preservaste momentos. Donde hubo ausencias, accionaste, gestionaste, militaste, fuiste consuelo... trabajaste incansablemente; y te hiciste presente con la bandera del barrio, del peregrino, del sacerdote, del docente, del amigo.

Hay que hablar de tu ausencia Alberto, como ejemplo de trascendencia, tuviste tantas vidas que este mundo te quedó chico. Fuiste testigo y protagonista, acompañaste causas, sembraste ideas, te volviste imprescindible sin proponértelo. Fuiste palabra justa en la tristeza, la sonrisa cómplice, el compañero de pequeños, grandes, buenos y malos momentos; fuiste porque estuviste y seguirás estando.

Desde las ausencias hiciste historia con tu presencia; hiciste de tu existencia una guía para quienes creemos que lo colectivo siempre vale más que lo individual. Nos dejaste una huella profunda, nos marcaste el camino que inquebrantablemente seguiremos andando.

Pensar en tu ausencia nos transforma, nos inspira y nos compromete a continuar lo que empezaste. Es por esto que sostengo: hay que hablar de las ausencias; porque hablar de ti es seguir teniéndote presente.

Ciudadano ilustre no, nuestro héroe

FERNANDO FIORENZO (UNPAZ)

“Les presentamos a Alberto Fernández, un ciudadano ilustre de José C. Paz”. Así arranqué la entrevista que le hice poco más de un año atrás al director del museo histórico de

José C. Paz, pero él irrumpió tajante con una carcajada: “¡No, ilustre no! jaja, un vecino más...”. Su risotada espontánea y auténtica por mi absurda ocurrencia retumba aún en la sala del museo donde tenía su despacho. El instante quedó capturado en video y en estos días, cuando la herida por su trágica desaparición aún sangra, revisitar el momento confirma y realza su figura de héroe de estos territorios, porque la humildad es una virtud de las más valiosas que tienen los héroes.

Conocí a Alberto en los lejanos años 80, cuando él era dirigente del grupo scout de la parroquia al cual asistí toda mi infancia. Por entonces él recorría su tramo final de la carrera de seminarista y cada tarde de sábado nos regalaba una charla en torno de algún tema bíblico, que escuchábamos apasionados y absortos, ante una elocuencia y calidez en su forma de contar historias, que se mantendría a lo largo de su vida, más allá de su período religioso. Una tarde fue ordenado sacerdote y todos los scouts que participamos de esa misa extraordinaria comandada por el mismísimo obispo recordamos aún las dos tediosas horas que duró la ceremonia.

Años más tarde, cuando ya había consolidado su figura de historiador local, restablecimos una comunicación fluida cuando se acercó a mi padre, un vecino de toda la vida de José C. Paz y aficionado a la historia local, que desde hacía unos años venía trabajando en la construcción de una maqueta de la estación de José C. Paz tal como era el día de su inauguración, en 1906. Alberto le aportó información valiosa para que mi viejo pudiera incluir detalles que hoy permiten resguardar la memoria de ese edificio histórico que actualmente corre el riesgo de desaparecer. La maqueta hoy se exhibe en el museo, y por estos días ambos se encontraban trabajando en una iniciativa de Alberto, de construcción de un espacio dentro del museo especialmente dedicado a la historia del ferrocarril.

Desde el año pasado Alberto se había convertido en el columnista de lujo de nuestro programa de *streaming*. El bloque de historia local que hacía era uno de los momentos más altos de cada emisión. Cuando preparábamos el programa yo le tiraba algunas líneas temáticas posibles. Él tomaba nota y luego aparecía con documentos, fotografías y anécdotas de aquello que le habíamos sugerido, que relataba con la pasión contagiosa de siempre, cautivando a nuestra audiencia que ahora lo extraña horrores. La última charla que tuve con él fue para

coordinar su regreso a nuestro programa, que lo entusiasmaba como siempre que se lo invitaba a donde fuera, a hablar de la historia de su querido José C. Paz.

Sus intervenciones en el programa por suerte quedaron grabadas y las compartiremos para que, al menos desde ese registro, podamos seguir disfrutando sus relatos de la historia de este territorio forjado por emigrantes europeos, trabajadores ferroviarios y obreros de fábricas, como a él le gustaba subrayar en sus relatos, y también hoy una ciudad educativa, con una universidad pública de cuya creación también él fue protagonista.

Sostener tu reto

DARÍO KUSINSKY (UNPAZ)

Los recuerdos se me amontonan. La emoción me los nubla. Se mezclan, irrumpen intempestivamente.

El 14 de julio le escribí, le pregunté si nos podíamos ver en algún momento. Me contestó enseguida (siempre lo hacía) y me contó que tenía una semana ocupada con visitas en el museo. Sus amadas visitas. Le dije que me avisara cuando disponía de un rato de tiempo para vernos. Estaba realmente muy ocupado con sus encuentros con los chicos y las chicas de las escuelas de José C. Paz en su querido Museo, y recién pudimos coordinar para el lunes siguiente al mediodía.

Ese lunes llegó puntual, como siempre. Traía su boina. Estaba un poco congestionado por el frío, pero estaba contento. Después de preguntarme por mi hija y mi hermano Alex, al que quería mucho, nos pusimos a conversar. Hacía un tiempo que no nos veíamos, me contó de su último viaje. Estaba impresionado con los lugares que conoció en China. Me contó también que planificaba otro para el año que viene. Quería, junto con una prima, visitar el pueblo de su abuela y reconstruir una parte de la historia familiar. No me llamó la atención su inquietud. Me contó exactamente todo lo que había pasado con ella en el pueblo y por qué querían ir. Tenía buena memoria, y me pareció normal que un historiador de su talla quisiera reconstruir su propia historia.

Sabía mucho de la historia de José C. Paz. Me contó que había estado con algunos integrantes de la familia Altube y que fueron hasta el Mirador Altube, que está cerca de la nueva Facultad de Ciencia y Tecnología.

Lo recuerdo con mucha fortaleza pero con una gran sensibilidad. Muchas de nuestras charlas tenían un momento en el que sus ojos se llenaban de lágrimas casi automáticamente cuando, en ocasión de contarme sobre algún vecino enfermo o que había tenido un problema, recordaba una anécdota de su juventud, de su niñez, el barrio o a algún pariente de ese vecino que también conocía. Su conocimiento sobre el pueblo de José C. Paz abarcaba casi siempre a tres generaciones: el padre/madre, la hija/o y los nietos/as. También se emocionaba cuando contaba algunos de los hechos relevantes para la historia de José C. Paz. Los que eran sobre el Museo y la Universidad se llevaban los momentos de emoción más profundos. Era alguien especial (mientras escribo no puedo aceptar el relato en pasado), tenía una capacidad inigualable para transmitir amor por el pueblo.

A mí me ayudó mucho en los comienzos. Se preocupaba y ocupaba de que fuéramos conociendo a distintas personas e instituciones, y se tomaba el tiempo de explicarme la importancia de cada institución y de sus integrantes. Siempre desde un lado amoroso y desinteresado. La UNPAZ le debe mucho a Alberto, le debe su profunda integración con la comunidad. Le debe el registro de su propia historia institucional, que él se ocupaba de contar, empezando siempre por relatar el hecho de que Mario (Ishii) empezó a soñar la universidad mucho antes de que obtuviera la ley de creación y que la comenzó a construir con fondos municipales y con trabajadores municipales.

Me acuerdo el día que me invitó a una reunión con las señoras que se ocupaban del Museo, allá por el 2015, tomamos un té. Federico (Thea) era el primer rector electo de la Universidad y Alberto era el Secretario de Vinculación con la Comunidad y Extensión Universitaria, y había querido que nos conociéramos con las vecinas que compartían su misma vocación por la historia y el trabajo por el mantenimiento de la memoria del pueblo. Recuerdo que conversamos sobre la importancia del Museo como institución de la cultura y la educación local y, ya en esa época, había surgido la idea de que la universidad y el museo pudieran trabajar juntos y progresivamente se fueran uniendo en distintas líneas de trabajo, como sucede en otras universidades que tienen sus mu-

seos universitarios. Una idea que se mantuvo a lo largo de los años y que permitió que muchas actividades se realicen allí. Hace muy poco, este año, compartimos allí la presentación del Atlas Visual Paceño, junto a profesores y estudiantes de la Licenciatura en Gestión y Producción Audiovisual. Recuerdo que ese día antes de empezar charlamos un rato y me mostró la foto y la placa de reconocimiento que le dimos el día del merecido reconocimiento a su trabajo en la UNPAZ. La exhibía orgulloso, la tenía ahí, sobre una repisa para que todos la pudieran ver.

También me acuerdo el día que vino a mi oficina y me contó que había decidido jubilarse. Lleno de lágrimas, emocionado, me dijo que estaba listo para dejar de trabajar y disfrutar de su tiempo para descansar. Un descanso que él y yo sabíamos que no iba a llegar porque dedicaría todo su tiempo a su amado Museo. Y sobre eso también me habló en nuestra “reunión de despedida”, de la cantidad enorme de visitas que había recibido este año y el año pasado. Lo conocían todos en las escuelas, le escribían para pedirle un rato para poder ir con los estudiantes.

Cuando terminamos la reunión del lunes 21 de julio de 2025, le pregunté si quería acompañarme a la apertura de la colonia de vacaciones de invierno de la universidad. Era la primera vez que se habían organizado en forma conjunta entre la Secretaría de Extensión y la carrera del Profesorado Universitario de Educación Física. Cuando cruzamos la calle, pasamos por el escudo de José C. Paz que luce como una escarapela en el pecho del edificio del entonces Centro de Estudios Municipales. Me retó por uno de los colores del escudo. Frenó la caminata y me dijo: “¿ves ese color de la parte de abajo del escudo? ¡Está mal! Voy a revisar el dibujo que tengo en el Museo del escudo original y te aviso para que lo cambien”.

Siempre me retaba. Yo le decía que si no me retaba cada vez que nos veíamos, faltaba algo y después nos reíamos. Voy a extrañar esos retos, que eran una forma amorosa de mostrarnos su mirada para moldear los contornos de muchas decisiones que se fueron tomando en la universidad.

Gracias Albert. Gracias por todo lo que nos enseñaste, por todo el tiempo de tu tiempo que nos dedicaste. Por contener a Alex en tu hombro cuando tuvimos la última asamblea de elecciones. Gracias por enseñarnos sobre José C. Paz, por tu lucha por la universidad

pública, ¡cuántas marchas juntos! Gracias por tu paciencia, por no perder nunca tu don de buena persona. Gracias por formarnos.

Vamos a honrar tu legado en la UNPAZ y cuando dentro de 100 años un/a joven estudiante de la UNPAZ recorra alguno de los documentos del consejo superior y se cruce con tus intervenciones o te vea en algún video de youtube, va a entender porque la Universidad Nacional de José C. Paz siempre te abraza, te abre las puertas y te recibe como si llegaras a tu casa. Deseo que donde estés, puedas leer esta publicación que está dedicada a vos y pensada para reconstruir algo de tu obra.



Ciudadanías injustas

MACARENA MAREY (UBA/CONICET)
6 DE AGOSTO DE 2025

Lo que sigue es un poco de divulgación de filosofía política para pensar acerca de las personas que se emocionan con los relatos sobre la discapacidad y al mismo tiempo votan funcionarios que vacían la salud pública y/o no hacen absolutamente nada para frenarlos.

En 1845, un jovencísimo Friedrich Engels sistematizó un concepto que ya venía apareciendo en los diarios obreros. Este concepto llenó (llena) un hueco epistémico, evaluativo y semántico que, incluso hoy, el lenguaje ordinario de la ciudadanía de las democracias tiende a saltar cada vez que se lo cruza: “asesinato social” (crimen y masacre social son variantes del giro). Traduzco el pasaje en el que Engels lo describe. Es algo largo, pero vale la pena:

Cuando la sociedad pone a cientos de proletarios en una condición tal que necesariamente caen en una muerte prematura y antinatural, una muerte tan violenta como la muerte por la espada o por la bala; cuando desposee a miles de las condiciones necesarias para la vida, poniéndolos en unas circunstancias en las que no pueden vivir; cuando los fuerza por el fuerte brazo de la ley a permanecer en esa situación hasta que llega la muerte, que es la consecuencia necesaria de esas circunstancias; cuando esa sociedad sabe, y lo sabe muy bien, que estos miles necesariamente caerán víctimas de tales condiciones y sin embargo deja que estas condiciones continúen, entonces esto es tan asesinato como el acto de un individuo, solo que más oculto, un asesinato más perverso, un asesinato contra el cual nadie puede defenderse, que no parece ser un asesinato porque no se ve al asesino, porque este asesino es todos y también nadie, porque la muerte de la víctima parece ser natural y porque se trata menos de un pecado acción que de un pecado de omisión. Pero sigue siendo asesinato.¹

El libro se llama *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y Engels está hablando de las muertes cotidianas y normalizadas de la clase obrera inglesa, muertes por mucho prematuras respecto de la esperanza de vida de las clases pudientes, muertes por enfermedades adquiridas por culpa del hacinamiento y la insalubridad de los barrios obreros en las ciudades cada vez más industrializadas de Inglaterra, muertes infantiles por enfermedades evitables y desnutrición, muertes por “accidentes” laborales y, en resumen, mil formas evitables de la muerte. Anotado al pasar: la muerte sí distingue entre clases, pieles, géneros; la muerte discrimina y no somos iguales frente a ella, a pesar de lo que recen los lugares comunes del consuelo. No es lo mismo morir aplastado en una mina que morir de vejez en la cama de una mansión; no es lo mismo morir porque el Estado no suministró los medicamentos para el cáncer que morir por conducir uno mismo un auto de alta gama a más de la velocidad permitida y en estado de ebriedad. Las primeras muertes son producto de la injusticia estructural y tienen no solo culpables sino también responsables; en las segundas, los muertos no son víctimas de la injusticia (quizás incluso lo contrario).

1 Engels, F. (1952). *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*. Berlín: Dietz, pp. 135-136.

Judith Shklar fue una de las teóricas judías que tuvieron que migrar forzosamente hacia América del Norte desde la Europa nazificada y que hicieron su carrera en la academia de los EE.UU. (otras como ella fueron Hannah Arendt y Ellen Meiksins; si bien Meiksins nació ya en los EE.UU., sus padres, letones como Shklar, habían migrado forzosamente un año antes de su nacimiento). En 1990, Shklar publicó un libro muy importante para los estudios sobre la injusticia: *The faces of injustice (Las caras de la injusticia)*. Como el libro de Engels, la importancia de este libro radica, entre otras cosas, en la acuñación de conceptos.

Muchas veces los aportes significativos de la filosofía consisten en poner nombres y sistematizar nociones, ideas e intuiciones conceptuales que una sociedad o movimiento social ya anda rumiando. (Contra lo que se suele repetir sin pensar, la filosofía, como casi toda teorización, no es inútil ni ineficaz; si lo fuera, no existiría la censura). El nombre del concepto viene a subsanar un vacío no solo semántico; nombrar un fenómeno sirve para entender mejor la realidad en términos de justicia. Si no sabemos que algo malo que ocurre no es una inevitable cuestión de mala suerte o del curso natural del mundo sino producto de la injusticia, es decir, de acciones y omisiones humanas e institucionales, difícilmente podamos combatirlo. Un ejemplo de la historia de las luchas feministas es el concepto de violación conyugal: una vez que podemos llamar “violación” a un acto de sexo forzado dentro del matrimonio, podemos dejar de verlo como un fenómeno inevitable de la vida familiar y actuar políticamente para que deje de ocurrir. (Para más de esto, remito al libro de Miranda Fricker, *Injusticia epistémica*, y todos los debates que suscitó). Claro que para que la violación conyugal deje de ocurrir se necesitan no solo nuevos giros, sino sobre todo leyes, cambios culturales y políticas públicas, todo lo cual viene por la acción política organizada y no por magia, la acción de la providencia o por naturaleza. (Es por esto que los discursos de la resiliencia son cómplices de la injusticia, como también lo son esos estoicismos perversos que pululan en las redes sociales y que no tienen nada que ver con la *Stoa* griega y el estoicismo romano).

Vuelvo a Shklar: el concepto que me interesa traer aquí es el de injusticia pasiva. ¿A qué se refiere Shklar con esto?: “Por injusticia pasiva no me refiero a la indiferencia habitual a la miseria de los otros, sino a un fracaso específicamente cívico [...] a la hora de frenar actos privados y públicos de injusticia”. Se trata del famoso “mirar para otro lado” que, por ejemplo, tuvo su protagonismo como disposición moral ciudadana en la “gente co-

mún” de la Argentina durante la última dictadura y que hoy, bajo el gobierno de Milei, vuelve al centro de la escena mental y emotiva. No es que solo aparezca en momentos como este; es que en momentos como este el hacerse la sota hace mucho más daño que nunca.

En 2011, Iris Marion Young publicó un libro bellissimo, *Responsibility for justice* (*Responsabilidad por la justicia*), en el que lleva los análisis de Shklar acerca de la injusticia y de Arendt sobre la distinción entre culpa y responsabilidad al nivel político de la acción colectiva dentro de las democracias constitucionales. La teoría de Young sobre la responsabilidad compartida por la justicia se refiere a la “injusticia estructural”, que es más profunda que la interpersonal y que casi siempre la posibilita. La injusticia estructural, dice Young:

es diferente de al menos otras dos formas de daño, a saber: el que se produce por una interacción individual y el que es atribuible a acciones y políticas específicas de Estados u otras instituciones poderosas. La injusticia estructural es un tipo de daño moral diferente de la acción lesiva de un agente individual o de las políticas represivas de un Estado. La injusticia estructural ocurre cuando muchos individuos e instituciones que actúan persiguiendo sus fines e intereses particulares, mayormente dentro de los límites de reglas y normas aceptadas.²

Es decir: las personas que vamos actuando y omitiendo actuar en una sociedad vamos produciendo unas condiciones tales que además de hacer proliferar las injusticias interpersonales y colectivas son ellas mismas injustas. Y nadie es “el único culpable” de todo ese sistema. El punto es: somos responsables por sus efectos y resultados, del mismo modo en el que la sociedad inglesa de 1845 era responsable de la muerte prematura de la clase obrera, de su asesinato social, incluso cuando, por supuesto, seguramente había personas que eran culpables e imputables por esas muertes. La noción de responsabilidad adecuada para este concepto de la injusticia estructural se deriva de un “modelo de conexión social”:

2 Young, I. (2011). *Responsibility for justice*. Oxford: OUP, p. 45.

Todos aquellos que contribuyen con sus acciones a los procesos estructurales con resultados injustos comparten responsabilidad por esa injusticia. Esta responsabilidad no es primariamente retrospectiva, como sí lo es la atribución de culpa o falta, sino más bien primariamente proyectiva. Ser responsable en relación con la injusticia estructural significa que uno tiene una obligación de unirse con otras personas que comparten esa responsabilidad para transformar los procesos estructurales de modo que sus resultados sean menos injustos.³

Un aspecto central de la injusticia estructural es, para Young, que las condiciones que genera suelen percibirse como una limitación objetiva a nuestras opciones disponibles y decisiones: “y qué le vamos a hacer”, “así es la vida”, “no tuve otra opción”. Esta visión de la injusticia como hecho inmodificable del mundo les viene muy bien a quienes más se benefician de esas estructuras: pueden seguir beneficiándose sin siquiera percibir ni mucho menos entender que sus vidas contribuyen al daño y hasta a la ruina de otras personas.

La desresponsabilización es producto del modo en el que opera la injusticia estructural, enviciando la percepción moral sobre uno mismo. Es demasiado común ver personas que se conmueven hasta las lágrimas con los relatos o bien inspiradores o bien morbosos sobre la discapacidad y que al mismo tiempo, sin ninguna sensación de contradicción interna, votan partidos y funcionarios que vacían la salud pública y destruyen la educación especial. Con las vejeces y la pobreza infantil ocurre algo similar: muchas personas se conmueven frente a la vejez vulnerable y la pobreza infantil y no hacen nada, absolutamente nada, cuando un gobierno veta aumentos y moratorias previsionales, ordena a las fuerzas de seguridad golpear violentamente a los jubilados que reclaman y no distribuye alimentos para comedores comunitarios cada vez más acudidos. ¿Qué fenómeno ocurre en esas conciencias?

El autoengaño moral es, sugerí, producto de las mismas condiciones materiales, institucionales y simbólicas injustas en las que viven quienes se conmueven por la discapacidad, la vejez y la pobreza y al mismo tiempo son incapaces de sentirse interpeladas por esos mismos hechos que les generan esas emociones. La reducción de lo social a lo afectivo

3 Young, I. (2011). Op. Cit., p. 96.

en muchas teorías políticas y éticas contemporáneas alimenta este fenómeno. El autoengaño moral no es, sin embargo, algo que exculpe a quienes lo “sufren”. No vale decir “perdón, no me di cuenta”. La opacidad de la conciencia moral es un déficit mixto, tanto epistémico como ético. En el fondo, es producto de una modulación sistémica de la percepción del mundo. Pero la capacidad de percibir injusticia ahí donde la naturalización de la injusticia quiere que veamos mala suerte o algo fuera de nuestro campo de acción puede reeducarse y esta reeducación de la percepción social es ética y colectiva, es decir, una tarea compartida.

La próxima vez que alguien se conmueva por una narración acerca de un niño discapacitado, pregúntenle qué piensa hacer con esa emoción, más allá de simplemente sentirla para sentirse del lado del bien. Milei vetó hoy mismo (lunes 4 de agosto) la Ley de Emergencia en Discapacidad y el aumento y moratoria previsionales, recordémosle eso a esa persona. ¿Dónde quedaron las lágrimas vertidas en las redes sociales y las cadenas de *Whatsapp* durante el tratamiento de esas leyes en el Parlamento? ¿Qué piensa *hacer* la persona conmovida respecto de esos vetos? ¿Modifican esos vetos su forma de concebir la política argentina, se compromete de ahora en adelante a impedir con su voto (si es lo único que puede hacer, acaso) que gobiernos como el de Milei asuman el poder en el futuro?

El autoengaño moral es más fácil de superar de lo que se piensa. Lo difícil es aceptarse a sí mismo/misma como responsable por el dolor ajeno, la pobreza, la miseria y las muertes evitables, levantarse un día y darse cuenta de que uno mismo/una misma es parte responsable de un asesinato social por haber sido pasivamente injusto/injusta toda una vida. Por eso, cuanto antes una se quite la venda moral, menos doloroso será saberse parte del problema.

Todo esto que dije aquí también puede decirse sobre Palestina.



(Re)mercantilizar el agua en medio de la tormenta perfecta

JAVIER I. ECHAIDE (UBA/CONICET)
11 DE AGOSTO DE 2025

La privatización

En los años noventa se argumentó que “nada de lo que deba ser estatal permanecerá en manos del Estado” a fin de justificar un proceso de privatizaciones a base de la situación deficitaria de las empresas públicas, su ineficiencia y la necesidad de atraer capitales extranjeros para fortalecer la economía, sostener el tipo de cambio y la convertibilidad peso-dólar. Esa combinación requirió una reforma institucional sin precedentes que atravesó casi todos los sectores, haciendo que el proceso de privatizaciones se aplicara a rajatabla sin miramientos de los sectores concretos. De ese modo se pasó a concesionar en manos privadas empresas públicas que efectivamente eran deficitarias, así como las

que no lo eran (caso de YPF) y que incluso constituían un sector estratégico para el desarrollo del país o un sector altamente sensible para la salud de la población. Ese fue el caso del servicio de distribución de agua potable y alcantarillado público de las zonas más populosas de Argentina.

En este sector se experimentó la privatización más grande del mundo, tanto por la extensión territorial como por la cantidad de usuarios incluidos, y que involucró la zona metropolitana de Buenos Aires, compuesta por 17 partidos y con alrededor de 10 millones de habitantes a inicios de la década de 1990. Ese fue el caso de Aguas Argentinas. Semejante concesión la convertía en una oportunidad sumamente atractiva para las principales empresas privadas de un sector altamente concentrado a nivel mundial. Las empresas más importantes internacionalmente son francesas: Veolia Environnement, Suez (adquirida mayormente por Veolia en 2022) y Vivendi Universal. En la década de 1990, Suez y Vivendi concentraban el 70% del mercado mundial de gestión del agua potable. A las francesas hoy le siguen empresas estadounidenses (ITT, Xylem o American Water Works), británicas (Severn Trent, United Utilities o Anglian Water Group), algunas españolas (Aqualia, Acciona, Global Omnium, Hidroconta o Aguas de Barcelona), y luego otras de menor porte como la japonesa Kurita Water Industries o la israelí Mekorot (denunciada por aplicar una política de “apartheid del agua” hacia la población palestina sobre territorio palestino ocupado por Israel).

Como el servicio de agua potable y el saneamiento cloacal requieren de grandes obras de infraestructura, reparación y mantenimiento, las empresas del sector suelen ser empresas públicas y eventualmente mixtas. Los casos de gestión privada son escasos a nivel mundial: usualmente se da en comunidades pequeñas que se auto-organizan fundando cooperativas. En nuestra región, solamente Chile posee un modelo de gestión privada del agua, mientras que países como Uruguay, Brasil o Ecuador estrictamente prohíben a nivel constitucional la gestión privada del agua. Ha habido, no obstante, casos históricos de gestión privada, que generalmente terminaron en fracaso (algunos Estados en EE.UU.) y requirieron el retorno del Estado a hacerse cargo de lo que la empresa privada no hizo o hizo mal. La gestión ineficiente (que generalmente se asimila a lo público) también ha sido uno de los principales motivos de los procesos de desprivatización, así como los altos costos del servicio, la gestión en virtud del lucro empresario (que genera

desbalances priorizando el suministro y la ampliación de cobertura a las zonas urbanas económicamente más rentables y dejando en abandono a zonas más pobres).

La privatización del servicio de agua potable y alcantarillado de Buenos Aires y alrededores fue un caso de estudio, en su momento elogiado por *think tanks* ultraliberales como el Cato Institute de EE.UU. Involucró la creación de una empresa privada formada por capitales extranjeros de las empresas más grandes en ese momento: Aguas de Barcelona, Vivendi y Anglian Water, lideradas por Suez, quienes conformaron un conglomerado privado para ganar la concesión de gestión de agua más grande del mundo, y nombraron a ese conglomerado “Aguas Argentinas SA”. La concesión se otorgó por una cantidad muy importante de tiempo: 30 años, siendo la empresa privada la encargada de distribuir el servicio y de cobrar las tarifas correspondientes a valor dólar pero expresadas en pesos (algo poco importante durante la convertibilidad, pero que con la devaluación del peso cobró altísima relevancia).

La privatización duró menos de la mitad del tiempo proyectado. Trece años después de la privatización, las tarifas se habían incrementado en un 88,2% (entre 1993 a 2002) en un contexto inflacionario que osciló entre un máximo anual de 7,4% y una deflación del -1,5% en 2001. Con dicha crisis y la salida de la convertibilidad en 2002, la mayoría de las empresas de servicios públicos privatizadas iniciaron reclamos por aumentos tarifarios. Esos aumentos requerían la aprobación del Poder Ejecutivo Nacional y, ante la negativa del entonces presidente Néstor Kirchner, las empresas comenzaron a demandar a la Argentina ante el CIADI, un centro de arbitraje internacional en materia de inversiones que depende del Banco Mundial.

De ese modo, Argentina se convirtió en el país más demandado en el mundo ante el CIADI. Argentina entró en dicho organismo en 1994 y desde 1990 había comenzado a firmar tratados bilaterales de inversión (TBI) que otorgaban protección a las inversiones privadas extranjeras, permitiendo ese tipo de demandas por parte de las empresas transnacionales que habían desembarcado durante las privatizaciones y que consideraron que la negativa de aumento de tarifas era una “medida similar a expropiación”. La combinación entre privatizaciones, TBIs, CIADI y crisis fue letal, y provocó que solamente en el sector de agua potable y saneamiento se presentaran un total de 9 litigios internacionales

que se prolongaron por 21 años y que insumieron el pago de US\$ 963 millones en concepto de indemnizaciones a las empresas extranjeras, montos que fueron sufragados por el esfuerzo de toda la población argentina mediante la recaudación de impuestos.

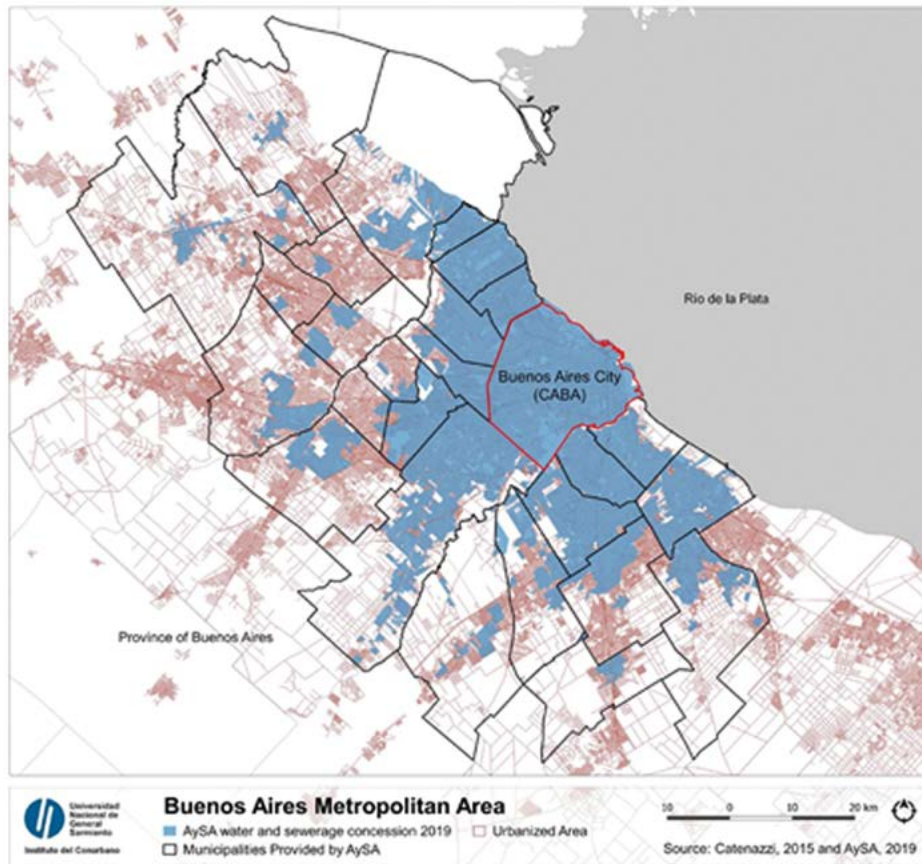
En 2006, tras un largo período de incumplimientos contractuales, sin mejoras de infraestructura ni cobertura, inversiones incumplidas (solo el 45% en 1997), ineficiencia y altos costos en el servicio, y contaminación con altos niveles de nitratos (hasta 1400 ppm, cuando el límite suele ser de 25 ppm) y de arsénico (entre 90 y 230 microgramos por litro, cuando el límite recomendable por la OMS es de 10 microgramos por litro) y que afectó especialmente las zonas del sur del conurbano bonaerense como Lanús, Lomas de Zamora, Banfield y Esteban Echeverría, superando los valores permitidos por las normas argentinas así como en los países de las casas matrices de las empresas responsables de la gestión. Todos estos incumplimientos motivaron 11 multas por un valor total cercano a los \$ 10 millones (equivalentes entonces en dólares) que la empresa privada mantuvo impagas. Con todo, la decisión fue la rescisión contractual por parte del gobierno, que no impidió que la demanda en el CIADI prosiguiese y acabara a favor de las empresas demandantes.

Argentina sigue siendo hoy el país con más cantidad de casos acumulados históricamente en el CIADI, tanto a nivel general (con 62 casos en total) como en el sector específico de agua potable y saneamiento (con los 9 casos que mencionamos). Es que en los noventa, Argentina decidió concesionar las redes de distribución de agua más importantes a manos privadas. Tras el fracaso de esas gestiones (por controversias con las autoridades provinciales, por incumplimientos contractuales, o por conflictos tarifarios a raíz de la crisis de 2001), el Estado recuperó el control de dichas gestiones, no por ello sin tener que soportar altos costos económicos en demandas que generalmente resultaron adversas para el Estado Nacional.

El último laudo del CIADI se dictó en 2018, por lo que ya no pesan litigios pendientes en el sector de agua y saneamiento, y son pocos los casos en general que se encuentran pendientes en el CIADI. La mayoría de ellos se perdieron, principalmente por la vaguedad de las cláusulas incluidas en los TBI (que copian los formatos de iguales tratados celebrados por otros países) y las interpretaciones expansivas llevadas

a cabo por los árbitros de estos tribunales. Los tribunales del CIADI se conforman por tres árbitros imparciales pero que son elegidos por la empresa demandante, por el Estado demandado y el tercero de común acuerdo.

Figura 1. Área de prestación de AySA.



Fuente: <https://books.openedition.org/iheal/10200>

La desprivatización

La empresa Agua y Saneamientos SA (AySA) se constituyó inmediatamente después de la rescisión de la concesión de Aguas Argentinas, y con ello se produjo la recuperación del control público de la gestión mediante un formato híbrido: se trataba de una empresa privada (con formato de sociedad anónima) pero con capital accionario mayoritario en manos del Estado Nacional. Este formato de gestión perduró por 19 años, hasta el presente. Actualmente AySA es una empresa rentable y posee hoy 6.222 empleados y empleadas (se redujo su planta en un 20% con la gestión de Javier Milei). La gestión de AySA entre 2006 y 2022 alcanzó una cobertura de suministro de agua que pasó del 76% al 85% de la población de AMBA, y de servicio cloacal que pasó del 57% al 72,6% dentro de la concesión original. La misma además se amplió, incorporando a 9 municipios más, que recibían las principales obras de infraestructura hasta la paralización de la obra pública en 2023.

Durante inicios del siglo XXI se vivió un proceso de remunicipalización de las gestiones de agua potable en Europa y de renacionalización en América Latina. Las diferencias se dan principalmente en la dimensión territorial y poblacional de las áreas de cobertura: en Europa se trata de municipios generalmente pequeños, mientras que en América Latina son extensiones geográficas mucho más grandes y con una densidad poblacional mayor. Asimismo, en 2010 la Asamblea General de la ONU aprobó la Resolución 64/292 que consagró al acceso al agua potable y al saneamiento como un derecho humano básico y universal. Esta resolución se condice con tratados internacionales como el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de 1966 y la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, y a nivel regional con la Convención Americana de Derechos Humanos (o Pacto de San José de Costa Rica) de 1948. Todos ellos elevados con jerarquía constitucional mediante la reforma de 1994 de nuestra Constitución Nacional (art. 75 inc. 22). Con ello, el Estado argentino ha asumido una obligación a nivel nacional como internacional de garantizar el acceso al agua potable y al saneamiento cloacal para toda su población sin discriminación alguna.

Según fuentes oficiales, el 84% de la población argentina tiene acceso a agua potable y un 56% a saneamiento. Las estadísticas son más preocupantes si segregamos por nivel

socioeconómico: en los barrios populares, el acceso formal a servicios de agua y cloacas alcanza solo al 11,6% y al 2,5% de los habitantes, respectivamente.

La reprivatización

El año pasado, con la sanción de la Ley Bases, se aprobó la incorporación de ocho empresas “sujetas a privatización” (art. 7 y Anexo I; art. 8; y art. 9 de la Ley 27.742) entre la que explícitamente se incluyó a AySA. Recientemente, el presidente Milei dictó el DNU 493/2025 que modifica el Marco Regulatorio para la prestación del servicio de agua potable y saneamiento, adaptándolo el plan de privatización ya proyectado.

Uno de los principales cambios en el marco regulatorio se dio con incorporar la posibilidad de corte en el suministro de servicio por falta de pago. Según el nuevo decreto, si se trata de un usuario residencial, pasados 60 días de la segunda fecha de vencimiento de la factura impaga, se procede al corte del servicio. De ser una cuenta comercial o no residencial, el plazo se reduce a 15 días.

A su vez, el decreto habilita a que las controversias entre la empresa concesionaria privatizada y el Estado concedente puedan resolverse mediante arbitraje, dejando al contrato de concesión que se firme con la futura empresa privada los detalles de los foros a los cuales poder acudir.

Por último, el DNU 493/2025 autoriza a que el Estado nacional pueda enajenar el 90% del capital de la empresa AySA. Al día siguiente de haber firmado ese decreto, el Poder Ejecutivo firmó además el DNU 494/2025, en el que se autoriza el proceso de privatización del 90% del capital accionario referido en el DNU 493 y se aclara que el 51% del capital de la empresa pasará a la venta a un “operador estratégico” mediante licitación pública nacional e internacional, el 39% podrá colocarse en bolsas de valores y mercados locales para su cotización, y el 10% restante se mantendrá en manos de los trabajadores de la empresa inscriptos en el programa de adquisición establecido en la privatización de 1993. Trascendidos indicaron que una de las empresas inicialmente interesadas en adquirir ese capital sería la israelí Mekorot, aunque esto fue luego desmentido por la propia empresa el 24/7/2025.

A todo esto se le debe sumar el RIGI incluido y aprobado dentro de la Ley Bases. La Ley 27.741, en su Título VII, establece un Régimen de Incentivos para Grandes Inversiones (RIGI) que permite que cualquier inversionista adherido al RIGI pueda presentar, en caso de una controversia, una demanda contra el Estado nacional ante tribunales de arbitraje, incluido el CIADI (art. 221). A diferencia de los TBI, el RIGI no solo protege a los inversores extranjeros sino también a los nacionales, con lo cual esto amplía los riesgos de que la fallida experiencia con Suez y el juicio en el CIADI, pueda repetirse tanto con cualquier empresa privada extranjera que gane ahora la nueva concesión, como así también con una empresa privada nacional. Basta con que la inversión esté inscripta en el RIGI y que sea superior a los US\$ 200 millones. Si bien el RIGI está dirigido a sectores específicos (energía, infraestructura, minería, agroindustria, tecnología, forestal, turismo e industria manufacturera) y el sector de saneamiento y agua potable no están explícitamente mencionados, un proyecto de inversión podría estructurarse como de infraestructura en cuanto a la ampliación de la red cloacal o de suministro y así poder entrar en el régimen de protección dado por la Ley Bases. Esto le daría una estabilidad tributaria, aduanera, cambiaria y normativa por 30 años (lo que se conoce como “cláusula de estabilización” por lo que cambios en la legislación que pudieran afectarle no se le aplicarían, tampoco subas de impuestos o nuevos impuestos que puedan crearse, o diferencias cambiarias, que podrían como saldos a favor en el siguiente ejercicio contable), facilidades para importar bienes de capital, la remesa de utilidades al exterior sin ningún tipo de restricción y hasta llevar su contabilidad en moneda extranjera.

Conclusión: una lección no aprendida

Una vez más Argentina repite una experiencia fallida desconociendo sus propios antecedentes y sin desandar los factores que han generados los riesgos para que el retorno de políticas públicas de resiliencia sea altamente costoso en términos económicos y de tiempo.

Con la privatización, el Estado pierde el control de la gestión del servicio de distribución de agua y lo pasaría a manos privadas que operan bajo la lógica de mercado.

Entretanto, Argentina ha asumido obligaciones internacionales en materia de garantizar el acceso al agua potable para su población. Se trata de una obligación de medios –no de resultados– por lo que el Estado debe poner todos los recursos y el máximo de la tecnología disponibles a fin de cumplir tales objetivos. El sector privado opera queriendo maximizar sus beneficios económicos y minimizando los costos. Esto ya se vivió con el caso de Aguas Argentinas, en donde las mejores empresas de ese momento incumplieron con sus obligaciones contractuales y pusieron la salud de la población a riesgo.

En tanto Argentina no se desligó de los TBI durante todos estos años y todavía sigue perteneciendo al CIADI, el Estado se ve en la compleja posición de respetar la protección de las inversiones al mismo tiempo que el derecho humano al agua, cuando estos derechos pueden verse en colisión en los casos concretos. De ponderarse, resulta claro que los derechos humanos son obligaciones erga omnes que poseen una prioridad en su cumplimiento respecto de otros, pero esto no es lo que han laudado tribunales del CIADI en casos anteriores como los de “Suez c/ Argentina” (ARB/03/19) y “Urbaser c/ Argentina” (ARB/07/26).

Actualmente son 15 millones de personas las que se abastecen por esta red de servicio. Manteniendo los TBI, habilitando el arbitraje internacional del CIADI y otros foros para la presentación de demandas internacionales contra el Estado, y privatizando la distribución de agua potable y saneamiento entregándola a la lógica de mercado habiendo asumido obligaciones en materia garantizar el derecho humano al agua en un contexto de recesión y crisis económica que parece agravarse hacia una crisis social, está todo dado como para que la experiencia previa de la privatización se dé ahora con AySA. Esa experiencia fue muy cara para el pueblo argentino, en términos sociales y económicos. Es hora de que aprendamos las lecciones en vez de insistir en repetirlas.



La libertad se dice de muchas maneras

A propósito de *Libertad y cuerpo. Escapes de la libertad autoritaria presente* de Cecilia Abdo Ferez
(Miño y Dávila editores, 2025)

ESTEBAN DOMÍNGUEZ DI VINCENZO (UNR/CONICET)
21 DE AGOSTO DE 2025

El reciente libro de Cecilia Abdo Ferez, *Libertad y cuerpo. Escapes de la libertad autoritaria presente*, publicado por la editorial Miño y Dávila en junio del 2025, es una verdadera intervención en los problemas teórico-políticos del presente. Antecedidos por un prólogo de la filósofa brasileña Marilena Chaui, en cada uno de los capítulos la autora traza un camino oblicuo por esa difícil madeja en la que nos vemos enredados. ¿Pero quién es ese nosotros? ¿Y dónde es que nos encontramos? Ya sea en una zona de frontera que se resiste a ser nombrada, ya una localidad del sur de la provincia de Buenos Aires, ya la Argentina entera, ya el cono-sur, ya, finalmente, el mundo. En todos esos espacios emerge tensionada la palabra libertad.

El libro está ritmado por una voz. Al leerlo tendemos a sentir la voz de la autora, y sentimos también que en realidad no es solo suya. No se trata solo de un estilo, sino especialmente de un modo de exposición coherente con una perspectiva teórica que piensa la política a partir de la interdependencia y la alteridad de los cuerpos. Es una voz, entonces, tejida de voces que Abdo Ferez consigna en cada ocasión. Los capítulos que componen el libro fueron primero compartidos en congresos y, como se encarga de señalarlo, fueron casi siempre hablados por otros: en una puntualización hecha por un interlocutor, en alguna recomendación, en algún contrapunto. Así leer a la autora es leerla como parte integrante de una conversación en una red de instituciones públicas que hoy vemos amenazadas en la Argentina. Y hay un empeño en dejar asentadas esas marcas aunque no sea más que como testimonio. Al comenzar a leer, escribí: hay algo del agradecer en su escritura. Para darme cuenta algunas páginas después que no se trataba de un *algo* sino de la gracia misma ante el otro, los otros, les otros que, ella cree, mejoran su argumento. No es anecdótico dejar asentado que una de las palabras más presentes en todos sus capítulos sea un verbo, recurrente —si no conté mal— en once ocasiones: “agradezco...”. Así, como contraparte, hay algo del don porque cada texto es una forma de devolver por parte de su autora, cuánto como ella cree haber recibido.

La introducción es a su modo un *hoy*. Ese hoy en el que vivimos o desde el que sentimos que vivimos desde la pandemia. Se trata de pensar lo que la pandemia le hizo a nuestro lenguaje político en general, y especialmente, a una palabra. Hubo, dice la autora, y desde entonces hay, “una insistencia en el uso de la palabra *libertad*”.¹ El problema que exige ser pensado es el modo en el que un concepto de libertad esculpido durante la pandemia impacta en la política contemporánea. La amenaza que acecha es la de una indecisión, la de un no saber: si nuestro mundo político y las palabras que usábamos para darle sentido sigue teniendo precisamente un sentido. Finalmente, el desafío propuesto por la autora frente a semejante problema, y semejante amenaza: tensar la libertad con sus otros para abrirla en sus significados.

El capítulo I aborda el problema de la libertad en el espejo de los cuidados como experiencia singular y legado de la pandemia. Allí la autora da cuenta del modo en el que la

1 Abdo Ferez, C. (2025). *Libertad y cuerpo. Escapes de la libertad autoritaria presente*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores, p. 25.

libertad se constituyó, en Argentina, en el concepto articulador de una tríada inédita de luchas definidas por una negación: anti-progresismo, anti-estatismo y anti-feminismo. Para eso es necesario mostrar el contenido concreto de esa idea de libertad, como rechazo de las ataduras institucionales, como “autogobierno” y “gobierno de sí”, pero que opera no bajo la figura de la responsabilidad ante el otro, sino, dice la autora, como *pasaje al acto* que hace que la libertad adopte así un “perfil *destructor*”. Destructivo, claro está, contra las ataduras institucionales. Pero destructivo también de la idea misma de libertad, desmalezada de aquello que debería constituir la: los conceptos de derechos, de garantías y de deberes. Destrucción también, en el marco de una *economización* general de la vida, podríamos decir, del sí mismo de los otros bajo la figura del sacrificio. Destrucción, finalmente, de aquello que debería aparecer como condición de posibilidad de la libertad misma: el cuidado.

El capítulo II aborda el problema de la relación entre libertad y deuda entendida no como un estado circunstancial, sino como un modo de existencia. Se trata de analizar la deuda como parte constitutiva del desmantelamiento del Estado social desde la década de 1970. Así, la economización total de la que nos hablaba en el capítulo anterior adopta aquí la forma de la generalización de la deuda. Ella no tiene sujeto específico, puesto que somos todos, ni tampoco *fin*, esto es, sin término y sin finalidad. Lo que permanece oculto en esta forma de vida es que ella está marcada por “la producción incesante de sumisión y la inconsciencia respecto a su politicidad”.² De este modo, concluye la autora, en última instancia la deuda pone en entredicho la idea de Estado bajo la figura paradójica de la llamada “deuda soberana”. Es desde esta perspectiva que debe ser entendida la implacable destrucción de “lo que queda” del Estado, y cualquier intento futuro que se emprenda por recomponer —dice la autora con el concurso de René Zavaleta Mercado— la “materia estatal”.

El capítulo III se ubica justo en el medio del libro y constituye su verdadero centro. Centro geométrico evidentemente. Pero centro de intensidad, si no teórico, sí aún más *espiritual*. Se trata de un centro paradójico puesto que parece colocarse en los márgenes de los temas abordados en el libro. Bajo el título “Liberación y cautiverio. Las anteúltimas

2 *ibid.*, p. 63.

Catriel: una cartografía bonaerense” el tema del capítulo es el problema de los márgenes, o dicho políticamente, de las *fronteras*. Márgenes físicos: recorriendo los trazados del territorio nacional y “la” provincia. Márgenes temporales: narrando una historia nacional desde sus bordes. Márgenes narrativos: haciéndolo bajo la forma de una crónica-ensayo en la que se exploran formas alternativas de expresión. Las fronteras son en este escrito verdaderas zona de indecisión última allí donde se pretendía trazar una delimitación definitiva. Lo que permite pensarlas, dice la autora, como un espacio de libertad como *fuga* respecto de algún orden específico. Este capítulo adopta por momentos también la forma ética de un testimonio: se trata de dar cuenta que frente a los ojos de todos, frente a la historia de nuestro Estado nación, “hay restos, hay ruinas, hay puntos sin suturar”.³ Se percibe, finalmente, en este capítulo una sensibilidad *libertaria* –en su sentido original– ante las formas del Estado, que no haga de la nostalgia frente a sus capacidades perdidas y de la búsqueda por democratizarlo, un olvido de lo que este Estado ha sido, continúa siendo y ¿seguirá siendo? Esto es, un agente de extrema violencia, y, el punto de condensación y reproducción de las desigualdades que persisten socavando las condiciones de posibilidad de la ciudadanía.

El capítulo IV es el único que no lleva la palabra libertad en su título, quizás porque trata sobre su reverso. El objetivo es recorrer, tensionándolas, diversas aproximaciones al problema de la violencia en el pensamiento político contemporáneo. En primer lugar, la perspectiva culturalista de la violencia que insiste en su *función* a la vez como alteridad necesaria y como intimidación fundadora del orden político. Detrás de su aporte, la autora señala la dificultad que tiene esta perspectiva para distinguir modalidades históricas de la violencia. En segundo y tercer lugar, el tratamiento de la violencia por parte de Hannah Arendt y, más recientemente, de Judith Butler, respectivamente, como una apuesta por pensar juntas tanto la violencia estructural, como su experiencia singular. Es desde esta tercera perspectiva, sin dejar de estar informada por las anteriores, que se propone pensar la violencia “*en tensión con la alteridad*”. En tensión puesto que, inspirada en Étienne Balibar, la autora nos recuerda que no hay resolución simple con la supresión de la violencia bajo la forma de la superación, ni con una contraviolencia bajo la forma de la conversión dialéctica, sin que esté contenido al mismo tiempo un tercer movimien-

3 Ibid., p. 89.

to, el de la antiviolenencia que impida su circularidad y su disseminación. Solo desde una concepción semejante, se formula una respuesta posible a la pregunta por el *¿qué hacer* con la violencia?: “se trata de reponer el movimiento político que instituía con violencia ciertos límites y, luego, ponía a andar mecanismos de denegación en común que tengan alguna durabilidad en el tiempo”.⁴

El capítulo V está dedicado a la libertad en el pensamiento de Baruch Spinoza. Se trata de un abordaje, aunque informado por la gran tradición de lecturas de su obra, relativamente oblicuo. Esa es, en efecto, la palabra utilizada: “dar una mirada oblicua a la relación libertad-intelecto” que parece dominar la quinta y última parte de la *Ética*, a través de la relación entre libertad y *cuerpo*. Tres son las categorías que acompañan la intelección de esa relación. *Límite*, en primer lugar, porque desde la perspectiva estrictamente ontológica de Spinoza, antes que pensar algo así como la plenitud de una libertad, de lo que se trata es de pensar “procesos y experiencias de liberación”. Así, la experiencia del límite, esto es, la constatación de la exterioridad que nos constituye, es la que instala un pasaje de la libertad a la liberación: una libertad “como trabajo de liberación de sí al interior de lazos”, “como trabajo de esclarecimiento de esos lazos”, “como trabajo de liberación en favor de esos mismos lazos”, como “trabajo de reacomodamiento, de redistribución, de reposicionamiento, de dinámica constante”.⁵

Negación, en segundo lugar, porque con la inscripción spinozista de la libertad humana en el binomio *sui juris* y *alterius juris* se destaca la marca del “Otro”, se destaca “un estado de desposesión de derecho” bajo la jurisdicción de Otro. Con esto queda dibujado el mapa de un combate siempre actual, siempre presente, y por tanto siempre abierto: es un “indicador de cómo minorías hoy designadas *alterius juris* [...] pueden devenir *sui juris*: nombrar e inscribir en el lenguaje un daño común, frenar en común una fuerza que somete, construir un criterio común de vida”.⁶

Pausa, en tercer lugar, porque ya el límite que es constitutivo de nuestra vida ontológica, ya la negación de derecho que es constitutiva de nuestra vida política, se nos presentan

4 Ibid., p. 120.

5 Ibid., p. 130.

6 Ibid., p. 133.

sobredeterminados por nuestra vida social actual bajo la forma de una aceleración que arrasa con la posibilidad de resistencia por medio de reacciones subsumidas a una velocidad siempre ajena. Son cuerpos juntados, sí, dice la autora, pero “que no cuajan”. Bajo esta perspectiva, la libertad no aparece como un aumento cuantitativo de la actividad, sino como una interrupción aunque sea momentánea, una posibilidad, dice la autora, de *sustraerse y pausar*. Es como si en ese ir en contra del ritmo del mundo se jugara la posibilidad de su cuidado, entendido este como el espacio en el que fueran posibles prácticas de liberación, que permitan la duración del hábito de la libertad. Solo así se alcanza una definición de la libertad como *objeto de amor*, que emerge de manera singular leyendo a Spinoza, pero que puede extenderse a la totalidad de la indagación de la autora en torno a la libertad. Así como en el Spinoza del *Tratado de la reforma del entendimiento*, “el verdadero método no consiste en buscar el signo de la verdad después de haber adquirido las ideas, sino en el camino por el que se buscan”,⁷ del mismo modo para Abdo Ferez “el amor por la libertad no es la libertad, sino su búsqueda práctica, un conjunto de ejercicios de vida”.⁸

El capítulo VI y final, retoma la positividad que fuerza al pensamiento: la política argentina contemporánea y la recurrencia de esa palabra libertad. *Positividad*, ya que nuestra actual situación política es presentada por Abdo Ferez a partir de una muy pertinente distinción entre experiencia y experimento. La Argentina vive un *experimento político*. Así comienzan las palabras finales del libro. Se trata de un experimento que relativiza la experiencia puesto que no pretende representar políticamente la experiencia cotidiana sino anular su sensibilidad. Lo que sigue es entonces dar cuenta de las características de este experimento: es *anti-político* y su pilar conceptual es la libertad maridada con el sacrificio; es *popular* adoptando por momentos la forma de una revolución social conservadora; es *destructor* del vínculo entre libertad y liberación al producir una idea de libertad como “extensión de la inseguridad social, con la producción activa de intemperie social”; es *enrarecedor* del clima de debate público; y finalmente, a través de su anti-política es *político* en un sentido redoblado al concebir a la política como “dispositivo que intensifica los conflictos sociales”. En

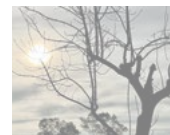
7 Spinoza, B. (2014). *Tratado de la reforma del entendimiento. Principios de filosofía de Descartes. Pensamientos metafísicos*. Madrid: Alianza, p. 113.

8 Abdo Ferez, op. cit., p. 149.

el extremo del extremo del libro, se nos formula una paradójica prevención. Paradójica, se dirá, de un libro destinado a interpretar a su modo el experimento político en curso. Pero la autora nos previene contra el peligro que anida en la “sobreinterpretación” en la academia. Se le adjudican bibliotecas, dice, en la que se entrevé cierta fascinación paralizante. Una alerta encendida entonces quizás en el final contra el peligro de convertirnos en el abismo de tanto observarlo, de hacer de las herramientas del amo, las nuestras, de abrazar en fin *una* idea de libertad como *la* libertad.

Dije al comenzar que hay algo del agradecer y del don. Hay, finalmente y también, algo de la *lucha* en su escritura. Digo finalmente, pero debería haber sido el punto de partida de este comentario porque el objeto mismo del libro es un combate: frente a quienes nos quieren convencer de que es una sola, afirma que la libertad se dice (y se practica) de muchas maneras. Y que hay más, que no es que la libertad solo tiene otros significados olvidados, silenciados o sepultados. Sino que también, producto de una práctica *genealógica* —como entrevemos desde una de sus citas de Michel Foucault en exergo— descubrimos que la libertad, incluso esa que nosotros creemos querer, *tiene espinas*, retomando el título de otro reciente libro.⁹ Espinas que lastiman las torpes manos que buscan asirla. Que no hay, en definitiva, genealogía sin riesgo, puesto que toda genealogía bien entendida nos expone a la violencia de las interpretaciones y al acontecimiento de sus significados.

9 Abdo Ferez, C., y Fernández Psychaux, D. (2025). *La libertad tiene espinas. Historia del concepto en la filosofía política*. Buenos Aires: Eudeba.



La narración como ensayo

ROBERTO RETAMOSO (UNR)
26 DE AGOSTO DE 2025

El título de esta ponencia¹ requiere de ciertas precisiones. La primera, consiste en advertir de que no estamos hablando de la totalidad de la obra narrativa de Juan José Saer, sino de cierta *zona* de la misma, caracterizada por su sentido experimental, que supone un constante ensayar sobre los aspectos formales y semánticos de un vasto campo de la literatura preexistente. Hablamos, en consecuencia, de cierta franja de la obra saeriana, donde se destacan relatos como *Sombras detrás de vidrio esmerilado*, nouvelles como *La Mayor* o *A medio borrar*, y novelas como *El Limonero Real*, o *Nadie Nada Nunca*.

¹ Ponencia leída en las Jornadas en Homenaje a Juan José Saer realizadas en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, el 12 y 13 de junio de 2025.

Está claro que no todos los textos de Juan José Saer enfrentan esa clase de pruebas de la misma manera. No lo hacen —al menos de forma nítida y contundente— algunos pertenecientes a su primera etapa, cuando Saer aún tributaba a las formas canónicas de las narraciones realistas. Tampoco lo hacen de manera abierta algunos pertenecientes a momentos posteriores, del mismo modo que, en su novela postrera, muchos de estos asuntos pueden estar insinuados, o inscriptos de forma larvada, sin que emerjan nítidamente en el texto. Y en cuanto a las obras mencionadas como pertenecientes a dicha zona, en modo alguno agotan la potencial serie que podría contener.

Seguramente que algunos otros títulos podrían sumarse, pero no los mentamos porque son los textos mencionados más arriba los que han captado con más intensidad nuestra atención, a lo largo de nuestra labor docente, investigativa y crítica. Dicho lo cual, debemos formular una segunda precisión, referida a la acepción que le asignamos aquí al término *ensayo*.

La literatura de Juan José Saer, específicamente aquella franja de la que nos hemos ocupado centralmente, tiene una particularidad, entre tantas: es una textualidad, una escritura, *que ensaya*. Y si decimos que ensaya, es porque advertimos que no se contenta con reproducir formas dadas. Muchas literaturas se contentan con eso, puesto que se trata de una manera segura, y por lo mismo llevadera, de componer una obra.

Pero la literatura de Saer es otra cosa. Es un ejercicio que, en vez de aceptar, enfrenta; que, en vez de reproducir, pone a prueba; que, en vez de respetar, tensa y lleva hasta el límite las posibilidades de las formas heredadas. No pretende *crear ex nihilo*. Escribir, en el caso de Saer, supone siempre partir de tradiciones, convenciones, incluso modelos, inevitablemente heredados.

Pero ello no constituye un tesoro inasible; por el contrario, ese tesoro —esa herencia— constituye un conjunto de *bienes* que exhortan a su *intervención*. Creemos que, en tal concepción acerca de la literatura, se sostienen la posibilidad y el sentido del *ensayo* que realiza Saer, sin que esto se confunda con lo que sería una adscripción al género ensayístico.

Es sabido que el término *ensayo* suele utilizarse como denominación de un género determinado, para referir a un escrito en prosa, donde el autor expone, analiza o examina un asunto determinado. Sin embargo, cuando decimos que la narrativa de Saer practica ensayos, o más precisamente, que al desplegarse *va ensayando*, nos estamos refiriendo, más que a sus caracteres genéricos, al significado del verbo *ensayar*, que puede entenderse como *probar* o *experimentar* (significados que no están ausentes en la acepción que tuvo, desde sus orígenes, el sustantivo *ensayo*).

En otras palabras: no estamos diciendo que la narrativa saereana se oriente hacia el tratamiento ensayístico de determinadas cuestiones —cosa que perfectamente podría ocurrir en este, o en cualquier otro caso—, sino que realiza pruebas y experimenta. ¿Con qué? Puntualmente, y de manera precisa: *con los modelos genéricos heredados*.

La escritura narrativa de Saer, por lo menos a nivel de una importante zona del corpus que la compone, realiza esas pruebas y experimentos con las formas canónicas de los géneros narrativos, sean cuentos, *nouvelles* o novelas. Ello supone, en primer lugar, que la práctica escrituraria se sitúa *dentro* de dichos géneros, no fuera. Y supone, además, que lo que prueba o experimenta, no se limita al plano de las técnicas narrativas, por más que algo de eso acontezca. Lo que se prueba y experimenta, en todo caso, son aspectos y dimensiones mucho más amplias, que abarcan cuestiones tales como el valor cognitivo de la narración literaria, sus posibilidades de representar al mundo, el papel del lenguaje en tales procesos, los modos de constitución de los sujetos que narran y de los eventos y personajes narrados, el papel de la letra en relación con la palabra, la materialidad de los textos y los discursos narrativos, la cuestión del tiempo y del espacio como operadores que subyacen a los acontecimientos referidos, o la condición ontológica de sujetos, eventos y mundo, por decirlo de la manera más sintética posible.

Ahora bien: ¿sobre qué horizonte, o territorio, la escritura de Saer pulsa el alcance de todas esas cuestiones? Sobre uno bien preciso y definido: el del relato realista, dentro de cuya tradición, y herencia, su *ensayar* se sitúa. El realismo literario supone toda una gnoseología —incluso una epistemología— según la cual la realidad siempre puede ser conocida, y por lo mismo, representada. Por ello, propugna su aprehensión por medio

de los lenguajes que, considera, logran captarla y reflejarla. Para el realismo, las cosas *son lo que son*, y las cosas *son como son*.

Ese pensamiento tautológico es lo que viene a poner en cuestión la narrativa de Saer, desde el interior mismo de los géneros narrativos canónicos. Porque desde ese lugar, o mejor aún, *en ese lugar*, pone en cuestión tales supuestos. De ese modo, los relatos saerianos, al experimentar, interpelan al lector, o a la lectura, por medio de una serie de interrogantes nunca enunciados de forma expresa, pero siempre presentes, como estos: ¿Y si el mundo y las cosas fuesen, en el límite, inaprehensibles? ¿Y si el lenguaje nunca lograra representarlos plenamente? ¿Y si *la forma de ser de todo lo que existe* estuviese signada por la provisoriedad y por lo instantáneo? ¿Y si no hubiera otra condición ontológica de sujetos y objetos que no fuese la de la pura evanescencia, la de la absoluta fugacidad? ¿Y si el tiempo no fuera uno sino múltiples tiempos, y su superficie una superficie fractal? ¿Y si el espacio no fuese más que un espejismo?

Al sentido filosófico, metafísico, de esas cuestiones, lo acompaña, por otra parte, el de otras preguntas que interrogan a la condición de los géneros narrativos específicamente. ¿Y si no fuese posible escribir una narración en términos de absoluto y totalidad? ¿Y si un relato no fuese más que una superficie lacunar, plagada de vacíos, donde el sentido nunca puede ser una compleción, sino tan solo una sucesión de momentos discontinuos? ¿Y si eso que llamamos escritura no fuese otra cosa que un ilusorio artificio, porque la escritura verdadera, la que consiste en trazar las inscripciones sobre el blanco del papel, carece de unidad, continuidad y sentido unívoco?

La serie de textos referidos anteriormente, al igual que otros no referidos, representan la materialidad escrituraria donde esas cuestiones, y acaso otras, pueden reconocerse. Materialidad que se observa —se lee— en un conjunto de figuras y procedimientos, que actúan tanto sobre la lengua como sobre las formas heredadas.

Así, y por referir a los cinco textos mentados previamente —*Sombras sobre vidrio esmerilado*, *La Mayor*, *A medio borrar*, *El Limonero Real* y *Nadie Nada Nunca*— podría decirse que una particular poética los sostiene, basada en dos figuras de sintaxis: la elipsis y el hipérbato. Figuras que, por otra parte, se caracterizan por suprimir, constantemente, los vínculos de contigüidad que caracterizan a las relaciones gramaticales. En ellos la escri-

tura saereana tensa, y trastoca, el orden canónico del discurso, suprimiendo desde constituyentes frásticos hasta secuencias completas del relato, del mismo modo que invierte, expande y desarticula el orden convencional de las estructuras oracionales y narrativas, por lo que el alcance de sus transformaciones bien puede llegar a ser supra-oracional.

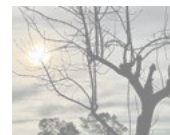
Si ello se lee claramente en las *nouvelles* *La Mayor* y *A medio borrar*, se reconoce potenciado en *Sombras sobre un vidrio esmerilado*, donde los procedimientos del corte permiten, además, que un texto otro, el del poema, advenga en el seno mismo del relato que va enunciando Adelina –¿Alfonsina?– Flores. Mientras que las novelas –*El Limonero Real* y *Nadie Nada Nunca*– se caracterizan por alterar el orden lineal de las narraciones clásicas, para sustituirlo por un orden circular, cíclico, en el cual, en el primer caso, se regresa sistemáticamente a esa suerte de *leitmotiv* que abre cada secuencia narrativa, mientras que, en el segundo, se vuelve sobre los mismos hechos, referidos desde perspectivas diferentes según distintos narradores.

De igual modo, ambas novelas exponen una relación conflictiva entre conciencia y percepción de lo narrado, dado que esa relación muchas veces supone una suerte de desconexión entre ambos términos, como sucede en ciertos pasajes de *Nadie Nada Nunca*, o directamente la desaparición de la conciencia, como ocurre en otros pasajes de *El Limonero Real*. Tamaña operatoria de des-composición de las formas clásicas del relato encuentra, inevitablemente, un correlato a nivel de los procedimientos de *representación del mundo*, que nunca será expuesto como algo objetivo y unívoco. Por el contrario, el mundo –o, mejor dicho: *eso que llamamos mundo*– siempre se muestra como algo fragmentario, disgregado, del que recibimos una amplia variedad de imágenes, o visiones, provenientes de diversos sujetos percipientes y hablantes. Tales visiones, variadas y heterogéneas, muchas veces suponen una suerte de puntillismo compartido, incluso exacerbado, que acercan esas formas de la representación saereana a ciertas modalidades de la representación pictórica, como si en ellas se estuviera activando una estética de tipo impresionista.

De todos modos, no se trata aquí de componer un exhaustivo catálogo de los mecanismos narrativos que podrían relevarse en este corpus. Lo dicho anteriormente no tiene otro propósito que el de recordar algunas de las decisivas cuestiones con las que la lectura

de Saer nos enfrenta constantemente, sin pretender agotarlas. Cuestiones que, por otra parte, se encuentran situadas por fuera del territorio indiscutible de las demostraciones científicas o algebraicas, dado que se alojan en el terreno siempre provisional, y en desarrollo, de eso que hemos llamado *un ensayar narrativo*.

Finalmente, digamos que, si algo nos enseña *el ensayar* de Saer, es que ello no es más —pero tampoco menos—, que la posibilidad de pulsar la infinidad de potencialidades virtuales que ofrece la milenaria tradición del arte de narrar. O, en otros términos: que ese *ensayar*, más que basarse en rupturas de tipo vanguardista, se basa en la deconstrucción de aquello que transmiten herencias y legados. Y que, no por deconstruido, deja de estar inscripto en el relato, como una suerte de espectralidad siempre presente y seguramente inevitable.



Feminismos y ciencias sociales

Batatita y las feministas de derecha

CAROLINA JUSTO VON LURZER (UBA/CONICET)
2 DE SEPTIEMBRE DE 2025

Fascinaciones y obstáculos en la producción de conocimiento

Adentrarse en el fondo del mar puede garantizarnos momentos de total deslumbramiento como los que vivimos durante las horas de transmisión de la expedición llevada adelante por un equipo de investigación a bordo del buque Falkor en el Talud Continental IV. Esto es en parte así porque nos expone a lo inesperado y a lo desconocido. Me gustaría partir de una comparación exótica, pero constatable: ¿por qué somos capaces de sumergirnos al encuentro de Batatita y nos cuesta tolerar que se arrimen a nuestras costas las feministas de derecha?

Hace algunas semanas se publicó en *Anfibia* una reseña del libro *Sin padre, sin marido y sin Estado. Feministas de las nuevas derechas*, de Melina Vázquez y Carolina Spataro, escrita por la aguda pluma de Rosana Reguillo.¹ Esta era la segunda vez que el portal publicaba un adelanto de esa investigación –antes bajo el título “Las hermanas bastardas”, de sus propias autoras–² y era la segunda vez también que sus planteos recibían una enorme cantidad de comentarios negativos. Este texto surge de la inquietud que me generaron esas intervenciones, pero no se ocupa de discutirlos o refutarlos sino de señalar qué riesgos tiene la posición desde la que se enuncian.

Reguillo arranca su nota recuperando la distinción entre una mirada desde lejos y arriba, como la que puede ofrecer un dron, y la que puede ofrecer estar cerca, entre los cuerpos, en la calle, experimentando las interacciones, las tensiones, los agrupamientos y las diferenciaciones. Esa cercanía a la que accedimos durante días a través de ese robot que bajaba a grandes profundidades y permitía discernir las singularidades que una mirada superficial no hubiera conseguido alcanzar. Un mar que se diversificaba, se complejizaba y se volvía más y más atrapante conforme se lo continuaba explorando.

¿Qué dice de nosotrxs aquello que no estamos dispuestxs a nombrar? Dice menos, o más bien nada en absoluto del sujeto o el problema, pero mucho de la posición epistemológica y política que adoptamos. También de las tensiones y disputas del tiempo histórico en el que esos fenómenos acontecen: ¿qué y cómo es capaz de procesar simbólicamente el escenario público? La disputa por las inclusiones/exclusiones es estructural a los feminismos, allí no hay quizás novedad; es parte de lo que alimenta la vitalidad de un movimiento que todavía discute, entre muchas otras cosas, si las putas pueden enarbolar la identidad feminista o si deben convertirse al abolicionismo como condición necesaria. Como este se les vendrán a la cabeza muchos otros debates acalorados, contemporáneos y de larga data.

Pero retomando justamente el problema del contexto, de la coyuntura específica en que algo es posible de ser pensado, debatido o es directamente obliterado como tema de

1 Reguillo, R. (2025). *¿Ellas también son feministas?* Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/feministas-de-las-nuevas-derechas-sin-padre-sin-marido-y-sin-estado/>

2 Vázquez, M. y Spataro, C. (2024). *Las hermanas bastardas*. Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/las-hermanas-bastardas-se-puede-ser-feminista-y-mileista/>

conversación y reflexión, lo que los comentarios de esta nota disparan es un problema adicional que enfrentamos hoy de manera más general y que terminará por afectar nuestras prácticas feministas si no nos ocupamos a tiempo. Brutalmente dicho, pasar de una epistemología del punto de vista a una epistemología de las anteojeras. Lo que no cuaja con mis expectativas no existe. Lo que no se adecua a mis esquemas de pensamiento no es real. Lo que implica tensiones, incluso aquellas flagrantes o que parecen irreconciliables, ha de ser sosegado y contenido en el marco de lo posible. ¿No luchábamos contra la estrechez de estos modos de imaginar el mundo? ¿No creíamos en el desacuerdo como principio político y en la incomodidad como modo de intervención?

La especie bautizada “Batatita” por la audiencia reunida en torno del *streaming* de la expedición de aguas profundas fue observada con sorpresa por expertxs que no habían descrito nunca antes un ser de esas características. La sorpresa fue no solo celebrada por quienes seguíamos la transmisión con fervor y ansiedad, sino que se convirtió en el motor de otras búsquedas e incluso discusiones. Se debatió acerca del impacto ambiental de la incursión científica, de las implicancias éticas de las tomas muestrales, entre muchas otras cuestiones más o menos cercanas al acontecimiento “Streaming de CONICET”. Sin embargo, nadie nunca en ninguna parte dijo: eso no existe, siguiente pregunta. Nadie mandó a Nadia Coralina a leer para “darse cuenta” de que lo que describía mientras observaba, aquello que era capaz de discernir ahora que no sobrevolaba —como un dron— la superficie marina sino que tenía acceso a la profundidad de esas aguas insondadas, era un invento, una entelequia, una jugarreta de su pensamiento. Hubo, entre quienes asistimos a ese *streaming* de un universo que nos es ajeno, disposición para conocer y comprender. No hubo, insisto, acuerdos plenos. Hubo disensos en tierra. Incluso los hubo en vivo en altamar: no había que “contar un cuento que no es” acerca de la sobrevida de los pulpos marinos hembra luego de cuidar a sus crías. Sin embargo, nadie pensó que de eso que ocurría no se podía, no se debía o no era importante hablar.

Una gran cantidad de comentarios directamente responden de manera negativa a la pregunta que da título a la nota: ¿Existen las feministas de derecha? *No, siguiente.*

Nadie duda, todas las respuestas son categóricas. La duda, la sospecha, la indecisión, la consulta entre colegas y pares fue uno de los aspectos más atrapantes del *streaming* de

CONICET. No sabían y estaban aprendiendo en vivo. Estaban aprendiendo precisamente porque no sabían. En una de las múltiples entrevistas que fueron dando durante esos días uno de los biólogos dijo “nos hacían preguntas en el chat que nos obligaban a ponernos a leer”.

¿Perdimos la capacidad de sentirnos interpeladas por ciertas preguntas? Verdaderamente interpeladas, es decir, convocadas a buscar, leer, reflexionar, conversar, consultar, discutir y construir una posición fundada a partir de ese proceso. Incluso una que arribara a una respuesta similar. Y subrayo similar porque lo que pone en evidencia el libro de Vázquez y Spataro, y también la nota de Reguillo, es que es un hecho que hay mujeres de derecha que se definen feministas. Entonces, en el terreno de la producción de conocimiento científico esto es una evidencia irrefutable, están allí, las vemos, nos hablan. Como la Batatita y la Estrella culona. Pero por supuesto, en el terreno del debate político, el proceso gatillado por la incomodidad de la pregunta que interpela puede resultar en un debate provechoso acerca de los contornos de los feminismos hoy.

En ese sentido se orientan otra enorme cantidad de comentarios que indican lo que no puede ser el feminismo, lo que queda excluido de sus márgenes. “Feminismo sin justicia social no es feminismo. Feminismo sin centralidad de lo común y la sororidad colectiva no es feminismo”. ¿Saben estas personas lo que piensan, leen, proponen las feministas de derechas? ¿Han notado el plural en esa pregunta? ¿Habrá alguna diversidad incluso al interior de ese colectivo? Muchas de esas respuestas están en la profundidad de la investigación de Vázquez y Spataro, el conocimiento construido en esas páginas es un insumo para seguir con el problema. Las intervenciones traen a colación la idea de justicia social, debates sobre el peronismo, el anarquismo, el liberalismo, el ambientalismo. Sobre el lugar que ocupan en la agenda y la praxis feminista la clase, la raza, una perspectiva interseccional, entre muchas otras dimensiones que moldean la disputa por el sentido del feminismo. Esa conversación la provoca la investigación que llevaron adelante Vázquez y Spataro.

Quiero prestar especial atención a aquellos comentarios que insisten en lo innecesario de este trabajo: “la pregunta de Reguillo se responde por sí sola sin trabajo de campo”. ¿Le hubieran dicho lo mismo al equipo de CONICET que navegó en el RV Falkor?

¿Cómo conocemos el mundo? ¿En qué se diferencian la opinión y el conocimiento científico? Hay una lógica de la reacción —el *like*, el comentario, la calificación de servicios, etc.— que se impone como modalidad de la interacción en cuya inmediatez se resuelve muchas veces la definición de nuestro universo social. Uno de los pocos comentarios favorables en la nota lo expresa así: “para qué estudiar, investigar y escribir libros si tenemos acá la caja de comentarios llena de iluminadxs que saldan la cuestión en un par de líneas (si es que admiten la legitimidad del planteo, claro)”.

Podríamos pensar que esto ocurre porque se trata de fenómenos sociales frente a los que to-dxs nos sentimos convocados a expresarnos, tenemos algo significativo para decir, un saber suficiente, una posición tomada. Ah pero los terraplanistas... Hay hoy un encarnizamiento particular con las ciencias sociales y humanas, pero tal vez lo que estos comentarios expresan es también una deslegitimación de la producción de conocimiento científico como punto de encuentro para la construcción de lo común. No el único, no el privilegiado, pero uno necesario por su carácter sistemático y su propósito transformador.

El conocimiento científico implica la ruptura con la primera impresión; el trabajo metódico de pensar de manera radicalmente diferente a lo que se considera obvio o se pensaba evidente en el pasado. El conocimiento avanza por disconformidad también consigo mismo y sus limitaciones. Dice Bourdieu, retomando a Bachelard, que así como todo químico debe luchar contra el alquimista que tiene dentro, todo sociólogo debe ahogar en sí mismo el profeta social que el público le pide encarnar. Y acá se juega el último riesgo que quisiera señalar: el público activo que comentó en ambas ocasiones las notas sobre este tema hizo suyo un lenguaje, pero sobre todo un tono que se aleja de un modo abismal de cualquier posición de debate democrático. No me asustan las pasiones políticas, pero me repelen los discursos odiantes. Soy feminista. La clausura del “Fin” escrito a repetición, la banalidad del insulto anónimo o la recurrencia del desprecio cínico que llega a enunciar: “a este paso, la próxima pregunta va a ser si existen nazis buenos”, me resulta inadmisible.

Vázquez y Spataro traen a escena un sujeto político áspero, que no se ajusta a los cánones de esta audiencia activa de *Anfibia* y que probablemente exprese a un sector del movimiento de mujeres. Hacen precisamente lo que se espera de la ciencia y del feminismo: conmover lo establecido, movilizar el pensamiento, abrir una conversación y nutrirla de argumentos. Adentrarnos en ese mar revuelto o quedarnos en la orilla serena depende de nosotras.



Belén, una historia de resistencia

ROMINA REKERS (UNIVERSIDAD DE GRAZ, AUSTRIA)
12 DE SEPTIEMBRE DE 2025

En el año 2021, en The Ellen DeGeneres Show, la conductora abrió su programa con una entrevista alrededor de una historia sorprendente: hacía apenas dos semanas, en un vuelo rumbo a Hawái, había nacido un bebé. La madre desconocía que estaba embarazada. Por fortuna a bordo del avión viajaban un médico, un asistente médico y tres enfermeras que pudieron asistirle. El público estalló en aplausos después de escuchar la historia. La entrevistada, Lavi Mouna, relata a continuación que no sabía que estaba embarazada, y que en el aeropuerto se sentía un poco mal. Solo un dolor de estómago. Pero luego, en el avión, no podía conciliar el sueño. Así que se levantó, tenía cólicos, fue al baño. Estuvo allí un rato hasta que se le rompió la bolsa, aunque en ese momento no sabía qué era. Luego se desmayó y cuando recuperó la conciencia, David, recién nacido,

estaba ahí. Ellen responde: “¡Espera! ¿Así que te desmayaste, te despertaste y había un bebé?” Se escuchan las risas del público.

El escenario y la respuesta institucional difieren de manera radical en otros casos, como lo muestra la película *Belén*, dirigida por Dolores Fonzi. La película narra el caso real de una joven que en 2014 fue detenida y acusada de homicidio agravado por el vínculo, tras vivir un evento similar en el baño de un hospital público en Salta. El caso *Belén* movilizó nacionalmente a los movimientos feministas en el contexto del debate sobre la legalización del aborto. La película retrata el rol de la abogada feminista Soledad Deza, personaje interpretado por Dolores Fonzi, cuya intervención marca un giro en la estrategia legal. Mientras la defensa pública no había cuestionado la imputación de homicidio y se limitaba a pedir una reducción de la pena, alegando que *Belén* había actuado bajo los efectos del estado de puerperio, Deza planteó la necesidad de impugnar de raíz la acusación de homicidio. Lo hizo argumentando que los estereotipos de género y las representaciones tanto del recién nacido como de la “madre asesina” influyeron en las interpretaciones del personal de salud y de los operadores del derecho. Esto condujo a una lectura inadecuada de las excepciones al secreto profesional en la relación médico-paciente y a la equiparación de un evento obstétrico con un infanticidio.

La historia de *Belén* es también una historia de resistencia epistémica, una resistencia contra la falta de conceptos para nombrar y describir las diferentes experiencias que atraviesan las personas que dan a luz. Una historia similar, vinculada al momento de dar a luz, remite a la ausencia de un concepto para llamar lo que recién en los últimos años hemos podido nombrar como violencia obstétrica. Aunque *Belén* también fue víctima de este tipo de violencia, aún necesitamos un concepto que permita nombrar y explicar el tipo de evento que atravesaron ella, Lavi, Patricia, Yamila y tantas otras.

La falta de conceptos para entender y comunicar nuestras experiencias es un tipo de injusticia epistémica que ha sido definido por la filósofa Miranda Fricker como injusticia hermenéutica. Esta brecha en los recursos interpretativos y conceptuales, que se traslada al derecho y la práctica judicial, se debe a la falta de oportunidades que afectan a grupos vulnerables para desarrollar conceptos para comunicar sus experiencias. En otro contex-

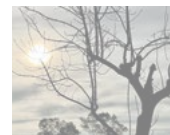
to, la injusticia hermenéutica, por ejemplo, afectaba a las víctimas de acoso hasta que finalmente desarrollaron este concepto para denunciar sus experiencias.

Trabajar para corregir las injusticias epistémicas en un ámbito en el que las ciencias sociales y las humanidades pueden aportar de manera significativa, no solo mejorando la vida de las personas afectadas, sino también fortaleciendo la calidad del sistema judicial y del sistema de salud.

La abogada de Belén y los movimientos feministas que la acompañaron eran conscientes de la injusticia hermenéutica que afecta a muchas experiencias de personas embarazadas. Por ello, decenas de expertas y organizaciones presentaron *amicus curiae*, aportando marcos interpretativos para que los jueces pudieran tomar la decisión correcta, pese a la rigidez de la ley frente a la diversidad de experiencias obstétricas.

El libro *Dicen que tuve un bebé*, de Orrego, Carrera y Saralegui, se sumó a esta historia de resistencia epistémica presentando casos similares, como el de Patricia, víctima de violencia de género. Por la violencia física y psíquica de género que sufría cada día, Patricia llegó a sentir que el dolor en su cuerpo no le hacía daño. Se disoció de su cuerpo para poder seguir adelante. Estuvo embarazada varias veces, sin saberlo, hasta el momento de encontrarse con el recién nacido. Patricia murió a los 40 años, encarcelada y esposada a la cama de un hospital mientras cumplía su condena por homicidio agravado.

El desarrollo de un concepto para describir eventos obstétricos como estos es necesario para que la sociedad y el sistema de salud puedan brindar respuestas adecuadas a las personas durante el embarazo y en el momento del parto, así como para modificar la práctica médica y judicial. La película *Belén* se suma a este recorrido como un hito más en la historia de resistencia que continúa en marcha.



El conflicto de las facultades

Sublevaciones

DIEGO CONNO (UNPAZ/UNAJ/UBA)
17 DE SEPTIEMBRE DE 2025

A los estudiantes

¿Por qué los hombres y mujeres se sublevan? ¿Cuánta fuerza hay contenida en un cuerpo? ¿Y en una mente? ¿Por qué luchamos? Desde el origen de los tiempos las sociedades humanas se han levantado contra toda forma de opresión, de dominio y de explotación.

Desobedecer al poder no es una opción cuando lo que está en juego es la vida. La desobediencia civil es un acto de ciudadanía cuando se ponen en juego las distintas formas de lo común. Un acto político, pero también ético y estético: una forma de ser y estar en el mundo con otros. Una recomposición de los modos en que los cuerpos aparecen en el espacio público. Una transformación de sí y de los otros.

Todo cuerpo es un cuerpo político. Yo, tu, él, nosotros, todos somos seres políticos. Seres que necesitamos de los otros para vivir. Seres que hablamos, pensamos y actuamos siempre con otros sobre cómo queremos vivir.

¿Cómo no defenderse frente a un Poder que nos ataca? ¿Cómo no resistir ante a un gobierno que nos desprecia? ¿Cómo no luchar cuando nuestras vidas están en riesgo?

En tiempos de oscuridad la sublevación puede ser un acto de enorme magnitud que requiere de profunda imaginación política. Una estrategia de los de abajo contra quiénes destruyen a cada paso las vidas populares. Porque todas las vidas valen, porque todas las vidas cuentan.

Las sublevaciones pertenecen a la historia, pero el tiempo las reclama.

Porque un cuerpo que lucha es un cuerpo que piensa. Llama de la verdadera libertad que está presente en todas y todos, que por momentos parece desvanecerse pero que jamás se apaga.

Vivimos épocas de pasiones tristes. Nos quieren tristes porque nos quieren solos, no quieren solos porque nos quieren impotentes. Por eso nuestra lucha tiene que ser con alegría. Con la alegría de saber que unidos y organizados podemos más. Porque la organización es el poder de los sin poder. Es el poder de los muchos. De los de abajo. Nuestra potencia plebeya. Democracia salvaje. Comunidad organizada.

Luchamos para defender los derechos que tenemos: a la salud, al trabajo, a una vivienda digna, a la educación y a la libertad de expresión, a la identidad y a la comunicación, a la memoria, la verdad y la justicia; pero también luchamos para conquistar otros nuevos: a la tierra, al ambiente, a la ciudad y a una vida justa. A hablar y amar y a gozar y a desear como queramos.

Luchamos por el derecho a tener derechos. Luchamos por la democratización de la democracia. Democracia en todos los lugares que habitamos: en la calle y en la plaza, en la escuela y en el barrio, en la oficina y en la fábrica, en la casa y en la cama, en la sociedad, en la economía y en el Estado. Porque la democracia no es solo un régimen

político. La democracia es una forma de vida. Es la vida política de los iguales. Nuestra patria sublevada.

Porque donde hay una necesidad nace un derecho. Y porque sin justicia social no hay libertad, ni república ni democracia. Ni felicidad para el pueblo.

“No sabemos lo que puede un cuerpo”, dejó escrito Spinoza, en una de las páginas más bellas y enigmáticas de la historia de la filosofía. Pero sabemos de la potencia infinita de los cuerpos en su encuentro con otros. En sus modos de dialogar y de organizarse. En sus prácticas de cuidado. En sus formas de movilización política. Cuerpo colectivo. Cuerpo plebeyo. Cuerpo utópico.

Somos hijos de las Madres de Plaza de Mayo. Esa es nuestra ascendencia política. Marca imborrable de la memoria colectiva que nadie jamás podrá volver a hacer desaparecer.

Nuestra utopía no está en el futuro, ni es melancolía de un pasado ya sido. Acaso la mera posibilidad de volver a pronunciar esa palabra *–utopía–*, tan cara y tan esquiva a nuestras lenguas y tradiciones emancipatorias, libertarias y populares, resida en las luchas que podamos dar hoy para transformar el presente en un lugar habitable para todas y todos.



Para una nueva imaginación política

Trabajadorxs territoriales,
fronteras y estado

MATÍAS CAMBIAGGI (UBA)
26 DE SEPTIEMBRE DE 2025

1

Si bien es imposible sintetizar el universo de interpretaciones que implica cada ciclo político en un libro o incluso en un puñado de ellos, *Pensar sin Estado* de Lewkowicz y *Habitar el Estado* de Abad y Cantarelli, a su tiempo, señalaron importantes claves de lectura sobre el 2001, y sobre el ciclo de los gobiernos kirchneristas respectivamente, intentando en ambos casos identificar el vínculo entre Estado y Sociedad. Pero aún más importante para lo que nos interesa, fueron capaces de sintetizar y ser impulsados, a su vez, por algunas de las expectativas y miradas de época de un colectivo popular que se asumió protagonista de un nuevo tiempo. *Pensar sin Estado*, aportó el diagnóstico sobre

el derrumbe y la necesidad de recalcularlo todo, *Habitar*, por su parte, tras la reorganización institucional de 2003, intentó el optimismo de transformar el “nuevo” Estado desde adentro.

¿Por qué estas menciones? Apenas para subrayar dos elementos importantes: por un lado, la sintonía sobre la que supieron dar cuenta, entre un determinado imaginario de época, un colectivo social protagónico y una búsqueda de teorización necesaria para afrontar los desafíos que la coyuntura presentaba. Por otro, la actual y evidente ausencia de estos tres aspectos y por supuesto de su articulación, el vínculo no formal, sino vivo, entre sociedad y Estado. Nuestro presente, para decirlo sin vueltas.

“La Casta tiene miedo”, la consigna disruptiva del movimiento político que impulsó Milei, sabemos, fue un emergente nacido de una desarticulación, pero solo fue un emergente tardío. Expresiones más tempranas de este agotamiento se encuentran en algunas de las expresiones de la propia teoría social que intentaron dar cuenta de estas articulaciones de modo particularizado, en los tiempos de su repliegue, particularmente en algunos trabajos dedicados a los vínculos entre comunidad, burocracia, territorio y Estado.

Uno de estos enfoques consistió en la mirada “desde arriba” e indiferenciada sobre la burocracia propuesta por Michel Lipsky en 1980, con sus “burócratas de calle”, recuperada con *delay* para nuestras latitudes, mezclando maestras, policías y trabajadores sociales en una misma bolsa.

Otro, es la teoría de la dominación, más interesante y compleja que la anterior, pero con serias limitaciones para explicar los momentos disruptivos, con conceptos rebuscados como los “puños blandos” y los “puños de acero”, y presupuestos que enmudecen al tener que explicar el encarcelamiento del presidente de Perú, un docente, un puño blando... O los intentos de asesinato de Cristina Fernández y Evo Morales o el exilio de Rafael Correa.

Otro aspecto que escapa al trazo grueso de estos enfoques, pero no solo de ellos, es su comprensión sobre la formación de los trabajadores territoriales, porque tienden a subestimar su capacidad, en comparación, por ejemplo, con los trabajadores de ANSES, cuando la experiencia real, vista de cerca, señala algo muy distinto. El trabajo territorial no solo incluye la capacidad de interacción, desvalorizada por estos enfoques, sino tam-

bién infinidad de conocimientos técnicos aplicados a resolver situaciones diversas en contextos siempre críticos.

Se impone como vemos, elaborar una teoría situada sobre el Estado, entre otras cosas, también para conocer sus efectivas formas de dominación y no las presupuestas. Pero para ello es necesario abandonar, como propuso Eduardo Rinesi,¹ tanto las elaboraciones que reproducen las miradas del liberalismo clásico y ven al Estado solo como un poder amenazante de la organización e imaginación social, como las de quienes ven al Estado como si no hubiera una larga bibliografía que alerta sobre sus dinámicas reales y abusos. Nuestra historia es rica en ejemplos que brutalmente exponen sus dos caras: las desapariciones o los casos de gatillo fácil, por un lado, su carácter de actor privilegiado para garantizar ciertos derechos, como demuestra la experiencia peronista, por otro. El Estado, monstruo bicéfalo, según la expresión que cita Rinesi, de Abel Córdoba, es una primera perspectiva para abordar la cuestión que proponemos. Pero nos preguntamos: ¿Por qué aún monstruo, haciendo el “bien”? ¿No estamos en presencia del Dr. Jeckyl y Mr. Hide? ¿En qué consiste la monstruosidad del Estado? ¿Tendrá que ver con el hecho de que no alcanzó con habitarlo, como sugerían Abad y Cantarelli?

Si bien no corresponde a la teoría social destrabar el nudo de las tres ausencias que comentamos, sino al pueblo movilizado, sí le toca a ella, construir una mirada situada que acompañe la experiencia práctica que realiza la organización social y la respuesta estatal, allí donde tienen lugar todos los cruces y mestizajes, es decir, en las fronteras. En las líneas que siguen vamos a intentar avanzar hacia una descripción sobre los trabajadores territoriales del Estado y las fronteras en donde atienden, desde una perspectiva histórica. Avancemos hacia esos confines, machete en mano.

2

Las fronteras son, según los mapas, los diccionarios y los gendarmes, ante todo límites. De alguna manera lo siguen siendo, aunque esta consideración no deba agotar sus sen-

1 <https://www.economicas.uba.ar/extension/vocesenelfenix/las-libertades-los-derechos-y-el-estado-notas-sobre-las-deudas-de-nuestra-democracia/>

tidos. Las fronteras son límites, pero no son solo eso, o en todo caso, pueden no serlo, y este es el aspecto a subrayar contra tanta bibliografía que con tendencias construye dicotomías. Sin embargo, en ese excedente de sentido que liberan los trazados fronterizos, es posible observar que, en ocasiones, estos pueden volverse, incluso, hasta su contradicción, antes que un confín inerte, un nuevo territorio, con lógicas y soberanías propias, testigo de cruces constantes, de comercio, de encuentros, de desencuentros, de intercambios, de tráfico, de igualación, de subalternización, de lenguajes híbridos y costumbres que desafían todo lo que suponen las líneas punteadas de los mapas nacionales, los mapas de la “pobreza” o los de la “seguridad”, entre otros tantos mapas que los cartógrafos al paso confeccionan, más por dar visibilidad a un personal nicho que por describir la realidad social en su complejidad.

Las fronteras, no lo perdemos de vista, se vuelven operativas distinguiendo y manteniendo separados, a partir de los alambres de púa,² o de un sinfín de artefactos simbólicos, dos elementos de distinto orden, no equiparables, porque solo uno de estos elementos será el capaz de nominar y el otro solo de ser nominado. Uno quedará del lado de adentro de los muros, el otro, de afuera. Pero esta primera certeza tiene también sus grises: a veces los otros hablan y dicen lo suyo, a veces el alambre se afloja.

¿Qué sucede cuando la parte subordinada cuestiona su lugar en la repartición de lugares o vuelve operativa una paritaria *express*? ¿Qué sucede cuando la parte subordinada cuenta con altos niveles de legitimidad y de apoyo entre otros subordinados, incluso del otro lado de la frontera? Aún más: ¿cómo definir el funcionamiento de la frontera cuando los funcionarios que la transitan forman parte al mismo tiempo, del conjunto subalternizado y son conscientes de ello?

Las fronteras, por todo esto, suponen siempre un espesor y una temporalidad particulares, que las convierte, cuando asumen aquella riqueza, cuando trascienden el mero alambre de púas, en un territorio privilegiado para analizar la sociedad, sus instituciones, y sus formas de gobierno que, vistas en movimiento, nos dan un importante indicio sobre la vitalidad social y sus dinámicas de articulación. Y sobre esto, es mucho lo que pueden

2 Alambre de Púa, Una ecología de la modernidad. Recomendable trabajo de Reviel Netz publicado por Eudeba en 2013.

decirnos infinidad de técnicos del Estado, integrantes de movimientos sociales, técnicos integrantes del Estado y de los movimientos sociales, y las distintas comunidades de nuestro país y de Nuestra América.

Por el contrario, cuando todo esto no sucede, cuando es máxima la tensión del alambre de púas, son los gendarmes los dueños de los bordes y el territorio fronterizo es abandonado por el repliegue social. Sin embargo, la definición de la frontera sin excedentes de sentido también es mucho lo que nos dice.

3

Si una burocracia es lo que hace, como propuso Oscar Oszlak, la burocracia territorial de la administración pública de nuestro país, reiniciada a partir del proceso abierto en 2003, es, ante todo, un prodigio de la adaptación a las condiciones y las políticas más dispares, o incluso, a la casi ausencia absoluta de ellas, como sucede en la actualidad, bajo los designios de la gestión Milei. Sin embargo, capacidad de adaptación no equivale a decir neutralidad valorativa. La burocracia territorial que dio a luz nuestro 2001, la que nació de sus entrañas, supo demostrar en distintas condiciones y coyunturas políticas su compromiso con una práctica pretérita de contestación social, la del movimiento nacional y popular, heredada como tradición. Pero también la propia, puesta en juego como invención, recreándolas a ambas junto a otros actores del territorio en un formato institucional, al menos durante un momento clave que después supo perderse u olvidarse. Pero dejemos esto por ahora y continuemos con la caracterización en curso. ¿Es esta, entonces una burocracia militante como la nombraron propios y ajenos? No, por supuesto, si por militancia se identifica una pertenencia partidaria. Abordada de conjunto no lo es, ni lo fue. Sin embargo, si no encorsetamos el registro a una teorización restringida, podemos ver que de distintas formas los trabajadores territoriales fueron parte o compartieron una sensibilidad con el proceso de movilización social y política que dio lugar al año 2001, que más tarde siguió un curso particular desde 2003, y que en definitiva fue esta la experiencia personal y colectiva, sus vínculos y los conocimientos que le permitieron constituirse, ya revestida como un actor institucional como un protagonista

más del territorio. Es entonces, a partir de esta verdadera red territorial, que podemos avanzar aún un poco más en esta intención de definición en movimiento.

Si, como mencionamos con Oszlak, una burocracia es lo que hace, podemos decir que la burocracia territorial no hace nada sola, sino que lo hace con otras y otros. Por eso es sensible no solo a la orientación general que el Estado asume cada cuatro u ocho años, sino también al estado de organización, movilización e imaginarios del colectivo social con el que interactúa. Es decir, a todo aquello que dispuesto en la geografía llamamos territorio y que, en este largo ciclo del reinicio democrático nacido bajo el sol de diciembre de 2001, fue la X de todas las ecuaciones neoliberales y nacional populares. Involucrando a nuestro “Leviatán criollo”, al decir de Marcos Kaplan, en su sentido más corporal e inclusivo, en un caso, o retirándolo abruptamente, en el otro, para vestirlo de fajina. X, que, por lo mismo, es también el enigma al cual las teorías de la reproducción importadas, siempre se acercan pero no terminan de resolver. Porque como explicó con inmejorable prosa Alfio Basile: “Yo los ordeno en la pizarra, pero después los jugadores se mueven”. Por eso los trabajadores territoriales pueden ser regularmente “los puños blandos”³ de la dominación, pero otras, muy pocas quizás, una mano amiga, un abrazo o un compañero en la manifestación. Es decir, la producción de un resto de sentido operativo, otro nudo en el lastimado tejido social y la explicación de lo inesperado, cuando lo inesperado acontece.

En estas apretadas líneas, en las cuales no intentamos una nueva teorización sino apenas un ejercicio de reflexión situado sobre desde dónde y cómo mirar a los trabajadores territoriales, decidimos verlos a ellos, a ellas como actores de la administración pública, pero también de la sociedad civil, como protagonistas de la vida social, como sujetos con historia, con vínculos, identidad y anhelos. Diríamos también, sentimientos, aunque usted no lo crea, capacidades cognitivas, de adaptación al medio, angustias y contradicciones, como todos los otros seres humanos, aunque esta condición, en muchas oportunidades, se presente velada en las teorías que los abordan como autómatas, calculadores o siempre iguales a sí mismos. Aunque la experiencia concreta observable, medible, indique algo muy distinto también, y que con claridad exponen los repetidos procesos de desarticu-

lación que la afectan como actor estatal durante los gobiernos ajustadores, pero también su condena a la intrascendencia durante los gobiernos de signo popular.

La burocracia territorial, por lo expuesto, y observada desde el presente, parece constituir un elemento extraño, un momento difícil de clasificar. En definitiva, una búsqueda propia del ciclo que comenzó en 2003, bajo el impulso de la década anterior que le dio vida. Pero una búsqueda hace tiempo desarticulada, reemplazada por la orientación institucional que privilegió la agencialización de las respuestas estatales, por un lado, y por otro, la delegación en las organizaciones sociales, pero sin dar respuesta con esta reorientación a la problemática estructural de fondo que no es otra que la falta de trabajo. Como se observa, de acuerdo al hilo argumental propuesto y más allá de los números de inversión o la cantidad de personas asistidas, este movimiento no fue otra cosa que un repliegue institucional del Estado continuado bajo distintos signos, hacia sus posiciones centrales y seguras, abandonando las fronteras y a los actores que les daban vida y, más allá de todas sus limitaciones o dificultades, construían en ella el vínculo entre Estado y sociedad que después fue reelaborado como privilegio y más tarde se asumió consigna con el nombre de “casta”.

Sin embargo, no es este el final de la historia, y si bien han cambiado tantas cosas de forma dramática, no es aún necesario convocar a ningún arqueólogo para excavar los delgados hilos que articulan la comunidad. La experiencia ahí está, algo dice, aunque ya no se trate solo de desandar un camino conocido.



Los nuevos piratas

IA: inteligencia apropiada

PABLO VANNINI (UBA/UNGS/UNPAZ)
28 DE SEPTIEMBRE DE 2025

La inteligencia artificial parece una moda, una tendencia, un *trending topic*. De repente, aparece en todos lados, sus siglas se repiten frente a nuestros ojos en un lugar y en otro. Descubrimos que una cantidad de productos la contienen. En diversas publicaciones se escribe sobre ella. Y proliferan nuevos supuestos especialistas que la analizan desde distintos ángulos.

Señalarla como una moda no quiere decir que sea una tecnología poco útil para la sociedad ni que pasará sin pena ni gloria como tantas otras modas tecnológicas (como la web3 y los metaversos virtuales que años atrás llenaron nuestros feeds y pantallas). Sin embargo, advertir que hoy es una ola que todo lo inunda e impregna nos plantea un

primer desafío: el de tomar distancia, analizar discursos interesados e intentar poner blanco sobre negro los temas centrales de este desarrollo sociotécnico. Como ya se dijo en esta revista, si no hacemos este primer paso para tomar distancia, la IA es un significativo vacío.¹

Por eso, en estas líneas no vamos a citar marcas de productos de IA ni comparar su efectividad —en predicciones, construcción de imágenes o videos—; sino que buscaremos entender el modo de producción de la IA y las formas de apropiación de conocimiento con las que se construye.

Nada es gratis en la vida

Estamos en la etapa inicial del desarrollo del mercado de la inteligencia artificial. El rápido crecimiento de productos de inteligencia artificial generativa (en general expresada como *chatbots*) se da luego de un proceso de hibernación de decenas de años para alcanzar esta tecnología. Y es producto de la confluencia de intereses económicos de distintos actores y algunas particularidades del funcionamiento de la industria del conocimiento. Sin ánimo de construir una historización de la inteligencia artificial² cabe mencionar que la tecnología se encontraba latente desde la década del 1960 y que en la eclosión actual confluyen: 1) fondos en busca de nuevos tesoros especulativos, 2) empresas tecnológicas con necesidad de mejorar o ampliar sus planes comerciales y 3) una capacidad instalada de cómputo generada por industrias no estrictamente relacionadas (centralmente la disponibilidad de cálculo por placas GPU de la industria crypto). Es por eso que nos referimos a la etapa inicial de desarrollo del mercado de la IA en tanto producto.

En esta etapa inicial hemos accedido a productos de IA que se encuentran en constante desarrollo y que fueron ofrecidos inicialmente sin costo (no gratis como veremos a continuación) para luego virar rápidamente a un esquema de suscripciones pagas.

1 Peirone, F. (2024) *Hoy la Inteligencia Artificial es un significativo vacío*. Recuperado de <https://revistabordes.unpaz.edu.ar/hoy-la-inteligencia-artificial-es-un-significante-vacio/>

2 Para una simple e interesante historización puede verse López, C. (2024). Breve historización de la IA. En López, C; Balmaceda, T; Zeller, M; Peler, J; Aguerre, C; Tagliazucchi, *Ok Pandora*. Buenos Aires: El gato y la caja. <https://elgatoylacaja.com/ok-pandora/breve-historia-de-la-ia>

Según el viejo dicho popular, *“el primero te lo regalan, el segundo te lo cobran”*. Algo de eso hay en este momento de la inteligencia artificial. La prestación de servicios sin costos para el usuario final es una técnica de expansión comercial que las grandes corporaciones tecnológicas ya han realizado en experiencias anteriores. Parece tratarse de un esquema inicial de difusión tecnológica que luego se modifica.

Somos conscientes —o deberíamos serlo— de que nuestras casillas de correos gratuitas o las cuentas en redes sociales por las que no entregamos dinero a cambio, son la puerta de acceso a nuestros datos, usos y costumbres. La gratuidad del servicio (similar a la muestra gratis de productos) se sustenta en general en la obtención de esos datos. Sirve también para generar nuevas necesidades y expandir el uso masivo que conlleva el *“ser parte de”* o el *“no quedarse afuera”*.

El modelo de producción detrás de la IA

Hasta el momento los grandes proyectos de inteligencia artificial generan pérdidas y algunas han proyectado a sus inversores que esto se mantendrá así en los próximos años.³

La discusión sobre el plan de negocios de estas empresas no se trata de una preocupación por la salud financiera de las mismas, sino que implica preguntarse cómo y por qué se aceptan pérdidas millonarias durante años y los posibles impactos sociales que podrían tener esos capitales asignados a otros tipos de desarrollo. Además, se trata de discutir la cadena completa de costos de estos experimentos a gran escala, para poder determinar si estos productos son sostenibles en el tiempo.

Creemos que antes de ver si la IA piensa en un sentido humano o cuántos puestos de trabajo reemplazará, hay que entender quiénes y cómo impulsan su desarrollo tecnológico.

Los productos de IA que están en el centro de la escena: ChatGPT, Gemini, Deepseek son llevados adelante por grandes corporaciones económicas que se lanzaron a una ca-

³ El último caso reportado es el de OpenAI, para más detalle puede verse: Forbes (2025) *Sam Altman reveló que OpenAI está perdiendo dinero con su proyecto ChatGPT Pro* Recuperado de <https://www.forbesargentina.com/money/sam-altman-revelo-openai-esta-perdiendo-dinero-su-proyecto-chatgpt-pro-n65431>

rrera desaforada por establecer monopolios. Dime quien lo hace (y cómo lo hace), y te diré para qué sirve.

La mirada crítica sobre la IA no va dirigida a la tecnología en sí. Sino que —en tanto la tecnología es una construcción social—, esta mirada crítica propone pensar la forma en que se desarrolla, quiénes son los actores que la llevan adelante, bajo qué proceso productivo, entre otras aristas. Existen otros desarrollos que basados en inteligencia artificial son pensados desde la academia o ámbitos no mercantiles y se centran en la resolución de problemáticas sociales como la detección de Alzheimer, IA e identidad y el reciente desarrollo de un modelo de IA latinoamericana.⁴ Estos proyectos pueden dar cuenta de las potencialidades de la tecnología en sí más allá de las modas o las búsquedas empresariales.

Adentrémonos en cómo se construyeron estos grandes productos tecnológicos de inteligencia artificial para comprender por qué deberíamos entenderlos como productos de Inteligencia Apropiaada.

Si desandamos las formas en que funcionan y se producen podemos decir que las grandes corporaciones buscan participar en toda la cadena de producción, verticalizando la misma desde la recolección/extracción del dato, procesamiento en infraestructura propia, entrenamiento y supervisión, hasta el desarrollo del producto final que le llega al consumidor basado en el plusvalor generado por tratamiento del dato. Es más, la IA es una nueva búsqueda de extracción de valor de los datos apropiados: los proyectos centrales surgen apadrinados por Google, Facebook, Amazon y demás empresas que ya trabajaban en la explotación de datos.

La bibliografía crítica sobre la inteligencia artificial se centra en las consecuencias ambientales provocada por el uso de recursos para su funcionamiento (agua, electricidad), la problemática de la privacidad de los datos y el impacto en los trabajos que supone la automatización de determinadas tareas. Está menos visibilizada la apropiación de conocimiento implicada en el desarrollo y crecimiento de la tecnología IA. Nos referimos

⁴ Existen muchos proyectos desarrollados desde la academia o la investigación que buscan implementar las potencialidades de la IA para la resolución de problemáticas sociales solo por citar alguno del ámbito médico explicado de forma sencilla: Detectando Alzheimer con IA <https://www.youtube.com/watch?v=cAL0FXOSdyA> o el desafío lanzado por la Fundación Sadosky sobre IA e Identidad: <https://desafio-ia-por-la-identidad.fundacionsadosky.org.ar/>. También podríamos citar el embrionario desarrollo de Latam GPT: <https://www.latamgpt.org/>

tanto al proceso de extracción (apropiación) de datos, como al proceso de aprendizaje que se realiza y las implicancias para la creación y gestión del conocimiento futuro.

Dejemos claro que en estos experimentos tecnológicos con IA no solo somos usuarios sino también los “trabajadores” del laboratorio que les permitirá mejorar y consolidar productos. Somos los dadores de datos, los creadores de contenido apropiado y los *testers* de los productos. Es este un primer punto de atención sobre el trabajo no pago y las apropiaciones que se generan en esa cadena.

La materia prima para el aprendizaje de la IA, el *input*, es el conocimiento existente. En este punto sucede un hecho fundamental sobre el que se pone poco el acento: hasta el momento los modelos han aprendido en base a una apropiación impaga del conocimiento, en la mayoría de los casos. Y no nos referimos solo al no pago de derechos de autor sobre obras que lo tienen, es también el proceso de apropiación sobre todo el universo de conocimiento y cultura del que se nutren los modelos. Hablamos de la cultura popular general, de las formas del lenguaje y demás cuestiones que podríamos pensar como parte del dominio público. Incluye también el saber científico, la creación colectiva de conocimiento que se realiza sobre todo el vasto mundo de lo que fue internet y sobre el que ya no navegamos pero que los *bots* de la IA bucean por nosotros para luego producir sus respuestas.

Es por ejemplo el mundo del Software Libre y todos los repositorios publicados sobre los cuales construyeron su conocimiento todos los modelos, pero algunos en particular como GitHub Copilot. El caso de GitHub Copilot es paradigmático de lo que estamos intentando mostrar en tanto se trata de un asistente de inteligencia artificial que se plantea colaborar —o reemplazar— a programadores y que realizó su proceso de aprendizaje a partir de los millones de proyectos libres con los que contaba GitHub. Es decir, miles de proyectos generados desde la colaboración que fueron apropiados por el mercado y sus reglas. A esto se suman otros espacios como el foro Reddit, que vendió sus datos contruidos por el intercambio de personas que colaboraban entre pares, para alimentar herramientas de inteligencia artificial.

La creación de conocimiento es un acto colectivo de intercambio entre pares, que visto desde un punto de vista económico se desarrolla en el marco del Principio de Recipro-

ciudad:⁵ yo doy porque otros me dieron. Lo que muchos reconocen con la frase que se atribuye a Newton: *si he visto más allá es porque me paré en hombros de gigante*. El conocimiento es al mismo tiempo insumo-producto: para generar conocimiento necesito de conocimiento. Es por esto que decimos que es apropiación del conocimiento cuando se utiliza para construir productos o servicios comerciales privados.

La acción de liberar y compartir conocimiento como realiza la comunidad del software libre o se gestiona en comunidades del tipo de wikimedia o foros de intercambio (Reddit, Stack Overflow, etc.), nace de un principio de acción que busca generar más y mejor conocimiento y que se sostiene en la participación entre pares. Este *ethos* científico-tecnológico se ve corrompido por la apropiación que realizan *bots* de inteligencia artificial para realizar el proceso de acumulación originaria en base a la cual entrenan y construyen sus modelos.

Desde la esfera jurídica, vale mencionar que estamos en un momento de discusión en distintos tribunales y cortes en diferentes países acerca de los procesos de apropiación del conocimiento y de la posible titularidad de derechos de obras realizadas con IA.⁶

Son interesantes algunos pasos que se están dando desde lo legal para limitar el uso por parte de la inteligencia artificial en portales de creación e intercambio (modelos para impresoras 3d, Wikipedia, foros, etc.) como así también posibles y necesarios cambios que surjan en modelos como los de Creative Commons. Estas son pequeñas batallas que se desarrollan en el ámbito legal, siempre presto a atender los fundamentos de los poderosos, lento para modificar sus reglas y ciego respecto al impacto social futuro de sus decisiones. Las grandes empresas tecnológicas ya han realizado el trabajo de apropiación original: construyeron un nuevo tipo de piratería que alimentó y alimenta sus modelos.

Hay otro proceso con intervención humana que también es parte de lo que describimos como apropiación y explotación laboral. Nos referimos al trabajo conocido de

5 Karl Polanyi desarrolla los distintos principios económicos que existen más allá del intercambio mercantil en su libro *La gran transformación* (2017) México, Fondo de Cultura Económica.

6 Solo por mencionar algunos casos puede verse Magnani, E (2025) *Piratería por parte de una IA generativa*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/858533-pirateria-por-parte-de-una-ia-generativa> o la discusión que está llevando adelante Wikimedia. Recuperado de <https://diff.wikimedia.org/2025/04/01/how-crawlers-impact-the-operations-of-the-wikimedia-projects/>

tagueo de contenido. Son cientos de miles de trabajadores que según investigaciones periodísticas trabajan en gran parte desde África (Kenia en particular)⁷ y cobran menos de dos dólares por hora. Con su conocimiento y trabajo alimentan *tagueando* contenido y verifican la respuesta que entrega “la caja negra” del modelo en el proceso de aprendizaje.

Así, hoy podemos comprender lo que algunos autores plantearon acerca de una explotación de segundo grado en los trabajadores del conocimiento. Esto se refiere a que la apropiación para la generación del plusvalor no se da solo en el tiempo del trabajo sino que lo generado en base al conocimiento de un trabajador/creador puede ser reproducido de forma continua, dejando al trabajador o generador de contenido, fuera del circuito de reproducción del bien. Científicos, músicos, artistas en general, programadores, una vez producido el bien quedan en el ámbito de la producción y en muy pocas ocasiones participan de la circulación. Así se extiende la explotación a la reproducción del mismo.

Con la inteligencia artificial este proceso se agrava en tanto ya no se trata de la producción y reproducción del bien sino la apropiación del conocimiento en sí para nuevas creaciones que lo tomarán sin necesariamente dar crédito ni participación.

Vemos por tanto nuevamente en el mundo digital el proceso por el cual el intercambio mercantil expresado en el modelo de suscripción se impone sobre el intercambio de pares basados en la colaboración.

Estamos por tanto ante un proceso productivo que quema fondos obtenidos en rondas de inversión, busca fuentes baratas de energía, se apropia de conocimiento público –libre o privado–, con procesos probados de explotación laboral, para elaborar productos que generando algún proceso de automatización justifique el pago de una suscripción a un servicio.

⁷ Smink, V (2023). *Los cientos de miles de trabajadores en países pobres que hacen posible la existencia de inteligencia artificial como ChatGPT (y por qué generan controversia)*. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-64827257>

Certezas y nuevas preguntas

Estamos analizando un hecho novedoso, en auge y expansión. Eso trae aparejado el temor a realizar afirmaciones apresuradas y nos quedamos respondiendo preguntas básicas sobre la temática. Sin embargo, podemos y debemos construir una base mínima de certezas sobre las que pensar nuevas preguntas, o mejor aún, nuevas líneas de acción que estas tecnologías nos interpelan a construir.

Sabemos que la inteligencia artificial no es artificial en tanto tiene mucho de realidad y de materialidad en la generación y uso de recursos y energía que la mantienen.

Sabemos por la historia que ningún proceso de apropiación produce mayor colaboración y generación de conocimiento. Los productos de la inteligencia artificial comercializados con la lógica de la suscripción necesariamente implicarán un aumento en los costos de acceso al conocimiento, mayor concentración y una menor innovación a futuro, como ha pasado en momentos históricos recientes.⁸

Sabemos que la racionalidad económica y los intereses de las grandes empresas tecnológicas poco tienen que ver con la resolución de problemas sociales que aquejan a nuestras sociedades. Esa racionalidad económica piensa esta tecnología para mejorar la eficiencia empresarial y bajar los costos productivos en todas las ramas de actividad. No lo hace para pensar procesos de inclusión, diversidad, mejora de condiciones laborales, entre otros.

Por lo tanto, sabemos también que para quienes queremos construir otra sociedad urge construir nuevas búsquedas, preguntas y proyectos (sobre todo proyectos).

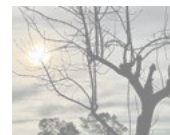
Es importante que podamos desarrollar la tecnología IA para encarar proyectos emancipadores y para mejorar nuestras capacidades cognitivas. Desde América Latina debemos analizar qué posibilidades de desarrollo local y autónomo pueden existir o si es factible pensar estas tecnologías desde una perspectiva de la Soberanía Tecnológica. Hoy entregamos nuestros datos y en el mejor de los casos vendemos nuestro trabajo humano para

8 Para evaluar la relación entre Propiedad Intelectual e Innovación puede verse: Zukerfeld, M (2020) *"Piratería y desarrollo: discursos, historias y política de un amor negado"* Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=zeYxVry6g4E>

que nos vuelvan suscripciones y servicios, construyendo balanzas comerciales deficitarias. Por lo tanto, es fundamental proyectar las posibilidades de infraestructuras propias y el trabajo con tecnologías libres. Esa sería una línea para que la balanza comercial tecnológica no sea inevitablemente negativa en la región.

En tanto la inteligencia artificial es un artefacto tecnológico importante y que ocupa (y ocupará) un rol central en los procesos de automatización y mejora continua, es necesario traer a la luz proyectos socialmente importantes en los que la inteligencia artificial puede tener un impacto positivo. No se trata de discutir si va a reemplazar trabajo humano, se trata de discutir cómo puede mejorarlo. Se trata de buscar construir grandes modelos de lenguaje e infraestructura por fuera de las grandes corporaciones tecnológicas para mejorar los sistemas de salud, educación y cuidado.

Sepamos que la inteligencia artificial es una construcción colectiva apropiada. Todo esto es gracias a y por nosotros. No pongamos la tecnología y las empresas en el centro, pongamos lo que el conocimiento colectivo pudo construir, veamos lo que el mercado se apropió y tratemos, si es que aún estamos a tiempo, de repensar la construcción tecnológica para mejorar nuestras capacidades y resolver verdaderos problemas sociales.



Brenda, Morena y Lara

Todas las vidas importan

MARÍA LAURA BAGNATO (UNAJ/UNPAZ/UBA)
29 DE SEPTIEMBRE DE 2025

Aportes desde los feminismos populares, los afectos y los cuidados

El triple femicidio de Lara (15), Morena (20) y Brenda (20), ocurrido el pasado 19 de septiembre, nos conmocionó por su brutalidad y porque evidenció, una vez más, las estructuras de las violencias sexistas y las desigualdades que atraviesan nuestros barrios. Este hecho no puede interpretarse como un evento aislado: forma parte de un entramado de abandono estatal, ausencia de políticas públicas integrales para abordar las violencias de género, relatos mediáticos estigmatizantes y dinámicas sociales que naturalizan la deshumanización y el descarte de ciertas vidas.

Desde el primer momento, los medios centraron su atención en aspectos de la vida privada de las víctimas: a qué se dedicaban, cómo se comportaban, si consumían drogas y qué decisiones supuestamente habían tomado. Esta focalización no solo revictimiza a las pibas, sino que las presenta como responsables de su propia muerte. Georgina Orellano e Ileana Arduino reflexionan sobre cómo los medios construyeron relatos en los que la espectacularización de las vidas de mujeres pobres y trabajadoras sexuales se convirtió en excusa para el escarnio social. Una sociedad que, desde una supuesta superioridad moral, colabora reproduciendo sentidos crueles y deshumanizantes o se desentiende de la problemática.¹

El tratamiento mediático de los medios hegemónicos de estos femicidios evidencia, una vez más, la habilitación de discursos de desprecio hacia mujeres, disidencias y trabajadoras sexuales. Todas pobres. Amplificados por redes sociales y ciertos sectores mediáticos, estos relatos producen un goce colectivo a través de la repetición de imágenes, rumores morbosos y juicios morales implícitos sobre la vida de las víctimas. La circulación de esta crueldad no solo expone y revictimiza a quienes vivencian estas violencias, sino que también naturaliza la violencia mediática y material.

En muchos sentidos, nuestra sociedad rota (parafraseando a Orellano) parece experimentar un perverso alivio al constatar que las víctimas eran pobres y trabajadoras sexuales. Sus cuerpos, percibidos como “otrxs” y marginales, se sienten distantes, desechables, ajenos a la esfera de la vida que merece cuidado. Esta distancia afectiva combina indiferencia, crueldad y fascinación, revelando la dimensión colectiva del morbo y la fascinación por la vulnerabilidad ajena.

Lara, Morena y Brenda, como tantas otras mujeres y pibas de los barrios populares, se convierten en cuerpos que ilustran cómo el valor de la vida se distribuye de manera desigual y cómo la exposición al peligro es estructural. Estas vidas “desechables” muestran cómo ciertos sectores son dejados morir, mientras se construyen jerarquías sociales que deciden quién merece protección y quién puede ser ignorado o castigado. La fascinación por la crueldad, el morbo mediático y los discursos de desprecio no son fenómenos indi-

1 Orellano, G. y Arduino, I. (2025). *Brenda, Morena y Lara: las preguntas que faltan*. Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/triple-femicidio-brenda-morena-y-lara-las-preguntas-que-faltan/>

viduales, sino afectos compartidos que atraviesan medios, redes y percepciones sociales, configurando un entramado de deshumanización estructural que legitima desigualdades y reproduce vulnerabilidades.

En el ámbito institucional, el actual gobierno nacional no solo ha desmantelado políticas específicas para abordar las violencias de género, sino que también niega su existencia. Cada 32 horas muere una mujer a manos de un femicida, pero esta violencia no se reconoce como tal. Desde el inicio del mandato, se han cerrado y desfinanciado áreas clave para la prevención e intervención, deslegitimando el trabajo acumulado por los feminismos. Este abandono institucional, político y económico se combina con un clima social y cultural permeado por discursos de odio y desprecio hacia los feminismos, las diversidades sexo-genéricas y sus conquistas. Incluso sectores que se consideran progresistas sostienen que la agenda feminista y de diversidades está pasada de moda o no pertenece al orden de lo urgente.

El triple femicidio no puede comprenderse sin considerar la precarización estructural de la vida de ciertos sectores, especialmente de mujeres y diversidades de barrios pobres. La intersección entre violencias de género, pobreza, precariedad laboral y limitaciones en el acceso a derechos fundamentales: salud, educación, trabajo, vivienda, alimentación y cuidados, sitúa a estas personas en un riesgo desproporcionado frente a las violencias. En este contexto, los cuidados no son un agregado opcional, sino un derecho humano universal e ineludible: abarca el derecho a ser cuidado, a cuidar y a auto-cuidarse.

Comprendidos políticamente, los cuidados trascienden la esfera doméstica y la asistencia individual. Garantizar vidas dignas y libres de violencias es una responsabilidad colectiva del Estado y la sociedad. En este sentido, los cuidados se constituyen en prácticas políticas, sociales, comunitarias y afectivas que distribuyen responsabilidades equitativamente, de modo que nadie cargue solo con las consecuencias de las violencias sexistas o las desigualdades. Además, transforman emociones en acción. La indignación, el dolor y el miedo frente a las violencias de género no permanecen en el plano afectivo de la intimidad: se canalizan en acciones colectivas y políticas que reclaman un Estado presente y comprometido con la vida de todas las personas.

Desde los feminismos populares, los cuidados se articulan con la justicia social, la redistribución de la riqueza, el acceso a derechos sociales, políticos y económicos, la prevención de las violencias sexistas y la construcción de vínculos de acompañamiento y protección. Se convierten, entonces, en herramientas para disputar jerarquías de valor de las vidas y reducir la exposición desigual a riesgos y desigualdades estructurales. Garantizar cuidados no significa solo asistir a quienes sufren, sino intervenir políticamente sobre las condiciones que generan vulnerabilidades y desigualdades. Promover sociedades donde la protección, la solidaridad y la vida digna sean derechos exige medidas institucionales de corresponsabilidad, integradas en políticas públicas, prácticas comunitarias y acciones colectivas. Los cuidados se presentan, así, como eje fundamental de justicia social y transformación estructural.

El triple femicidio también revela cómo ciertas vidas son socialmente valoradas de manera desigual. No todas las muertes provocan igual indignación ni generan los mismos reclamos de justicia; no todos los cuerpos reciben igual visibilidad ni acceso a protección estatal. La noción de “vidas desechables” permite comprender cómo las políticas de ajuste y recorte deciden quién puede vivir y quién puede ser dejado morir. En este marco, las vidas de mujeres jóvenes, pobres y disidentes se encuentran en la intersección de múltiples factores de vulnerabilidad. En el caso de Lara, Morena y Brenda, estas vulnerabilidades se combinaron en un contexto donde la presencia estatal se limita a la represión o la indiferencia. Las notas de Anfibia o LatFem² destacan cómo la cobertura mediática reforzó la idea de que estas vidas eran “menos valiosas”, a través de imágenes estigmatizantes y el enfoque en su supuesta marginalidad, en lugar de priorizar políticas de prevención y cuidado.

No hay buenas o malas víctimas, solo femicidios. La construcción de la “mala víctima” funciona como un dispositivo disciplinador y deslegitimador social: al situar a las mujeres asesinadas en una posición de culpabilidad moral, se naturaliza la violencia y se normaliza la crueldad social. Esta crueldad tiene un componente afectivo que no puede ignorarse: existe un goce implícito en la reproducción de estereotipos que generan indignación selectiva. Estos afectos circulan, se contagian y producen adhesiones colectivas;

2 Ibidem. Y Orellano, G. (2025). *Putas, pobres y chorras: las malas víctimas*. Recuperado de <https://latfem.org/putas-pobres-y-chorras-las-malas-victimas/>

comprenderlos es clave para entender cómo se construyen y funcionan las jerarquías de valor de las vidas humanas.

Los feminismos populares han desarrollado herramientas críticas para interrogar estas jerarquías y denunciar la naturalización de las violencias contra cuerpos feminizados, pobres y racializados. Desde la perspectiva de los cuidados y la justicia social, se enfatiza que las violencias no son hechos aislados, sino parte de un entramado estructural que atraviesa todas las dimensiones de la vida de quienes históricamente son vulnerabilizadas.

Tal como afirma la Opinión Consultiva 31/2025 de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, la protección de la vida y la garantía del cuidado son derechos fundamentales, y las desigualdades en su distribución generan inequidades de riesgo y exposición a la violencia. Comprender los cuidados como derecho universal permite interpretar la exposición diferencial de mujeres y diversidades de barrios populares como un déficit en la provisión del cuidado social. Este enfoque sitúa la responsabilidad más allá de la moralización de las víctimas, desplazándola hacia el Estado como garante de derechos fundamentales que hacen posible una vida digna. En este marco, la noción de cuidado transversal, reconocida por la Corte Interamericana, establece un estándar ético y normativo: todas las vidas deberían recibir protección efectiva, ser valoradas y apoyadas, y ninguna vida debería considerarse desechable.

La dimensión afectiva es clave para entender por qué los feminismos populares insisten en estos debates. Dolor, indignación, rabia y goce colectivo de la crueldad se entrelazan: estos afectos circulan en medios y redes, moldeando percepciones sobre quién merece atención y quién puede ser descartado socialmente. Afectos de repulsión, desprecio y fascinación frente al dolor ajeno generan un consumo social de la crueldad. Esta perspectiva explica por qué es indispensable retomar los debates con enfoque crítico, no moralizante, pero profundamente político y afectivo. Desde los feminismos populares se enfatiza la articulación entre análisis de riesgos, políticas de cuidado y estrategias comunitarias de protección. Identificar “vidas desechables” no es solo describir un fenómeno, sino utilizarlo como herramienta política para exigir cambios estructurales en educación, salud, vivienda, empleo y acceso a la justicia.

La perspectiva de cuidado tiene valor normativo y analítico: permite explicar por qué ciertas vidas están más expuestas a la crueldad y cómo la acción colectiva puede transformar estas condiciones. La articulación entre activismo y cuidado también implica formación política afectiva: enseñar a reconocer vulnerabilidades, intervenir sin revictimizar y distribuir responsabilidades equitativamente. Esta pedagogía de cuidado permite que comunidades afectadas desarrollen herramientas de prevención y respuesta frente a la violencia estructural. Constituye un espacio de resistencia frente a la ausencia estatal: afirmar que todas las vidas importan, que todas merecen protección y posibilidades, y que ninguna puede considerarse desechable.

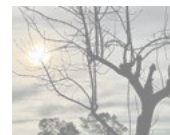
En medios y redes, los feminismos populares disputan los sentidos impuestos por discursos de odio y fascinación por la crueldad. Transformar la indignación selectiva en acción colectiva requiere visibilizar la vida de quienes sistemáticamente son ignoradas. Esta disputa simbólica forma parte integral de la acción política: cuestionar quién merece ser llorada, protegida o recordada pone en tensión la jerarquización social de las vidas. La acción feminista se convierte así en estrategia de justicia afectiva y material, interpelando instituciones estatales y la opinión pública. A su vez, esta acción política se articula con la producción de conocimiento: investigaciones situadas en barrios, escuelas, universidades y espacios de trabajo permiten mapear desigualdades de riesgo, identificar necesidades y proponer políticas integrales de cuidado. La investigación feminista no es neutral: es acción política, con el objetivo de transformar condiciones de vida y garantizar derechos, más allá de los discursos oficiales que invisibilizan problemas de violencia y precariedad.

El activismo feminista popular también tiene efecto pedagógico sobre la sociedad: demuestra que la violencia estructural no es destino inevitable, sino problema político y social que puede interrumpirse mediante políticas de cuidado, solidaridad y corresponsabilidad. En ese sentido, despliegan estrategias de visibilización y acompañamiento que evidencian cómo la desigualdad de acceso a cuidados y protección es la base de la exposición diferencial a violencia y crueldad.

De este modo, se establece un vínculo entre teoría feminista, acción política y vida cotidiana, donde la producción de afectos colectivos se convierte en instrumento de transformación social. Finalmente, el enfoque de cuidados recuerda que proteger no es tan

solo un acto policial ni una sentencia: es un entramado de relaciones, políticas y afectos que sostiene la vida desde la raíz.

Garantizar vidas dignas implica considerar educación, salud, trabajo, vivienda y seguridad como derechos universales, inseparables del derecho a ser cuidado y a cuidar. Reconocer el cuidado como derecho humano y transversalizarlo en la acción feminista permite transformar la indignación frente a los femicidios en acciones concretas que reconfiguren nuestras comunidades: más justas, solidarias y capaces de sostener la vida de todas. Proteger no significa castigar, sino luchar por construir condiciones para que ninguna vida pueda ser considerada desechable.



Roma se dice de muchas maneras

CECILIA ABDO FEREZ (CONICET/UBA/UNA)
7 DE OCTUBRE DE 2025

El libro que presentamos está puesto bajo la figura del palíndromo. Así reza el título: “Amor a Roma” es una de esas frases que puede leerse igual, según se empiece de izquierda a derecha o al revés. El palíndromo, que resulta gracioso para quien lo descubre o que puede verse incluso como una figura retórica universalista –porque involucraría las direcciones de lectoescritura occidentales y también las orientales–, aparece solo al inicio del libro de Eduardo, pero creo que es su clave de interpretación. Eduardo parece decir, en este libro, que las cosas pueden leerse del derecho y del revés, según la perspectiva de quién mira, según qué y hacia qué momento mira y cuáles son sus pasiones e intereses al mirar. Roma, ese fetiche del pensamiento político occidental, no es la misma cuando pronunciada por Coriolano, por Catón, por Porcia, por Andrés Rosler, por Agustín

Laje, por Santiago Caputo o por Eduardo mismo. Los nombres propios, en este libro sutilmente leibniziano, condensan biografías y trayectorias distintas y por eso, siempre está la pregunta de qué Roma, cuál Catón, cuál Porcia, cuál Bruto, entre la pluralidad de los posibles en tiempos distintos, entre la pluralidad de los efectivamente existentes.

No hay *una* Roma, dice Eduardo. Porque no hay “una sociedad”, con “unos valores” en “un” tiempo presente, plenamente idéntico a sí mismo. Entonces, el palíndromo no es el $A=A$ que supone la reversibilidad lógica, sino que ir de izquierda a derecha o ir de derecha a izquierda, cuando se trata de historia, produce la desconjuntura de los términos, antes que la mismidad. Historia y lógica –en este libro también muy hegeliano– no se identifican, sin embargo. El palíndromo aparece como el enigma de cómo volver a Roma, qué vueltas son autorizadas y cuáles son caprichosas; o mejor, el palíndromo es el enigma de cómo Roma sigue acá, entre nosotros, con una persistencia que precisa de direcciones de lectura y de interpretaciones situadas. Precisa de desmalezar.

El palíndromo supone y desconjuntura la reversibilidad. En una primera acepción, Eduardo parece ver en el palíndromo la figura que permite pensar que hay discusiones posibles sobre qué significa el republicanismo y cómo eso puede existir acá. La discusión sobre los republicanismos posibles, ahora en plural, es sobre todo con Andrés Rosler. Con Andrés Rosler –y retomando lo que Eduardo ya había adelantado en un libro anterior: *Qué cosa la cosa pública*, del que este quiere ser una apostilla, una corrección o una continuidad mejorada–, el debate es en torno a la habilitación a poner en conjunto república y liderazgos populares. Eduardo cree que la convivencia entre república y liderazgos populares no solo es una combinatoria aceptable, azarosa, excepcional, sino que los pueblos *tienden a darse* esos liderazgos y entonces, o bien se parte de esa constatación de la experiencia y el gusto popular, o bien se piensa en repúblicas aristocráticas, antipopulares y restringidas. El argumento no parte del ideal, sino de la *verità effettuale* de la cosa: sea o no sea el ideal el que existan liderazgos populares en una república, esto de hecho sucede, si involucramos (si interesa involucrar) a los pueblos en ellas, y por eso, hay que partir de esa experiencia histórica, antes que de la queja o de la obstinación teórica con lo que debe ser.

En la discusión con Andrés Rosler —que es también el nombre que condensa muchos otros nombres posibles—, Eduardo distingue entre tipos de cesarismo, entre cuál fue la supremacía de Cayo Julio César, el último de los líderes populares de la república romana, antes de su caída (esto es: “al tipo de dominación en que un jefe político podía, gracias al apoyo del ejército, gobernar a distancia de los intereses particulares de los distintos grupos enfrentados y por eso, atender mejor a los intereses comunes de todos ellos”)¹ y el cesarismo, que alude a la forma de ejercicio de poder absoluto de un hombre durante el imperio. Distingue también entre cesarismo y bonapartismo, al que define marxistamente como esa forma de dominio vacilante en situaciones de empate hegemónico, que carece de limitaciones republicanas.² Cesarismo, entonces, se dice de muchas maneras.

Ahora bien, si el palíndromo es la figura que habilita a pluralizar las referencias históricas y los nombres propios —esto es, en palabras de Eduardo, que “Roma se dice de muchos modos”— y entonces al modo Rosler se puede sumar el modo Eduardo, no toda lectura es válida. Hay un límite a las reversibilidades. No toda lectura de Roma es legítima. Hay algunas que son una burda falsificación. Y no del tipo farsesco, teatral, mascarado, dramático, que Eduardo parece adscribir a la existencia misma *de* y *en* una sociedad capitalista, donde ningún actor está a la altura de ningún papel (la lumpenburguesía, el lumpenaje, los rotos y descosidos por doquier), porque todos ellos están involucrados en una forma *imposible* de sociedad, sino que son estamos ante una falsificación que ni siquiera podría estar invitada a participar del drama del presente. Esta falsificación que pone el límite al palíndromo está en la lectura que las derechas contemporáneas hacen de Roma, que Eduardo describe como una inversión de la interpretación clásica de Montesquieu en el libro *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos*. Si Montesquieu entendía, maquiavelianamente (y con él, todos nosotros), que la grandeza de Roma estaba en haber sido una república que había podido alojar en sus instituciones al conflicto social entre patricios y plebeyos, entre los nacidos y criados y los foráneos, entre los privilegios de unos y las demandas de derechos de otros, las derechas contemporáneas vuelven a Roma para, desde ella, echar una sombra admonitoria sobre el presente: la Roma célebre, la Roma añorada, no sería la república, con su

1 Rinesi, E. (2025). *Amor a Roma*. Buenos Aires: Ubu p. 57.

2 Ibid., p. 79.

conflicto virtuoso e institucionalmente canalizado, con su tendencial democratización, sino que justamente ahí estaría la decadencia, de la que hay que salir para dar lugar al imperio. Eduardo no se toma muy en serio estas admoniciones, pero las trae a colación –junto al artículo de Carolina Rusca, de la UNC–, para burlarse de lo payasesco de las alusiones a, por ejemplo, un Milei emperador. Ese sería el límite a las reversibilidades, o cuando el palíndromo ya no es aceptable: hay allí una falsedad de un hecho histórico, antes que una discusión sobre lecturas políticas posibles, que tomen a esos hechos como hechos, no sujetos a interpretaciones.

Arendt recorre el texto de Eduardo. Lo recorre en este límite al palíndromo, en este límite que viene del respetar a los hechos (la evocamos: se podrá discutir quién tuvo razón en la Segunda Guerra, pero nunca se podrá decir que Polonia invadió Alemania). No cualquier Roma es válida como interpretación, sin falsear la historia, dirían Eduardo y Arendt. Pero Arendt está presente también en una contraposición que Eduardo traza entre ella y su concepción de historia y la de Hegel, en el segundo ensayo del libro. En este segundo ensayo, el republicanismo queda del lado de Arendt. Si Hegel mostraba cómo la ironía de la historia desmentía a los que aparecían inmediatamente como vencedores y vencidos e imponía así sus razones en el tiempo, para Arendt, pensar de este modo era imposible. Escribe Eduardo: “Arendt, sabemos, no creía mucho en esas pretenciosas filosofías de la historia, y por eso podía pensar que en la historia había, sí, causas simplemente derrotadas, dejadas al costado de la ruta o el camino”.³ Si Arendt tiene razón (Eduardo lo pone en condicional, pero no hay tal condicional), entonces la historia está abierta y cabe la posibilidad de retomar la causa de los vencidos. Sí. Pero hay algo más. Si la historia es apertura y posibilidad, eso quiere decir también, dice Eduardo, que la causa de los derrotados no es siempre la misma, ni son siempre los mismos los derrotados. Esto es, que la historia no es monotemática ni identitaria, que la repetición no puede ser idéntica, o –podríamos traducir en argentino– que no hay revisionismo histórico, con la invariabilidad de las fuerzas en pugna. Ese sería, dice Eduardo volviendo a Arendt, el verdadero espíritu del republicanismo: el tomarse a la historia como la acción en pos de causas que no están disponibles y que fumando esperan, sino que hay que hacer el esfuerzo por retomar, en un retomar que implicará un cambio. El tomarse la historia como

oportunidad y contingencia, antes que como evolución, racionalidad y destino sería el verdadero espíritu del republicanismo, arendtianamente dicho. El tomarse a la historia como posibilidad para la acción, antes que como ilustración y progresismo, a los que se pone juntos en este libro.

Pero Hegel ni por causalidad queda fuera de juego después de este *round* en el segundo ensayo. La escritura de Eduardo se apropia en este libro de la matriz cómica que le atribuye a Shakespeare y ella le permite decir cosas fuertes, pero suavizadas por el humor, disimuladas por ciertas búsquedas detectivescas, por tonos confesionales, por referencias a estudiantes y a colegas, por la remisión a geografías como Córdoba, Rosario, Los Polvorines o la UBA. Esta matriz cómica hace que el/la interlocutor/a deje pasar afirmaciones, genere empatía, las asimile, vuelva sobre los mismos puntos y avance en pliegues laterales, que muchas veces cambian los puntos de referencia. Se confía. Entonces, Arendt aparece como el espíritu del republicanismo en el segundo ensayo, pero ese espíritu se sublima en el de Hegel, Marx y Shakespeare, la tríada central del libro, que se remite entre sí, y que hace de Arendt un pliegue, muy necesario, pero una veta, dentro de una pintura mayor.

Hegel es una presencia central del libro. Es al único al que no se lo corrige. Dice Eduardo que Marx copió a Engels y nunca citó que fue él el que le dijo que Hegel había escrito, “en alguna parte” (y Miguel Vedda debía saberlo con certeza), que la historia se repetiría dos veces, una como tragedia y otra como comedia. Dice Eduardo que Shakespeare copiaba medio atolondrado de las *Vidas* de Plutarco y confundía fechas. No están en pedestales, ninguno de los tres. Pero a Hegel, en cambio, se lo toma al pie de la letra. No se está de acuerdo con su filosofía de la historia, pero sí con su lectura de Roma. Que es la lectura clásica: la que hace de cada régimen una fase necesaria pero fase al fin y por eso, de lo que se trata es de ver qué ocasiones harán mover lo que ya está caduco, estructuralmente. Se trata de la necesidad y de la ocasión. Pero también de la repetición en la historia, del doble, que es un movimiento que confirma lo ya producido, pero no cuajado. Porque de eso se trata este libro, en particular: del tiempo, de cómo interpretar el tiempo en la historia política, de cómo apurarlo, cómo retrasarlo, cómo abrirlo.

Se lee entonces a Marx en relación con Hegel. Al Marx en particular del XVIII Brumario, en donde, según Claude Lefort, conviven dos concepciones de historia: la del progresismo y la ilustración y la de “la danza macabra de sombras que han perdido sus cuerpos”; esto es, la de la historia dramática. Aquí Marx, lector de Shakespeare, habla de una “poesía del pasado” que cumple distintas funciones de acuerdo con la revolución que la cita. Hay revoluciones, como la burguesa de 1789, que debía invocar esa poesía del pasado romano para inflar un contenido que no estaba a la altura. Otras, como la de 1848, tienen un contenido que encontraría su corsé en esa remisión a la poesía del pasado, porque aquí “el contenido desbordaba la frase”. Entonces, hay por un lado una necesidad de mascarada, de retorno estético al pasado para legitimar un presente de fuerzas en pugna. Hay un tiempo fuera de quicio pero constitutivamente, no como excepcionalidad, que en los momentos cúlmines como los de una revolución directamente se viste con ropajes antiguos para poder transitar esa excepción y, cuando lo logra, abandona esos ropajes y vuelve a la normalidad en la que esa desconjuntura del tiempo se atempera, sin desaparecer. Esas sombras que no tienen cuerpos o bien presionan sobre los cuerpos vivos, para encarnar en ellos, para entrarles, o bien son esos cuerpos los que las conjuran, las invocan, para tener más fuerza mezclados con ellas. Lo importante de este movimiento de doble solicitud descolocada es que no hay soberanía de los actos del individuo sobre el presente, dice Eduardo, porque las sombras invocadas o metidas a presión en el cuerpo vivo que actúa le impiden a un individuo ser el dueño excluyente de sus acciones. Esto es: esta concepción dramática de la historia cambia radicalmente el estatuto del individuo soberano, dueño de sí, pleno en el presente, autor consciente de lo que hace, y por tanto, cambia también como pensar su libertad.

La libertad es un tema también central del libro. Que aparece lateralmente evocado, en este capítulo sobre Marx, pero también en el primer ensayo, sobre Coriolano. Coriolano era un patricio romano que tuvo una actuación decisiva en la batalla de la ciudad de Corioli. Sin embargo, a pesar de la gloria, se lo condenó al exilio porque estaba en contra de los derechos que Roma iba concediendo a los plebeyos. Extrañamente, Coriolano es leído por M. Walzer como un precursor del individuo moderno y, por tanto, del liberalismo, en tanto sería un desafiliado de los valores de la ciudad. Eduardo, siguiendo a Celine Spector, corrige este punto. Coriolano no era un desafiliado sino todo lo contrario, un

sobrefiliado, un leal en extremo a los valores de la ciudad, o mejor de *una* ciudad, de *una* Roma, que estaba perdiéndose: la Roma de los patricios. Tal era su lealtad a estos valores, tal su exceso de adhesión, tal su fanatismo, que Coriolano muestra la “tragedia de la afiliación”, esto es, la hostilidad al cambio. Coriolano es tan devoto de una Roma pasada, que no puede vivir en la que viene perfilándose.

No es en él en quién puede verse cómo Shakespeare fue un precursor de los tipos de la política moderna –tal la hipótesis de Eduardo–, sino en Shylock, con su idea de derechos para actuar mal, y en Edmund, el hijo bastardo del conde Gloucester en *El Rey Lear*. En Edmund aparece el tema de la libertad. Edmund es un hijo extramatrimonial. Viene de la nada, no le debe nada a nadie. Su ruptura tanto respecto del deber como de los derechos, como de la herencia, lo vuelven un sujeto de la libertad “natural”, como le llama Eduardo, siguiendo a Juan Manuel Rodríguez. Cito: “Edmund se enfrenta a esa nada originaria de su nacimiento, a esa nada que es, y que el bastardo ve menos como un límite que como una posibilidad. Edmund es, para decirlo rápido, el hombre sin atributos, sin identidad, sin legitimidad, sin nada, y hace de esa nada originaria de la que surge, la condición misma de su tremenda, despiadada libertad. Una libertad natural, no convencional, no civil, no política. Una libertad que resulta de la misma ajenidad que experimenta respecto al mundo de las convenciones, los deberes y la ley. Edmund no le debe nada a nadie. Edmund es un *self made man*. No reclama nada, no reclama el derecho a hacer el mal (*the right to do wrong*: tal el principio fundamental, escribe Andrews hablando de Shylock, del liberalismo): simplemente lo hace. No es un *right clamant*: es un hombre libre”.⁴

Edmund se bate a duelo con su hermano legítimo, Edgard, y a punto de morir, decide ir contra su naturaleza de villano y libre como es, hacer por esa vez el bien, decirle a su hermano dónde está Cordelia y evitar su muerte. Ahora bien, esta libertad (contra el orden social, contra las convenciones, contra el deber, contra los derechos, contra la propia naturaleza), dice Eduardo: “Esa libertad es, por supuesto, incompatible con ningún orden político estable, y por eso, para que sobre el final de *Lear* podamos vislumbrar el horizonte de ese orden político futuro, *Edmund debe morir*”.⁵

⁴ Ibid., p. 33.

⁵ Ibid., p. 35.

Ahora bien, si esto fuera así, entre libertad (natural) y política se abriría un abismo. La libertad quedaría del lado del rebelarse a todo, incluso a la propia naturaleza, y excluida de un orden político. Sin embargo, no es esta la idea de libertad de Eduardo. En una conferencia homenaje a Emilio de Ípola, que quiero traer a colación, leída a principios de este mes en las X Jornadas de Estudios Políticos de la UNGS, aparece cómo Eduardo piensa la libertad en lo político. Eduardo repone la lectura de De Ípola del cuento “La muerte y la brújula”, de Borges, para desmentir la interpretación clásica que hace de uno de los personajes, Red Scharlach, el engañador perfecto del otro, el detective Lönnrot, que encontraría su muerte siguiendo el hilo de las pistas dejadas para él. De Ípola desmiente que haya un personaje activo y otro pasivo, uno consciente y otro engañado, en ese cuento, para decir que Lönnrot encuentra su muerte por un acto deliberado, justamente porque sabe que va a ser asesinado y así lo elige, porque es un suicida. Esta reposición del cuento sirve como metáfora de la relación entre estructura y acción: para De Ípola y para Eduardo (y podría incluirme en la tríada) hay política porque “los actores no están determinados, en sus acciones en el mundo, por ninguna estructura todopoderosa ni por ninguna ley de cumplimiento obligatorio, y por eso mismo el pensamiento teórico sobre la política debe, contra las “eufóricas certidumbres” de los “grandes edificios conceptuales de la reflexión social e histórica del siglo diecinueve y comienzos del veinte” (y De Ípola aclara, en nota al pie: los bolcheviques, los discípulos de Rosa Luxemburgo, los marxistas-leninistas de temperamento mimético y secreta vocación religiosa, los fundamentalistas islámicos o de cualquier otra observancia, los filósofos de la historia al estilo de Hegel...)” hacer suya la comprensión de que “más allá de toda garantía, más allá aún de las ‘condiciones objetivas’, hay en el actuar político un indispensable coeficiente de apertura y de apuesta sin el cual carecería lisa y llanamente de sentido”. Esto es, parafraseo, que la libertad aparece ligada a la acción en política —otra vez Arendt—, y no más allá de ella, y no como su alteridad excluyente: aparece ligada a la posibilidad (incluso a la posibilidad fracasada o justamente *en* la posibilidad fracasada) de ir contra la norma, la convención, el orden social, el deber y las habilitaciones del derecho, pero *en medio de* ellos mismos y no por fuera. Algo que también aparece en Hegel, si pensamos la necesidad constitutiva de la transgresión para y en el derecho.

Otra manera de pensar la libertad en este libro se lee en el rol de ciertas mujeres. En algunos casos, las mujeres aparecen como la ocasión necesaria para cambiar el orden. Es el caso de la violación de Lucrecia por el hijo del odiado rey Tarquino, que provoca el golpe de estado que da lugar a la república romana. Lucrecia no es solo violada, es también la que después de abusada llama a su marido y a su padre para que generen el golpe y la que se suicida, para confirmar los valores a los que está ligado el género femenino en la república: la castidad y la modestia (*puditia*). El suicidio también está en la Porcia antigua, que come brasas de la cocina, como una manera de mostrar su rechazo a la exclusión de las mujeres de la vida ciudadana en Roma. Está también en la Porcia de *El mercader de Venecia*, que se traviste de abogado varón para poder quedarse con la fortuna que le había dejado en testamento su padre. Las mujeres aparecen marcando cómo los valores asociados socialmente al género las aplacan, excluyen, limitan y toman en la adhesión o en el rechazo de esos valores una forma de ejercicio de la autonomía. Son, sin embargo, heroínas aisladas, algo sacrificiales, movidas a veces por un ideal que asocian con las figuras de padre, hermano o guerrero cercano, que buscan cierta igualación en el ejercicio de actuar. En su búsqueda de autonomía, en su estar/en/para la ocasión, en su inconformidad con el rol (no) asignado, se ganan un nombre propio y asumen una forma precaria pero incipiente de libertad. Existen, lo que no es poco, en medio de una Roma guerrera, expansionista, viril, heroica, célebre: algo de esa Roma es por suerte una poesía del pasado que las mujeres podemos invocar, para burlarnos en cofradía.

Este es un libro precioso. Leerlo es entablar una conversación en la que se impone la oralidad marcada de Eduardo. Eduardo vuelve dones a sus obsesiones, las comparte como herramientas para pensar un presente que con ellas se torna mucho más rico, mucho más atractivo, mucho más estético, mucho más abigarrado y profundo que el que vemos a simple vista. De la lectura de este libro no se sale, sino que se entra en escenarios, como si esa distancia teatral permitiese medir mejor en qué punto del drama nos encontramos y como si esa distancia permitiese una risa subversiva.



Imaginarios de futuro frente al t́anatos epocal

JAZMÍN STEUER (UNCAUS)
13 DE OCTUBRE DE 2025

Durante el mes de octubre acontecen dos fechas importantes para el campo de la salud mental. El 10 de octubre tiene lugar el Día Mundial de la Salud Mental, promovida desde 1992 por la Federación Mundial de Salud Mental para concientizar a la población sobre los problemas de salud mental. Mientras que el 13 de octubre, en Argentina, se conmemora el Día Nacional del Psicólogo y Psicóloga, en alusión al primer Encuentro Nacional de Psicólogos y Estudiantes de Psicología que se realizó en la Provincia de Córdoba en el año 1974, organizado por la Confederación de Psicólogos de la República Argentina (CoPRA), precursora de la actual Federación de Psicólogos de la República Argentina (FEPPRA).

Fechas cercanas que entrelazan el campo de la salud mental, vasto y rico en nuestro país, con una historia caracterizada por su ética, y su permanencia en un presente como terreno de construcción y afirmación de un proyecto duradero.

Desde este campo vemos proliferar en la actualidad los cuadros de angustia, ansiedad, ataques de pánico, enfermedades psicosomáticas que emergen como descargas afectivas ante la dificultad de elaboración psíquica. Al tiempo que la individualidad se hace marca de época y la ley social pierde su fuerza, llamando a la sanción por mano propia: cancelaciones, condenas sociales, etc., horadando las posibilidades de reflexionar sobre las condiciones para vivir juntos en las diferencias.

En el texto “El malestar en la cultura”, Freud refiere, a propósito de los fundamentos de la vida en común, que la convivencia de los seres humanos tuvo un doble resorte: la compulsión al trabajo –creada por el apremio exterior–, y el poder del amor –al humano no pudo serle indiferente que otro trabajara con él o contra él–; el otro adquirió el valor de colaborador. Eros y Ananké, amor y trabajo, se convirtieron en los generadores de la cultura. Tiempo después dirá Lacan sobre el amor, que es dar lo que no se tiene a quien no lo es. Dar y recibir. Exigencia de trabajo sobre el narcisismo. El amor no es solo una experiencia, es la condición para que exista un sujeto, que no es sin un alter. Sujeto social. Condición ineludible.

Hoy se torna necesaria tal aclaración; corren tiempos donde el simulacro cobra tal alcance que se cree en la posibilidad de que el chat GPT o cualquier IA pueda amar (u odiar), distrayéndonos de lo irreductible de lo humano –sus pasiones –, y del destino de los simulacros: la desarticulación con la realidad, el aflojamiento del lazo social, la emocionalidad sin mediatización simbólica –la crispación–, la instalación de la paranoia y la depresión. El ejercicio de lo mortífero.

El campo de la salud mental acciona desde sus basamentos dando lugar al reconocimiento de las diferencias. Trabaja con las fragilidades, los sufrimientos, en el intento de hacer de los abismos y los precipicios, lugares con menos alturas y más llanuras. Habilita experienciarse, subjetivarse, pensar, pensarse, pensar con otros; la posibilidad de narrar, de legar, de ser legado, constituir potencias afirmativas del deseo, del existir.

En la época actual que impone habitar en una dimensión sin origen, ni horizonte, el campo de la salud mental propone construir la dimensión histórica, donde solo allí hay posibilidad de un imaginario de futuro.

En un mundo que consigna que se puede tener todo, al tiempo que desmiente la destrucción de las condiciones materiales de vida que hacen posible tener –algo–, se instala una relación hostil con la realidad, reeditándose fantasías infantiles en clave persecutoria: “si no se puede todo es porque el otro no da lo que tiene”. El campo de la salud mental viene a desarticular la paranoia, que es precisamente la imposibilidad de ver al otro como un prójimo.

En el empuje a la desregulación pulsional –se puede decir cualquier cosa–; el campo de la salud mental viene a recordar que el “cualquier cosa”, es la pulsión de muerte operando.

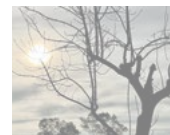
De este modo, podemos comprender por qué en determinados momentos históricos a este campo se lo hostiliza, se lo hostiga. Desde la prohibición del ejercicio profesional (auxiliares de la psiquiatría) de 1967 a 1985 al vaciamiento de servicios y centros de salud mental; en la lucha por la autonomía profesional y en el derecho a la atención abreva el latir de la historia de la Salud Mental en Argentina.

En la actualidad, este campo tiene el desafío de responder a la vertiginosidad de la época, al incremento de la pulsión de muerte como acción desligadora. Vertiginosidad que contribuye al desinterés por los asuntos públicos; no solo por la exacerbación del individualismo, sino por la sustracción de la temporalidad que requiere toda construcción de lazo social.

Y si hablamos de amor y trabajo como fundantes de la cultura, se pone a jugar un gran concepto de la clínica: la castración simbólica –el “no se puede todo”–, que abre la posibilidad a la sublimación de llevarse a cabo. Castración simbólica y socialización del psiquismo son prácticamente sinónimos; es decir, todos los topes que se le va poniendo a la pulsión para encauzarla en términos de permitir la vida en común y que propician la función de ligadura necesaria para la constitución de un yo y de un cuerpo social.

Por ello, el campo de la salud mental no es un terreno técnico de recetas, es un campo ético que posibilita la existencia de lo humano, desde lo humano, no su simulacro.

Lo acontecimental del amor es anoticiarse del otro; la ruptura del solipsismo, donde la crueldad no tiene margen de maniobra. Ese acontecimiento es el motor del campo de la salud mental. Este día celebramos sus modulaciones en la historia, su vigencia y la fuerza de una malla donde los aspectos amorosos, ligadores, y sus potencias concomitantes, serán los que posibiliten contener y transformar los efectos del tánatos epocal.



Jujuy: el laboratorio de la represión

Entrevista a Eli Gómez Alcorta
y Valeria Vegh Weis

POR MAURO BENENTE (UBA/UNPAZ)
15 DE OCTUBRE DE 2025

El inicio del mandato de Gerardo Morales como gobernador de Jujuy coincide con la detención de Milagro Sala y la persecución judicial –no solo penal– a la organización Túpac Amaru. Eli Gómez Alcorta y Valeria Vegh Weis, autoras de *Jujuy: El laboratorio de la represión*, señalan que en la provincia del noroeste se puso en práctica un dispositivo que luego tendría alcance nacional: el punitivismo neutralizador, destinado de suprimir la capacidad de agencia de las disidencias políticas.

Mauro Benente: En el libro plantean que el mandato de Gerardo Morales en la provincia de Jujuy (2015-2023) configuró un laboratorio represivo que luego se expandió a nivel federal. ¿En qué consistió ese laboratorio? ¿En esa expansión que ustedes identifican, hay matices y líneas de discontinuidad con aquel ensayo experimental o hay réplicas muy similares?

Eli Gómez Alcorta y Valeria Vegh Weis: Es casi de manual. Las estrategias que se usaron en Jujuy se empezaron a replicar a nivel nacional, primero con Macri y ahora en forma desmedida en el gobierno de Milei. Las lógicas del punitivismo neutralizador observadas en Jujuy y luego reiteradas a nivel nacional dentro del sistema penal incluyen la represión de la protesta por parte de las fuerzas de seguridad, la utilización de detenciones arbitrarias y la generación de tantas causas judiciales como sea posible, incluso por hechos triviales sobre los que no se puede avanzar judicialmente. También se observa la reapertura de causas archivadas, como en los casos de la “Balacera de Azopardo” y “Luca Arias”, e incluso en expedientes con sobreseimientos firmes de hace más de cinco años, como el “Robo del Expediente”, todos ellos seguidos contra Milagro Sala. Se suman acusaciones falsas o por hechos amparados en derechos constitucionales, incluidos actos de libertad de expresión, y el quebrantamiento de voluntades para obtener testimonios falsos en procesos judiciales, mediante premios o castigos, tal como se evidenció en las causas de Pibes Villeros, Maidana –que estaba detenido y 9 años después pide intervenir en una causa que estaba prescripta– y Cochinillo, en la causa que se conoce como de los huevos. Otra estrategia fue la manipulación de la autoría, atribuyendo la responsabilidad intelectual o la instigación de acciones como el escrache, a figuras que no fueron autores directos, como ocurrió en las causas de los huevos que le arrojaron a Gerardo Morales en 2009, y Balacera de Azopardo, donde resultó especialmente llamativo que quien declaró contra Milagro era uno de los autores directos de los hechos y luego fue liberado y sobreseído. La utilización de tipos penales abiertos, como la asociación ilícita, vulnera el principio de exteriorización, lesividad, reserva y legalidad, mientras que las condiciones de detención inhumanas impuestas por los servicios penitenciarios conforman otra de las prácticas denunciadas. Finalmente, la criminología mediática y la actuación de *influencers* funcionan como coautores de la criminalización.

Por fuera del sistema penal, las estrategias involucran la cooptación del Poder Judicial y del Ministerio Público Fiscal por parte del Poder Ejecutivo, así como la quita de personería jurídica a organizaciones sociales y la incautación de sus bienes mediante el fuero contencioso administrativo. Además, existe un control o manipulación de los medios de comunicación y las redes sociales con la finalidad de difundir versiones legitimantes de las prácticas persecutorias.

MB: Uno de los conceptos claves del libro es el de *punitivismo neutralizador*. ¿Cuáles son los alcances de este concepto? En el libro lo vinculan, pero también lo distinguen del *lawfare*. ¿Por qué la necesidad de incluir el *lawfare* en este análisis del laboratorio jujeño?

EGA y VVW: Con punitivismo neutralizador nos referimos al uso sobrecriminalizador del sistema penal dirigido a suprimir la agencia política de cualquier persona que presente una posición contraria a quienes detentan el poder del Estado –ya sea en forma organizada o espontánea, colectiva o individual– a los efectos de garantizar la gobernabilidad en un determinado territorio, a expensas de derechos constitucionales y del diálogo democrático.

¿Contra quiénes apunta? Principalmente contra dirigentes de partidos políticos, líderes y miembros de sectores organizados en agrupaciones sociales, políticas y sindicales alineados con una agenda de justicia social, y activistas que expresan alguna opinión disidente respecto del poder, pero también contra individuos aislados que adhieren a esta agenda política e incluso contra personas que están circunstancialmente en una marcha (vendedor de choripanes en la represión del 12 de junio de 2024 en la Plaza del Congreso). Esta idea de que pueden agarrar a cualquiera en cualquier momento tiene como finalidad bloquear la agencia política y busca la despolitización, la desmovilización, el miedo y el aislamiento.

Hay otra cuestión, de la que en general no se habla: la destrucción de la organización social. Siempre se piensa en la destrucción, eliminación o estigmatización de las dirigentes, activistas, personas. Pero a la Túpac Amaru, la organización liderada por Milagro Sala, le

sacaron la personería, los bienes, las fábricas. Todo esto a través de actos administrativos y judiciales ilegales, y también parte del objetivo del punitivismo neutralizador.

El fin del punitivismo neutralizador es desarticular a la organización popular que pone en jaque la gobernabilidad autoritaria, a través del terror ejercido por medio del abuso del sistema penal y producir un efecto disuasivo en toda la ciudadanía que, por miedo a ser sobrecriminalizada, acalla cualquier crítica.

Respecto al funcionamiento del punitivismo neutralizador, lo que hicimos en el libro es pasar el tamiz por sobre todas las causas en donde se repetían prácticas y estrategias que habilitaban la condena o la persecución de opositores, ya fuese individuos u organizaciones. El punitivismo neutralizador funciona a través de un abanico de prácticas político-legales que evidencian una manipulación desvergonzada de las bases democráticas. Como marcábamos, estas prácticas incluyen a todo el sistema de justicia penal y más allá.

En el libro también marcamos que el *lawfare* y el punitivismo neutralizador son parecidos, pero no iguales. El *lawfare* es un fenómeno reciente, presente particularmente en Latinoamérica, que se enfoca en especial en candidatos o funcionarios de gobierno o de espacios de tendencias políticas progresistas a través de acusaciones de corrupción y se aplica en el marco de regímenes formalmente democráticos.

La persecución de Milagro tiene algunas de estas características. Sin embargo, se inserta en un fenómeno más amplio y con anclaje histórico: el punitivismo neutralizador. Este se enfoca no solo en los líderes políticos sino en cualquier voz disidente, ya sea de actores individuales u organizados, a través del uso sobrecriminalizador –abusivo, desproporcionado y selectivo– del sistema penal. Es de larga data y ocurre tanto en regímenes formalmente democráticos como bajo regímenes totalitarios. El punitivismo neutralizador aparece como respuesta cuando los que disienten son los marginalizados, las personas LGTTQ+ y sus aliados y representantes. Muy diferente es la respuesta del Estado cuando los organizados pertenecen a los sectores privilegiados.

Finalmente, también diferenciamos al punitivismo neutralizador de la criminalización de la protesta. Esta última se enfoca en la protesta, la marcha, la movilización y usualmente queda limitada al nivel policial.

MB: El primer capítulo, y en el dedicado a la *Escalada nacional*, incluyen varias consideraciones críticas sobre el Poder Judicial, no centradas en el laboratorio jujeño sino en un registro nacional. ¿Cuáles son esas consideraciones críticas? ¿Por qué creen que los gobiernos nacionales y populares no pudieron resolver esas dimensiones críticas? ¿No había correlación de fuerzas favorable? ¿No hay formación de intelectuales orgánicos que puedan pensar y generar consensos con esas reformas? ¿Hubo convivencia entre el Poder Judicial y los gobiernos nacionales y populares?

EGA y VVW: Una política fundamental que se le escapó del campo popular es la relevancia de la reforma judicial porque hubo oportunidades para hacerla, pero parecía que era una cuestión secundaria, que ahí no se decidía el futuro político del país. Y, efectivamente, nos perdimos una oportunidad. Hoy tenemos una Corte Suprema que se podría haber reformado, que se podría haber ampliado, se podría haber federalizado, podríamos tener igualdad de género, podríamos tener una corte democrática como hubo en el 2003 con el gran Zaffaroni. El Poder Judicial no es un poder secundario, es un poder que puede definir el escenario político. Pasó en Jujuy y está pasando a nivel nacional. Entonces no era un tema secundario, no era un tema del feminismo, no era un tema de la intelectualidad de las Facultades de Derecho. Era un tema que podría moldear la situación política a nivel federal hoy.

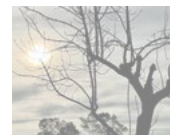
En ese sentido, las derechas y los proyectos autoritarios comprendieron cabalmente la centralidad que en esta etapa tiene el Poder Judicial, como señalamos en el libro. A apenas cuatro días de haber asumido el gobierno Gerardo Morales en Jujuy y Mauricio Macri en la Nación (el 14 de diciembre de 2015), ambos tuvieron la intención de ampliar los máximos tribunales. Uno de ellos, en Jujuy, lo logró; el otro, que intentó modificar el funcionamiento de la Corte Suprema de Justicia saltándose el procedimiento constitucional, no consiguió la correlación de fuerzas necesaria y debió esperar unos meses para designar a Rosatti y Rosenkratz en la Corte. Ambos jueces, en una Corte que en ese

momento contaba con solo tres miembros, terminaron confirmando la condena contra Cristina Fernández de Kirchner.

Consideramos imprescindible repensar en profundidad el sistema judicial, y no solo porque ha sido tradicionalmente una herramienta del poder, sino también porque actualmente resulta fundamental para sacar a los dirigentes del campo nacional y popular de la arena política y electoral. Además, el sistema judicial ni siquiera cumple con los servicios más básicos de administración de justicia en ámbitos como el laboral, el comercial, el familiar, entre otros. Se ha convertido en un poder del Estado obsoleto, que obstaculiza el acceso a la justicia: desde el trabajador que demanda a su empleador por despido injustificado, hasta la mujer que busca protección frente a situaciones de violencia o la que lucha por cobrar alimentos del padre de sus hijxs, o el vecino que tiene un conflicto en la medianera.

Por otra parte, los funcionarixs judiciales parecen alejados de ser servidores públicos que deben rendir cuentas a la sociedad. Se los ha rodeado de privilegios —en salarios, declaraciones juradas, vacaciones, etc.— con la idea equivocada de que eso garantizaría su independencia. Sin embargo, hoy en día, los operadores judiciales, en distintos niveles, mantienen vínculos con los llamados factores reales de poder.

En la estructura y práctica del Poder Judicial se pone en evidencia, más que nunca, la dicotomía entre una democracia formal y una democracia sustantiva. En este contexto, creemos que la supervivencia de las prácticas judiciales actuales, tal como están habilitadas, asegura una democracia de muy baja intensidad. Pensar y promover la construcción de nuevos esquemas de administración de justicia, con legitimidad social y democrática, constituye una deuda pendiente del pensamiento crítico y de la práctica política emancipadora. Es necesario realizar un esfuerzo por repensar una institucionalidad judicial democrática, acorde a los tiempos actuales.



Treinta años de Buenos Aires salvaje

AGUSTÍN MOLINA Y VEDIA (UBA)
24 DE OCTUBRE DE 2025

*A Juan,
que se nos fue pero aún me guía*

I

En un rapto de inspiración, suscitado paradójicamente por las formas banales que adoptaban los flujos mercantiles en la Buenos Aires menemista, Eduardo Rinesi vaticinó: “Marchamos hacia una ciudad organizada para una veloz circulación que, sin embargo, evitamos, habitada por hombres sedentarios y pasivos, conectados con el resto de la ciudad y del planeta a través de sus teléfonos, sus televisores, sus fax y sus computadoras,

mientras por las calles pululan inquietas, veloces y solícitas las motocicletas repletas de pedidos”.¹

Una exageración, sin duda, que pocos hubieran tomado al pie de la letra en aquel momento. A su vez, una viñeta imaginaria cuya reproducción casi literal en la pandemia nos deja admirados, preguntándonos si no estamos acaso frente a una clave para comprender tiempos menos excepcionales. Reproducción, destaquemos, del ensayo por el suceso, del arte por la vida, de la crítica por el mundo.

Rinesi llegó a esa imagen como condensación de dos dinámicas que lo soliviantaban. Por un lado, variación farandulera sobre una concepción liberal que convertía al pueblo en público y a los ciudadanos en espectadores de un teatro que, si podía remontarse a las conferencias de Leopoldo Lugones en el Odeón a principios del siglo XX, asumía crecientemente las lógicas del espectáculo anticipadas por otro atinadísimo exagerador, Guy Debord. A la par, mercantilización puntillosa que erosionaba el valor de uso de la ciudad, su “significación como lugar de encuentros y cambios intersubjetivos, de aprovechamiento y goce de los lugares y del tiempo urbano”,² para explotar su valor de cambio.

De estas fuerzas nacía un urbanismo hostil a las identidades barriales, los sitios de la memoria colectiva y a toda señal de vida que entorpeciera la maximización del tiempo. Ciudad-pista *alla Cacciatore* en la que los súbditos resignaban todos sus derechos menos uno, el supremo, el de circular.

II

Rinesi seguía de cerca los pasos de otro santafecino, Ezequiel Martínez Estrada, que medio siglo antes había caminado Buenos Aires para escribir *La cabeza de Goliath*. De él retomaba hipótesis específicas acerca del significado del Obelisco, el subte y la patota porteña, pero, sobre todo, una mirada microscópica que hallaba en sitios insospechados los tonos de una época.

1 Rinesi, E. (1994). *Buenos Aires salvaje*. Buenos Aires: América Libre, p. 63.

2 Ibid., p. 84.

En 1994, el repliegue privatista y fóbico evidente en los barrios cerrados se generalizaba gracias a los patovicas que, en la puerta de las discotecas, definían con criterios clasistas quién podía bailar y quién no, a flamantes gimnasios que auguraban escaleras infinitas hacia la belleza, a nuevos “derechos de admisión” en los bares, que ahora cerraban con llave sus baños, y a las alarmas automovilísticas capaces de enloquecer por varios minutos a toda una cuadra con tal de señalar a un malhechor, las más de las veces ficticio. Ese “clima cultural”, como lo llamó Lucas Rubinich unos años después, llegaba al colmo en el *Paseo La Plaza*, que en su mismo nombre operaba la transmutación de lo común en exclusivo, del ágora en teatro rentado, del espacio libre en simulacro.

Retroceso del valor de uso en favor del valor de cambio, decía Rinesi invocando a Henri Lefebvre. No obstante los afamados “ciclos políticos”, esta trayectoria prosiguió su marcha con ritmo firme. Hoy, los carteles de venta incluyen sin falta la información sobre la superficie “construible” o “vendible” de los lotes, como para que al urbanita que no leyó a Marx le quede bien claro que lo que se comercializa no es la casa que tiene frente a los ojos, con su inimitable balaustrada, sus flagrantes humedades o su pérgola, sino una oportunidad de inversión a ser compulsada con los rendimientos de la bicicleta financiera, las criptomonedas y otros desfalcos en boga. Durante meses, dichos carteles se engalanaron para afirmar en letras mayúsculas “APTO BLANQUEO”. Así, desembozadamente, se escupía sobre los transeúntes la connivencia del desarrollo inmobiliario voraz con el delito de guante blanco. Para redoblar la afrenta, en más de una ocasión el edificio anunciado aprovechaba los cambios en el código urbanístico realizados a medida de las empresas constructoras y en contra de los habitantes.

Trampa hecha ley, destrucción del patrimonio histórico y arquitectura berreta. Ciudad-demolida que porta la marca sensible de su origen abstracto. Proyectados para engrosar billeteras virtuales, los departamentos flamantes parecen diseñarse bajo el supuesto de que los moradores vivirán menos en sus cuartos que en aquellos flujos informáticos cuyo auge adivinaba Rinesi.

III

El cruce de radio y telefonía engendró al bendito celular. Retrospectivamente, las innovaciones que irrumpieron en el mercado durante los noventa parecen una sucesión de hitos efímeros a la espera de una síntesis superadora. Aún dispersos, aquellos artilugios compartían una matriz técnica y antropológica. Rinesi lo olfateó al sentenciar: “El Hombre del Movicón es la fase superior del Hombre del Walkman”.³

La humorada no debe confundirnos. Contrario a los argumentos unilaterales sobre la captación maquínica, *Buenos aires salvaje* destaca las formas de vida que explican la adopción entusiasta de dispositivos que solo a partir de ese consentimiento inicial pueden surtir sus efectos. Por esa salvedad, Rinesi llegó a una intelección clara y distinta de lo que por entonces existía larvadamente: “Ser —decía un viejo obispo irlandés— es ser percibido. Corrijamos: es ser llamado. Es poder ser encontrado siempre y en cualquier parte y recibir una docena de veces al día, en medio del neurótico movimiento de la ciudad, en medio de nuestro incesante patinaje por las calles, el reconocimiento de que estamos ahí y de que somos nosotros. Tener un Movicón es pues, antes que ninguna otra cosa, una necesidad —típicamente urbana— de autoprotección y de autorreconocimiento. Como mirarse al espejo. O como reconocerse en la pantalla de un televisor encendido en la vidriera de un negocio de venta de electrodomésticos y detenerse y hacerle señas y verificar con alivio que el otro —que es uno— las replica a la perfección, o como buscarse (y encontrarse) en la guía”.⁴

Décadas transcurrirían hasta la aparición de arrepentidos que, luego de colmar sus arcas trabajando en puestos jerárquicos para los grandes monopolios de redes sociales, manifestarían sus sentimientos de culpa por haber generado *features*, como el botón del *like* en Facebook, que desataron “loops de dopamina” (su léxico conductista sigue siendo el mismo, y de él no se arrepienten), manías de validación permanente y otras variantes de adicción destructiva. Si leyera a Rinesi podrían apaciguar sus conciencias: todo eso ya estaba ahí, plantado por una antigua forma de subjetivación que constituyó el terreno fértil para sus designios malévolos.

³ Ibid., p. 23.

⁴ Ibid., p. 24.

Más que fértil, vulnerable. Porque de eso se trata, de ingresar sonriente en la boca del lobo para, años después, preguntarse de dónde salió semejante tirano diminuto. Este malestar no pertenece a un grupúsculo de misonéistas y se extiende hasta conformar un juicio casi unánime, en el que dormita una esperanza.

IV

A principios de los noventa, todavía era verosímil, aunque un tanto ingenuo, pensar a las redes cibernéticas como un refugio contracultural. Los usuarios más avezados, no obstante, daban la voz de alerta por el avance de una mercantilización que cancelaba sus principios fundantes. En *Pandora's Box*, también de 1994, la pionera internauta Carmen Hermosillo explicaba: “los adalides de las así llamadas cybercomunidades rara vez enfatizan la naturaleza económica y empresarial de la comunidad: muchas cybercomunidades son negocios que dependen de la mercantilización de la interacción humana. promocionan su negocio apelando a la identificación histérica y el fetichismo, a la manera de las corporaciones que nos trajeron las zapatillas deportivas a doscientos dólares”.⁵

Las analogías entre ciudad y redes informáticas abundan, pero suelen omitir la homología en términos de colonización del valor de uso por el valor de cambio. En este caso las paralelas sí se tocan y conforman un círculo de retroalimentación que alcanza su paroxismo en los mapas interactivos. Bajo los auspicios de Google, la cartografía se convierte en el arte de dirigir, registrar y evaluar prácticas de consumo. Entretanto lleva agua para su molino de datos, el mapa traduce instantáneamente las distancias urbanas a unidades de tiempo indistinto y permite que viveros, salones de manicura y ferreterías aspiren a ser cinco estrellas.

La obsesión de la época, nadie puede ignorarlo, es gastronómica. Rolls de canela, *éc-lairs*, cafés de especialidad, papas rústicas, pistachos y vermouths compiten sin tregua en el cálculo infinitesimal de los placeres. Esta monomanía llevó a los cien barrios

5 Humdog, “pandora's vox: on community in cyberspace”. En P. Ludlow (Ed.), *High Noon on the Electronic Frontier*. (1996) Massachusetts: MIT, p. 439.

porteños el contraste bochornoso que Rinesi lamentaba en la calle Corrientes: veredas privatizadas *de facto* en las que unos comen mientras otros, que revuelven la basura, no se atreven ni a mirar.

V

Una de las observaciones básicas de Guy Debord descubre cómo, en la sociedad espectacular, el enriquecimiento de las representaciones se paga con el empobrecimiento de la vida. Esta fórmula magnífica se le presentó a Rinesi como dialéctica del bar y la tele. Mientras Gerardo Sofovich insistía en los aspectos reaccionarios de la mitología tanguera con *Polémica en el bar*, las pantallas trastocaban para siempre la atmósfera de restaurantes y cafetines. A la hora señalada, el habitué nostálgico podía alzar la vista para reencontrarse con aquellas formas de sociabilidad que ya no existían a su alrededor. Por esa intrusión, clama Rinesi, “la ciudad toda se va convirtiendo en un enorme depósito de aparatos de televisión siempre encendidos”.⁶

En apariencia demodé, esta red cumple una función ideológica incesante. Cuadros interesados y ficcionales simulan ser ingenuas ventanas al mundo, vías de acceso indiscutibles a *lo que está pasando*. Al predominio de los monopolios en las tevés de espacios comerciales se sumó, poco a poco, una cadena propagandística que inunda el transporte público con los venenos del emprendedorismo y la autoayuda. El grado máximo de infamia en este adoctrinamiento lo alcanzó un astrólogo que, la semana del tratamiento de Ficha Limpia, explicó a los viajeros cómo la posición de los planetas determinaba la salida a la luz de la “suciedad de la política”, para luego encontrar razones análogas a los inminentes sobresaltos financieros y asegurar que, pese a las similitudes aparentes con otros momentos de nuestra historia, la configuración inédita de los cuerpos celestes ratificaba que *esto no había pasado nunca*. Feliz coincidencia, los astros retrógrados hablan la lengua del ministro de economía.

Por supuesto, estos monitores son meros auxiliares de las pantallas táctiles. En ellas, cada rincón de la ciudad deviene escenografía para microrrelatos generados compulsivamen-

te. Respecto a este trabajo de representación vale lo que, hace más de setenta años, Roland Barthes escribió sobre el mundo del catch: “No importa que la pasión sea auténtica o no. Lo que el público reclama es la imagen de la pasión, no la pasión misma”.⁷

VI

Antes de Blumberg, el ingeniero fue Santos. En 1990, Santos persiguió a dos jóvenes que le habían robado un pasacassette y los asesinó de un tiro en la cabeza. La cobertura mediática recayó en el calvario del justiciero, sentado en el banquillo de los acusados solo por defender su propiedad. El entusiasmo de la derecha ante este episodio ilustraba, para Rinesi, la plena conciencia del nexo entre reformas neoliberales y espiral de violencia contra los excluidos. En ese contexto proliferaban carteles amenazantes (*sonría lo estamos filmando*) y tecnologías de vigilancia cuya gracia era tanto ver como ser vistas. Cámaras de seguridad por doquier, helicópteros sobrevolando la Marcha Federal y umbrales custodiados vía código de barras en las librerías. Ese *continuum* aseguraba que todos se supieran observados y alentaba la generalización de la desconfianza.

En sus reflexiones acerca del totalitarismo, Piera Aulagnier elucidó el mecanismo de la “prima pulsional”, por el cual los sujetos sometidos a un poder amenazante gozan al convertirse ellos mismos en perseguidores circunstanciales. En diálogo con Horacio González, Rinesi detectó una dinámica similar. Junto a la vigilancia, medraba la alcahuetería. Por un lado, la DGI habilitaba una línea de denuncia anónima contra los comerciantes que evadieran impuestos. Por el otro, la ONG opositora Poder Ciudadano difundía datos personales de los candidatos y sugería a sus lectores que proporcionaran cualquier información adicional que permitiera escrutarlos. De tal manera, un *pacto delationis* se instalaba en el centro de la vida colectiva, convirtiendo a la sociedad en una “red de soplones”.

Conocemos la importancia de la delación premiada para el avance ultraderechista de nuestros días. Utilizada en una primera fase para generar escándalos en torno a figuras políticas de alto perfil, se orientó luego a perseguir dirigentes sociales recurriendo a sofis-

7 Barthes, R. (2014) [1957] *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 21.

ticados sistemas de reconocimiento facial y burdas extorsiones en el transporte público. La filiación es clara. El linaje de Santos, acaso desapercibido, se prueba igual de dañino. A diario, los medios de comunicación difunden grabaciones de cámaras de seguridad, dividiendo a los hechos delictivos en dos grandes grupos: aquellos que ratifican la peligrosidad brutal de las calles, especialmente las del conurbano bonaerense, y los que resultan frustrados por la temeridad de un ciudadano común. El regocijo ante las secuencias en que un asaltante es sorprendido por un arma más larga y letal confirma la vigencia de lo barruntado por un satirista francés a principios del siglo XX: “¡Ah, el sueño de todo ciudadano honesto! ¡Matar a alguien en legítima defensa!”.

VII

El medio sigue siendo el mensaje. La pregunta es cómo. *Buenos Aires salvaje* nos retrotrae a la *Hora clave*, de Mariano Grondona, y dispensa un puntapié para meditaciones contemporáneas. Si Neustadt se especializaba en diálogos imaginarios con Doña Rosa, ama de casa arquetípica que admitía solo explicaciones condescendientes, a la mesa de Grondona se sentaban todos, torturadores y torturados, promotores del saqueo y disidentes respetuosos. Esta aparente ecuanimidad tendía una trampa. Los intelectuales progresistas, un poco por candor instrumentalista, otro poco por vanidad, participaban del programa sin reparar en que el medio televisivo los decretaba perdedores de antemano. Rinesi comprendió que la brevedad impuesta por la forma favorecía a los enunciados conservadores, apoyados fácilmente en el sentido común. Cercana a las advertencias de Pierre Bourdieu sobre la naturalización, resuena su síntesis brusca: “A menos tiempo, más ventaja para la derecha”.⁸

Desde luego, la ecuación sirve para las redes sociales del nuevo siglo y corta de cuajo la fantasía de imitar las estrategias que despliega allí el neofascismo. Su verdadera potencia, sin embargo, se muestra recién cuando ampliamos el ángulo de visión e interrogamos el anudamiento de fervores políticos y formas de vida. Ahí nos espera la pregunta, más urgente y misteriosa, por el vínculo entre *aceleración social* y *derechización*. Si el ritmo

de transformación de las estructuras sociales, la velocidad de las innovaciones técnicas y el *zapping* de la experiencia tienden a incrementarse, la izquierda enfrenta un panorama cuesta arriba.

Entre los presagios de la catástrofe que hoy atravesamos cabría incluir la mofa que, a diestra y siniestra, descendió sobre el latiguillo *es más complejo*. Lo que podía parecer una burla a las frases hechas era, en realidad, una apuesta conservadora por la evidencia del mundo. *Corta la bocha, a los negros se los llama negros, la homosexualidad no existe y hay dos sexos*. Más allá del campo fascista cunde un gusto similar. Alguien escribe *gobernar Argentina es gobernar el dólar* y la frase se replica con entusiasmo, como si ese fetichismo vacuo resumiera de modo brillante la historia reciente del país. En la tierra de publicistas y twitteros las cosas son simples, rápidas y de derecha.

VIII

Buenos Aires salvaje fue publicado en 1994 por la editorial América Libre, bajo la colección “Armas de la crítica”, a cargo de Eduardo Rosenzvaig. Seis años después el propio Rosenzvaig editó *Durmiendo con la ciudad: semiología de Tucumán*. De escribirse un libro sobre el miléismo, bien podría llevar dos epígrafes. El primero, de Karl Marx: “La única parte de la llamada riqueza nacional que entra real y verdaderamente en posesión colectiva de los pueblos modernos es... la deuda pública”.⁹ El segundo, de Rosenzvaig: “las imaginadas expropiaciones comunistas finalmente se cumplieron, pero como expropiaciones reales del capitalismo avanzado. Las expropiaciones comunistas a los ricos se cumplieron como expropiaciones capitalistas al resto de la sociedad, en nombre del pánico al comunismo, y con masacres simultáneas”.¹⁰

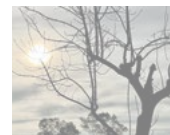
Rinesi encuentra al neoliberalismo en su fase maníaca, Rosenzvaig lidia con la depresión subsiguiente. La metrópoli periférica se complementa con la ciudad de la emancipación convertida en zona excluida, las motos de delivery porteño con las enduro de la juventud

9 Marx, K. (1956) [1867] *El capital*. Buenos Aires: Cartago, p. 604.

10 Rosenzvaig, E. (2000) *Durmiendo con la ciudad: semiología de Tucumán*. Tucumán: Departamento de publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, p. 11.

bussista, los shoppings con las tiendas *Todo por dos pesos*. En Tucumán, la debacle tuvo sus signos inconfundibles en el triunfo democrático de un militar genocida, el deterioro de los sitios liminares de nuestra historia, la degradación de los bulevares en avenidas y el deambular de personajes pirandellianos buscando, en vano, alguna trama que los precisara. Emergen también puntos de resistencia distintivos: Juan Bautista Alberdi, autor de *El crimen de la guerra*, esculpido por Lola Mora, Mario Bravo conversando con insu- misos obreros del azúcar, encuentros furtivos en vísperas del Operativo Independencia.

En la esquina de Tucumán y Buenos Aires se topan los Eduardos. Hace mucho que no se ven. Uno vive, el otro está muerto. Charlan de lo pésimo que van las cosas, admiran la importancia de las ochavas y sus rostros se iluminan cuando evocan un bar anacrónico. La tarde está calurosa y no vendría nada mal una soda con limón. Se despiden con un abrazo y cada uno sigue su camino. Una calle se tiñe de reflejos barrocos. En la otra se comete una injusticia, que hierve la sangre y afila la lengua.



José Ingenieros

Acepciones y usos del concepto de raza*

SERGIO DÍAZ (UBA/UNPAZ)
31 DE OCTUBRE DE 2025

El 31 de octubre de 2025 se conmemoran los cien años de la muerte de José Ingenieros, uno de los intelectuales argentinos más importantes de su época. Fue un hombre multifacético: académico, funcionario público, editor, traductor, cronista, entre otras ocupaciones. Sus virtudes como escritor, además, le permitieron construir una vasta y diversa obra que le valió reconocimiento a nivel continental. Su versatilidad le posibilitó dedicarse a distintas disciplinas del conocimiento (psiquiatría, sociología, medicina, fi-

* Algunas de las ideas presentes en este artículo fueron expuestas previamente en la ponencia “La raza en la obra de José Ingenieros” presentada en el “6to Congreso de Historia Intelectual de América Latina”, organizado por la Universidad de San Pablo (Brasil) entre los días 25 y 28 de julio de 2023.

lososofía, teosofía) e interesarse por infinidad de temas, entre ellos, los vinculados a la raza, presentes en trabajos suyos producidos a lo largo de toda su trayectoria.

El abordaje que hace Ingenieros sobre los temas raciales tiende a ser heterogéneo. Esto se explica por su propia flexibilidad, pero también por las características específicas del concepto de raza. Un concepto que, en determinados contextos, cuenta con cierta aceptación, mientras que en otros genera rechazo, ya sea por la imprecisión que se le adjudica o por lo realizado en su nombre. Es importante tener presente que la raza, como idea, se distingue por ser compleja y resbaladiza, ya que se adecua a diferentes realidades, alcanzando distintos usos y significados, y por gozar de cierta ambivalencia al utilizarse como categoría de la práctica y como categoría de análisis.

La noción de raza circula en Occidente, al menos, desde el siglo XVI, para dar cuenta de un linaje, una estirpe o una descendencia de un ancestro común. A partir del siglo XIX, la raza se transforma en categoría científica, utilizada para definir tipos humanos con determinadas características físicas, psicológicas y/o conductuales. De esta manera, circularán, por un lado, discursos que asocian a la raza con fenómenos culturales y, por otro, discursos que harán de la raza una marca biológica grabada en los cuerpos. Paralelamente, en Europa, surgen las denominadas doctrinas “racialistas” que representan diferentes versiones de ideologías racistas con pretensión científica, basadas en múltiples presupuestos, como, por ejemplo, la jerarquía entre razas o la continuidad entre lo físico y lo moral.

Para Ingenieros, la noción de raza es versátil en sus usos y significados, aunque mayoritariamente resulte funcional a su mirada desigualitaria, jerárquica y racista de la sociedad. La perspectiva adoptada en la primera etapa en su trayectoria (1895-1898), en parte, está plasmada en sus textos elaborados para el periódico *La montaña*, que editaba junto a Leopoldo Lugones, y también en los artículos producidos en la órbita del Partido Socialista. Si bien, en los trabajos del período, las referencias al problema de la raza no son numerosas, se pueden rastrear menciones a temas vinculados a la raza que sustentan sus líneas argumentativas, como ser, la “selección natural”, la “supervivencia del más apto” o la “lucha por la existencia”, entre otros conceptos que fueron concebidos para el campo de la biología, pero que encontraron un lugar en las explicaciones vinculadas a

las cuestiones sociales. Otra idea fundamental es la de “evolución” que permite justificar con argumentos biológicos la idea de progreso.

En el período siguiente (1899-1910), Ingenieros realiza una serie de desplazamientos. En primer término, abandona el Partido Socialista y modifica sus posiciones políticas. Su mirada se acerca a un “bio-economismo histórico”, similar al de Enrico Ferri. A diferencia del período anterior, ya no juzga de inmoral a la burguesía, ni identifica al capitalismo con una maquinaria explotadora; contrariamente, lo considera una estructura económica que ofrece un sinfín de ventajas. Según su lógica evolucionista y racista, la organización económica representa una traducción de la raza. A mayor evolución racial, mayor desarrollo económico. Sigue creyendo que el socialismo representa un modelo superador, pero asume que es resultado de la prosperidad y no de la voluntad de los socialistas; cree, de hecho, que la cooperación entre clases es más eficaz que la lucha. En segundo lugar, como analista, se desempeña dentro de la “sociología científica” y bajo influencia del darwinismo, el evolucionismo y el positivismo (en especial el positivismo jurídico). En su lectura, lo social no forma parte de lo biológico, sino que “es” biológico; por ello, afirma que la sociología es una “ciencia natural”.

En esta clave, con el comienzo del siglo, publica trabajos como *La simulación en la lucha por la vida* (1903) o *Simulación de la locura* (1904), en los que se trasluce la forma en que clasifica y jerarquiza racialmente a los individuos y grupos, manifestando, incluso, su desacuerdo con aquellos autores que no consideran la variable racial en sus análisis, en nombre de una “absurda” universalidad.

En este período, además, Ingenieros expone sus preocupaciones relativas al problema de la nación. La raza, según cierta mirada de la época, sería indisociable de la misma, puesto que en la raza se encuentran ciertos elementos materiales y simbólicos relacionados con el origen y el destino nacional, al tiempo que la raza también formaría parte de los procesos necesarios para la imaginación de la identidad nacional.

Supo expresar Ingenieros que la formación de la nacionalidad argentina representa un “simple episodio de la lucha de razas”. En esta línea, se reconoció discípulo de Sarmiento, proponiendo que aquello que distinguió a las conquistas del sur y el norte de América se encontraba tanto en la raza de sus conquistadores, como en la forma en que estos

se relacionaron con los conquistados. Los conquistadores de raza blanca que colonizaron el norte eran, a su juicio, en términos raciales, “superiores” a los españoles que llegaron al sur.

Por su parte, a diferencia de lo ocurrido en el norte, quienes llegaron al sur se mezclaron con los indígenas que ya habitaban el continente y con los africanos desplazados forzadamente como esclavos, dando lugar a una nueva raza mestiza o criolla distinta de la raza española. A esto hay que sumar, además, las condiciones naturales (territorio, ambiente, clima) que, según su mirada, incidían en la conformación y adaptación de las razas.

A diferencia de algunos de sus contemporáneos (esto incluye a los nacionalistas anti-positivistas, pero también a los cultores de la sociología biologicista como Francisco y José María Ramos Mejía), Ingenieros, no tenía una mirada favorable respecto a la primera ola migratoria, de origen español, pero era defensor de la segunda, de la que él y su familia formaban parte. Cree que, en la Argentina, y a diferencia de los países vecinos, se está dando una situación particular: el arribo de una importante cantidad de migrantes europeos de raza blanca con el fin de asentarse en un territorio cuyas condiciones naturales resultan favorables a su adaptación, llevándolo a concluir que Río de la Plata es el “centro de irradiación de una futura raza neo-latina”.

Entre 1905 y 1906, Ingenieros publica en *La Nación* una serie de crónicas remitidas desde Europa. Una de ellas se titula “San Vicente”, fue escrita tras su paso por Cabo Verde y representa una de las manifestaciones más repulsivas del racismo científico local. Allí, desacredita cualquier idea vinculada a la fraternidad universal. Según su lectura, la igualdad humana responde más a una idea de ficción, sentimentalista y filantrópica, que a evidencias basadas en la realidad. Por tal motivo, cree que carece de sentido formular leyes igualitarias y universales para regular la vida de individuos o grupos que son naturalmente desiguales. A su juicio, elevar el nivel de vida de los “inferiores” sería una acción contra natura y, a la vez, anticientífica. Su crítica llega al punto de justificar a la esclavitud como expresión de una relación social protectora en la que hombres “superiores” se hacen cargo de la tutela de otros de condición inferior. Sus posiciones confrontan directamente con la visión de otros intelectuales que también transitaban los círculos socialistas, como Manuel Ugarte, Alicia Moreau o Juan B. Justo, y que, influen-

ciados por autores como Jean Finot, se oponen tanto a la caracterización racial como al prejuicio sobre las razas.

En esta etapa de su vida, Ingenieros también se desempeña como académico y como funcionario en diferentes instituciones públicas. Dicho accionar lo acerca a quienes, interpelados por la “cuestión social”, se vuelcan hacia el ideario “reformista”. La “cuestión social” surge a fines del siglo XIX como una nueva forma de representar los conflictos y porque los derechos liberales considerados naturales y universales, en la práctica, no pueden ser ejercidos. Esta se vincula con problemas derivados de las migraciones, la urbanización y la industrialización (criminalidad, prostitución, vivienda, salud pública, alcoholismo, protesta obrera). Los reformistas confían en que, mediante la producción de conocimiento (sobre todo sociológico) y la intervención estatal, se podrán solucionar problemas urgentes en favor del orden liberal conservador. La raza, para los reformistas, es una variable fundamental que correlaciona, en distinto grado, a los diferentes grupos raciales con los distintos problemas sociales. En algunos casos, incluso, se propone a la raza misma como la causa de dichos problemas. Ingenieros, en diferentes trabajos del período (como los dirigidos a la legislación laboral), no solo reivindica al Estado, la política y la ciencia, sino que manifiesta que hay transformaciones que solo pueden ser realizadas por las personas idóneas en las instituciones adecuadas. El acercamiento de Ingenieros –y los reformistas en general– a la función pública, se justifica por cierta interpretación que se hace de la idea de evolución, en la cual, la perspectiva darwiniana cede el paso a la formulada previamente por Lamarck. En la propuesta de Darwin, los cambios son aleatorios y es la selección natural la que establece quién es apto y quién prevalece. La visión lamarckiana, en cambio, propone que, si se modifican las condiciones del medio, se puede favorecer la adaptación de los más desaventajados y orientar la evolución.

Según se observa, Ingenieros no puede evitar las contradicciones. Mientras que, como analista, afirma que las determinaciones biológicas sellan invariablemente el destino miserable de los hombres pobres de las razas inferiores, como funcionario público, trabaja en el diseño y la ejecución de políticas que apuntan a mejorar las condiciones de vida de esas mismas personas. La impronta “regeneracionista” expuesta por Ingenieros, entretanto, parece alimentarse de diferentes fuentes. Si bien prevalece la perspectiva biologicista señalada, también puede advertirse cierta sintonía con la significación que le daban algu-

nos autores hispanistas que apelaban a una regeneración de tipo moral, política, cultural y educativa como un medio para salir de la decadencia social.

Entre 1911 y 1914, Ingenieros decide autoexiliarse en Europa. A partir de ese momento, además de elaborar trabajos en clave sociológica, produce textos en clave filosófica. En ambos casos se incluyen distintas aproximaciones al tema racial. Sobre el primero, por ejemplo, hay distintos registros dedicados a los hombres de la Generación del 37 a quienes considera precursores de la sociología local. Ingenieros, utiliza las ideas expuestas por estos reconocidos intelectuales para legitimar las suyas. A la vez, se asume como su principal heredero mientras busca ocupar su lugar actualizando científicamente la obra realizada por ellos. Entiende que Sarmiento fue un adelantado al comprender la influencia del medio físico en los caracteres, los hábitos y las ideas de los habitantes de la Argentina, y en interpretar al conflicto social como conflicto racial. También destaca muchas de sus enseñanzas, por ejemplo, que las diferencias entre las revoluciones y posterior organización política y económica del norte y el sur de América presentan diferencias de orden racial.

Según Ingenieros, Sarmiento, además de identificar problemas, ofreció soluciones, como, por ejemplo, estimular la inmigración europea, fomentar la cultura y la asimilación de los hábitos vinculados al trabajo de los europeos o la educación pública. En ese contexto, las migraciones representan una variable nuclear en todo análisis sobre la realidad social. Para Ingenieros, el proyecto de una nación construida sobre el trasplante de “elementos étnicos europeos” capaces de regenerar racialmente a la población local, de raíz hispano-indígena, a partir de la mezcla, formó parte de los anhelos del conjunto de los precursores de la sociología argentina. Fue lo que imaginó Echeverría y, sobre todo, Alberdi. Pero Ingenieros va un poco más allá. Dice coincidir con Alberdi en que “europeización” equivale a “civilización” y con Sarmiento en que la inmigración europea es elemento de “orden” y “moralización”. Pero también concuerda con el autor del *Facundo* en que la mezcla incontrolada de razas es la causa de la “condición inferior” de la América hispana; por ello rechaza el mestizaje y propone la sustitución de población local por población europea de raza blanca.

En 1915, Ingenieros pronuncia una conferencia titulada “La formación de una raza argentina”. Allí, ofrece una definición de raza diferente de la que venía utilizando, aclara incluso que la misma se distingue de la utilizada por “zoólogos” o “antropólogos”, y detalla: “hablamos de ‘raza’ para caracterizar una sociedad homogénea cuyas costumbres e ideales permiten diferenciarla de otras que coexisten con ella en el tiempo y la limitan en el espacio”, y explica que “cuando la etnografía habla de raza calchaquí o de raza araucana, da a la palabra ‘raza’ un valor equivalente al que tiene en sociología: sinónimo de civilización o de nacionalidad natural”. Según se aprecia, de una concepción netamente biologicista, se desplaza a otra culturalista. Esto no significa una transformación radical en su posición, ya que en su concepción los fenómenos culturales no dejan de ser biológicos. A lo largo de su intervención, Ingenieros presagia un futuro venturoso para la Argentina. Expone que el país se está poblando con hijos de europeos de raza blanca que, progresivamente, adquirirán hábitos diferentes de los de sus padres, y que, mediante su adaptación al medio físico local, que es distinto al de los territorios de Europa, conformarán una nueva variedad racial. Explica además que la “nueva raza” adquirirá conciencia de su personalidad futura. Esta será la “argentinidad”, concebida como el “sentido nuevo que la raza naciente en esta parte del mundo podrá imprimir a la experiencia y a los ideales humanos”. También comenta que en Argentina hay una “tradición”, pero esta no habita en el pasado como proponen Ricardo Rojas y el resto de los nacionalistas; contrariamente, hay que buscarla en el futuro.

Entre los trabajos de orientación filosófica producidos por Ingenieros en este período, se destacan algunos enfocados en los problemas “morales”. Como expresión de esta directriz, en 1913, publica *El hombre mediocre*, la más difundida de sus obras. En este ensayo, el autor se adentra en las cualidades del “hombre mediocre”, tipo abstracto que representa una variante intermedia entre los mejores y los peores hombres. Estos hombres, cree, no tienen ideales propios ni personalidad, solo se adaptan para seguir al rebaño y padecer una vida rutinaria. No se destacan, no son genios ni tontos, pero conforman la mayoría. A lo largo del trabajo, Ingenieros analiza múltiples diferencias entre los “mediocres”, los “superiores” y los “inferiores”. Explica que, en la formación de la personalidad de cada individuo, operan tres elementos: la herencia biológica, la imitación social y la variación individual, y que todos heredamos al nacer los elementos para adquirir una personali-

dad específica. De igual modo, las características asignadas a los hombres “inferiores” suele presentarlas como determinaciones biológicas, mientras que las concernientes a los hombres “superiores” tiende a explicarlas por sus capacidades y singularidades.

El libro expresa una defensa inagotable en favor de los hombres “superiores”, llevando a Ingenieros, una vez más, a rechazar toda demanda igualitaria, al punto de proponer que “igualar todos los hombres sería negar el progreso de la especie humana. Negar la civilización misma”. Vale considerar que este trabajo es producido en el contexto en que se discutía la “Ley de sufragio universal, secreto y obligatorio” (1912), proceso al que Ingenieros se opuso, al punto de referir a la democracia como una “mediocracia”.

Por la misma senda, en 1917, publica *Hacia una moral sin dogmas* y, entre 1918 y 1923, una serie de sermones laicos que integrarán *Las fuerzas morales*. En el primer trabajo indaga sobre la relación específica establecida entre la ética, la moral, la religión y la raza en la evolución de los Estados Unidos. Por su parte, revisa el éxito que, según su lectura, obtuvieron los colonos ingleses por no mezclarse con los pobladores indígenas, cosa que los distinguió de los españoles y los franceses, y les permitió obtener mejores resultados. En el segundo, Ingenieros despliega diferentes ideas sobre la nación, inspiradas en la conceptualización de Renan, quien entiende a la nación como “un alma” y un “principio espiritual”, en el que se encuentran el “pasado” y el “presente”. Si bien, en el análisis, el problema de la nación es prioritario, el de la raza también se encuentra presente. Al igual que en “La formación de la raza argentina”, la raza aparece como un fenómeno cultural, salvo que, en este caso, y al igual que en los trabajos de Renan, raza y nación representan unidades diferentes. En los ensayos filosóficos, las referencias a la raza aluden a múltiples elementos que pueden representar, por ejemplo, rasgos del mundo social, valores inmatereiales, un soporte identitario, un pueblo, una comunidad o un espíritu.

El desplazamiento de lo biológico hacia lo cultural que se registra en el orden discursivo no significa necesariamente una contradicción o negación de su visión biologicista; de hecho, en nuestro país, las ideas sociológicas se construyeron a partir de las filosóficas y ambas partieron de una matriz biologicista. De hecho, si se comparan los textos filosóficos de Ingenieros con sus trabajos sociológicos, se advierte que hay cambios en el

lenguaje y en los argumentos, pero las conclusiones a las que llega suelen ser las mismas, y tienden a coincidir con sus explicaciones sustentadas en lo biológico.

Antes de fallecer, Ingenieros escribe una serie de textos que verán la luz póstumamente. Allí, la raza adquiere otro sentido y es asociada a fenómenos como la “eugenesia”, entendida como un conjunto de técnicas y saberes que buscan el progreso favoreciendo la reproducción de individuos o grupos considerados valiosos, e impidiendo la de aquellos que son vistos como inferiores o indeseables. Hay que considerar que los años 20 funcionan como una bisagra en las discusiones vinculadas a la raza. Si hasta ese momento los debates se centralizaban en las migraciones, a partir de allí giran sobre la natalidad, la mortalidad infantil, la salud de madres y niños y todo aquello vinculado a la fortaleza física y moral de la raza nacional (sobre todo la futura). Para gobernar ya no alcanza con poblar, hay que hacerlo bien. La calidad de la población importará más que su cantidad. Muchos de estos trabajos se publicaron en *Tratado del amor*, y abordan los tópicos eugénicos convencionales como la procreación, la sexualidad o la maternidad, y otros menos comunes como el amor o el goce. Así como en *Las fuerzas morales* reflexiona sobre una sociedad futura, mejorada por los avances éticos y morales, en el *Tratado del amor*, la evolución responde a una superación desarrollada en los propios cuerpos y en la raza.

La idea de raza, según se expone, atraviesa toda la obra de José Ingenieros, ya sea como objeto de análisis, como un concepto que le permite categorizar grupos humanos o como una variable que tiene incidencia en diferentes fenómenos sociales. Sus explicaciones cambian; pese a ello, con recurrencia suele llegar a los mismos resultados. Cada hipótesis que formula opera como un puente que le posibilita llegar siempre al mismo destino. Ingenieros reflexiona sobre la forma en que la raza condiciona tanto el pasado como el futuro, transformando a la raza en un elemento fundamental para explicar la historia de la nación o su porvenir. Por lo demás, e independientemente de sus variantes, para Ingenieros la raza resulta un concepto eficaz para justificar y legitimar la jerarquización social y racial, el racismo, la desigualdad, el dominio de algunos y el sometimiento de otros.